George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 115623

Shelf No. D. 156.12 Vol. 5

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec^d. Apr. 26th. 1871.

RIMAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

POR DON RAMON FERNANDEZ.

TOMO V.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1808.

Herreras best pieces are
t p. 104 — 38 —
D. 156
.12
vol. 5
115623
B. T.

RIMAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

LIBRO II.

ELEGIA I.

Mi Luz, el esplendor de esa belleza
Dió aliento al simple mio y débil canto,
Y de Pieria me encumbró en la alteza.
Ni del pedido carro el miedo tanto,
Ni el fuego me cortó el atrevimiento,
Que Faetusa por mí acabase en llanto.
Llegó á mí solo bien el pensamiento,
Que solo se debia á mi ventura
Tal bien, tal esperanza y tal tormento.
Tanto puede el valor y hermosura
De vuestros ojos, que temer ya dudo
Que me encubra en olvido muerte oscura.
No alcanzára tal bien mi ingenio rudo,
Si vuestro alegre espíritu amoroso
No armára al miedo el corazon desnudo.

Creció el ardor con ímpetu dichoso,
Y abrasó en su virtud mi tibio pecho,
Vuelto ligero todo, y generoso.
El gran Toscano amante, que deshecho
De amor cantó su pena dulcemente,
Y quien de Adria lo sigue en el estrecho;
Y aquel, por quien Sebeto alza la frente
Con guirnaldas hermosas y corales,
Do Pausilipo al mar airado siente;
Y quien del rico Tajo los cristales
Mezcla no inferior al Arno frio,
Tierno en encarecer sus propios males:
No igualan con la pena y dolor mio;
Bien que suena menor al fin mi lira,
Ni fue tal su famoso desvarío.
Mas pues mi alma mísera suspira
Por vos, mis ojos, donde muero y vivo,
Flaqueza es mia si á exceder no aspira.
En no acabado incendio yo me avivo,
Y hallo efetos, que jamas pensados
Pueden ser de otro pecho á vos esquivo.
Estos pasos, que llevo tan contados,
El temor, el respeto, la esperanza,
Los favores, sin tiempo enagenados;
En dudoso rezelo y confianza
Me tienen trasportado, y mi porfia
Sigue por toda parte su mudanza.
Si adonde el roxo Sol su luz desvia,
O á do hiere su fuerza ardiente arena,
Me pudiese poner la suerte mia:

Entre el hielo desierto con mi pena
Estaria contento entre la llama,
Sonando en mis pies presos la cadena:
Yo sé con qué vigor amor inflama
Sujetas voluntades, y que nieve
Lento en amado corazon derrama.
Yo sé, que aunque de nuevo ingrato pruebe
Su saña en mí, no olvidaré el cuidado,
Ni el daño luengo, ni el descanso breve;
Que solo á do estuviere, y apartado,
La imagen de belleza soberana
Ya sabe que en mi pecho he transformado;
Donde jamas entró beldad profana,
Despues que ví su luz; y á su deseo
Quedó mi voluntad rendida y llana.
Y allí, quando á Occidente el rayo Ideo
Va, ó la Aurora su límite esclarece,
Con la mas pura lumbre arder la veo.
Mi alma goza el bien que amor le ofrece,
Y humilde envia nuevos los despojos;
Y quanto mas vencida, tanto crece
En ella el fuego vuestro, bellos ojos.

SONETO I.

De la luz en que espira amor herido,
Al corazon altivo y desdeñoso
Pasó, rompiendo el rayo glorioso
La sombra en que dormia del olvido.

Dolióme entónces mucho haber perdido
Un punto; y ví en mi mal dolor dudoso,
Gloria cierta, afan breve, bien dichoso,
Y el deseo en sus votos ya vencido.

De hoy mas amo y adoro quantos daños,
Zeloso de mi suerte, amor procura
Bienes, viendo exhalar sus ojos bellos.

Eternos corran mis felices años,
Y á mi alma, abrasada en llama pura,
Siempre enlace la red de sus cabellos.

II.

Si fuera esta la misma de belleza
Luz que mi dulce Rey pintó serena,
Juzgando lo que siento de mi pena,
Pensara en ella ver vuestra grandeza:

Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza
No admite, y del deseo me condena,
Que amor no sufre, ó celestial Sirena,
Ni sufre veros cerca vuestra alteza.

Y es justo, que si viera de otra suerte,
Creciera con tal ímpetu mi llama,
Que mis cenizas fueran los despojos:

Mas, ó dichoso yo, si de tal muerte
Acabara, que el fuego que me inflama,
Qual Fenix, me avivara en vuestros ojos.

III.

Tú gozas la luz bella en claro dia,
Dichoso Endimion, de tu Diana:
Mi Luz yo veo con la luz temprana,
Y deseando pierdo mi alegría.
Tú duermes blando sueño en noche fria,
Hasta que sale la alba roxa y cana:
Yo velo con herida nunca sana
La sombra siempre, y luz sin la Luz mia.
En tu rosada frente y dulces ojos
Delia suspira; y tu robado aliento
De su pasado afan la aquista gloria:
Yo mi Luz sin dolor de mis enojos
Veo con rayos de oro en alto asiento,
Ingrata al que padece en su memoria.

IV.

El suave esplendor de la belleza,
Que alegre en vos espira dulcemente;
Y la serena luz, do amor presente
Templa los puros rayos de terneza:
En el mas claro asiento de la alteza
Vos hacen entre tantas diferente,
Que por vos glorioso el Occidente
Su nombre solo ansalza con grandeza.
Mas el valor, el noble entendimiento,
El espirtu, el intento generoso
Asciende á la region de luz serena.
Y fuera del humano sentimiento,
De envidia sin temor llamaros oso,
O sola en nuestra edad bella Sirena.

V.

Quan bien, obscura noche, al dolor mio
Conformas y resuenas á mi llanto,
Murmurando con sordo y triste canto,
Entre estas duras peñas, alto rio.
Oyame este desnudo cielo frio,
(Si tanto con mis quejas me levanto);
Mas pues no espero bien en daño tanto,
Vana es la queja y mal en que porfio.
Rompa del corazon mas tierna parte
Mi gran pesar: acábese encubierto;
Y á tal agravio falte la memoria:
Que no es justo que en esta ú otra parte
Se diga que perdí, sin culpa muerto,
Las debidas promesas de mi gloria.

CANCION I.

Amor, tú que en los tiernos, bellos ojos,
Bañados dulcemente en lluvia de oro
Centellaste, las alas esparciendo,
Y mi pecho encendiendo,
Nuevamente aquistaste los despojos;
Tu hacha pido, y tu favor adoro,
Para ensalzar la luz de mi cuidado:
Las trenzas que aura mueve
Por el marmóreo cuello, que la nieve
Pura vence en blancura; y el rosado
Color, que yace al fin con pena grave
En sombra desteñido

Tiernamente de viola suave,
Do me enredé otra vez preso y perdido,
Y en la robada forma de belleza
Cantaré tu valor y su grandeza.
Qual fúcila en la sola noche obscura,
Honor del cielo y astros el Lucero,
De tí, Venus hermosa, amor hermoso;
Tal con ardor dichoso
De mi Luz el vigor y hermosura
En el horror se descubrió primero;
Y la niebla rompió, mostrando el dia
En el nubloso manto,
Y con el regalado y dulce llanto
Enterneció el dolor á la alma mia.
Rocío celestial, que en vario lustre
Las nubes hace bellas,
Quando esparce sus rayos Febo ilustre,
No iguala en el color á sus centellas;
Que en perlas, esmeraldas y zafiros
Traxeron de mi pecho mil suspiros.
No mereció esta lluvia el suelo indino,
Aunque el repuesto sitio, y ascondido
Enriquezca por ella alegre Flora,
Que ya cede á la Aurora:
Esta, de quien el cielo era bien dino,
Herido destiló el amor ufano,
Y quien dexó las ondas de Citera
Por el Asirio amante.
Esta ocasion, instante
De mi afan, y mi muerte lastimera,

En fuego me abrasó, dando á mis males
Nueva suerte de pena,
Y origen á mis cuitas desiguales.
No habrá canto agradable de Sirena,
Ni de Perseida Circe tal engaño,
Que, qual mi Luz llorosa, cause daño.
Las hebras, esparcidas por el cuello,
Qual oro, en hilos vuelto, y derramado
Sobre el terso marfil que el manso viento
Toca ledo y contento,
Cogidas unas van en lazo bello,
Sin arte libres otras y cuidado.
Qual juega errando incierta por la frente,
Qual cubre un sutil velo:
Asi el dorado ardor y luz del cielo
Aun no enzelan las nubes de Occidente;
En unas hace amor el yugo, y tiene
En otras fabricada
La red en que mi amado error sostiene,
Presa de ricas piedras, y esmaltada,
De todas vida y muerte se me ofrece,
Y siempre en el dolor mi suerte crece.
No he visto yo de púrpura encendida
Desvanecer la gracia á nueva rosa,
Que solo se descubra su blancura,
Que así quede tan pura,
Tan bella, tierna, y de color perdida,
Quanto mi Luz turbada y lastimosa,
Blanco alabastro el rostro parecia
Blando y descolorido,

De pasion y de lástima ofendido,
Que me robó el sosiego y alegría.
La alba, quando enlazado al hombro ciñe
El manto entretexido,
Que la concha Sidona en orlas tiñe,
Se rinde á su semblante enternecido.
Tal es Amor hermoso, y Venus bella,
Qual mi pura, y luciente y clara estrella.
La luz medrosa, pues, y esmaltes de oro,
Sin órden apartados; la belleza
Del rostro, blandamente desmayado,
Si no fuera el cuidado
Que tengo suyo, y el valor que onoro,
Me inclinara al poder de su grandeza.
Y aunque de su señal halló apuntada
Mi frente, y preso el cuello
Del glorioso cerco del cabello
Mi alma se sintió, y paró alterada,
Las alas sacudió, y ardió en el fuego,
Que en sus centellas luce,
Quedé, qual rudo amante, opreso y ciego.
Crece la llama súbita, y reluce
En las entrañas mias, y conmigo
De mi mal en la ausencia soy testigo.
Bien creo yo que puede una luz bella
Arder en amoroso pecho y tierno,
Y desatallo en la ceniza ardiente:
Mas que pueda á mi ausente
Pecho atraer la fuerza de mi estrella,
Y abrasar en un Etna, ó Vesvio eterno,

Estando triste, sin cuidado, agena
Del apuesto ornamento,
Y llena de cuitoso sentimiento,
Que mueve mas á lástima que á pena;
Y que en ella se admira aquella gloria
De eterna hermosura,
Con el dolor que siente en la memoria
Y en la virtud que resta en su figura;
Esto es prez de belleza soberana,
Que no debe alabar lengua profana.
Ya no procure Amor para mi daño
La dorada raiz: el vario nudo
La luz, púrpura nieve y el rocío,
Pues no es al dolor mio
Remedio alguno del tormento extraño
Luz llorosa, oro suelto, y el desnudo
Color de no tocada y blanca nieve;
Que en ellos estoy solo
Atento, como Clicie al roxo Apolo.
Y aunque ya mi temor en vano pruebe
Sacarme de este fuego que me enciende,
Ni el amor lo permite,
Ni quiero de la llama que me ofende
Huir, ni que el pavor mi afrenta evite;
Porque yo sé que gano con la muerte
Presente nueva vida y alta suerte.
Tú, sacro Amor, que con doradas alas
Atraviesas del Austro al Oriente,
Y abres con tu fuerza el mar sonante;
Y á Febo, al arrogante

Marte subiendo vences, y alto igualas
A Jove, y sobrepujas: tú presente,
Pues viste la Luz mia, dame aliento
Para extremar sus glorias,
Tus engaños, tus fuerzas y vitorias,
Mi firmeza, mi cuita y mi lamento.
Yo no demando premio ni deseo;
Que bien sé que no debo
Esperar algun bien á mi deseo:
Mas por el mal, que siempre humilde llevo,
Te pido, no remedio, sino alguna
Mudanza en el tenor de mi fortuna.
Tú esculpiste (admitiendo bien mis ojos
La belleza) en el pecho su semblanza;
Y en él resplandeciendo por las venas,
De su forma no agenas,
Cobro aliento, y reparo á mis enojos,
Y descubro á mis ansias esperanza.
De aquí nace el valor que de la tierra
Me alza á la inmensa alteza,
Y hace que aborrezca esta corteza,
Que lo mejor que es mio dentro encierra:
Y el puro ardor me vuelve en pura llama,
Y en la sagrada cumbre
La vista hermosura mas me llama
De la inmortal, celeste, impírea Lumbre;
Y todo el bien, Amor, de tí proviene,
Y el ancho mundo en tu poder sostiene.

SONETO VI.

Serena luz, presente, en quien espira
Divino amor que enciende, y junto enfrena
Pecho gentil que en la mortal cadena
Al alto olimpo glorioso aspira:
Ricos cercos y oro, do se mira
Tesoro celestial de eterna vena:
Armonía de angélica Sirena,
Que entre las perlas y el coral respira:
¿Quál nueva maravilla, quál exemplo
De la inmortal grandeza nos descubre
La sombra del hermoso y puro velo?
Que yo en esa belleza que contemplo,
(Aunque á mi flaca vista ofende y cubre)
La inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.

VII.

En sortijas y flores de oro ardiente,
De perlas y rubies coronada,
Con hermosas figuras enlazada
Cercó mi Luz la bella y blanca frente.
Los olores que siembra el Oriente,
Y la ambar, que en sus hebras fue sagrada,
Se movieron con la aura sosegada,
Qual en el manso mar el sol luciente.
Espíritus de amor en aquel fuego
Armaron las saetas y cadenas,
Y ardió el cruel herido y preso cuello.
Yo, traspasado el pecho, quedé ciego,
Mas fue mucho mayor mi acerba pena;
Que en llama eterna me enredó el cabello.

VIII.

Si intentas imitar mi Luz hermosa,
Templar, ó grande artífice, procura
En el candor de nieve llama pura,
Y confundir los lirios con la rosa;
Y será el color de ellos la amorosa
Terneza, que florece con dulzura
Suavemente en su gentil figura,
Si la arte es para tanto poderosa.
Mezcla cinamo negro y Sirio nardo,
Casia, encienso, en que cubre el rico nido,
Vivo el Arabio Fenix en su muerte:
Que, si no te atraviesa el duro dardo
De su vista, dichoso y atrevido
Dar podrás muestra alguna de esta suerte.

IX.

Qual de oro era el cabello ensortijado,
Y en mil varias lazadas dividido;
Y quanto en mas figuras esparcido,
Tanto de mas centellas ilustrado.
Tal de lucientes hebras coronado,
Febo aparece en llamas encendido;
Tal discurre en el Polo esclarecido
Un ardiente cometa arrebatado.
Debaxo el puro, propio y sutil velo
Amor, gracia, valor y la belleza
Templada en nieve y púrpura se via;
Pensara que se abrió esta vez el cielo,
Y mostró su poder y su riqueza,
Si no fuera la Luz del alma mia.

X.

En esta helada parte do no envia
Su agudo rayo el sol á intensa nieve,
Quiere amor, que en ausencia el dolor lleve
Siempre en sombra y horror, y en luz del dia.
De estos ojos en llanto se desvia
Jamas, y si descanso un tiempo breve,
Con soledad llorosa, lluvia llueve
De ellos contino á la alma triste mia.
No me rinde mi mal, que en él ya hecho
Estoy á padecer; mas verme ausente,
Y en una vida muerta condenado;
Do el fuego me atormenta en vano pecho,
Do veo sin remedio el bien presente
Para mas confusion de mi cuidado.

XI.

En vano error de dulce engaño espero,
Y en la esperanza de mi bien porfio;
Y aunque veo acabarme, el desvarío
Me inclina del amor, adonde muero.
Ojos, de mi deseo fin postrero,
Sola ocasion al alto furor mio,
Abrid la luz, romped el temor frio
Que me derriva opreso en dolor fiero.
Porque es mi pena tal, que tanta gloria
No cabe en ella; y pierdo el seso, quando
Al mal, que no merezco, osando llego.
Pues venzo mi pasion con la memoria,
Y con la honra de saber, penando,
Que á Troya no encendió tan bello fuego.

ELEGIA II.

Esta amorosa Luz serena y bella,
Que en el usado curso al alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella:
Esta, que en sombra oscura, en claro dia
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria:
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me traxo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.
Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas ¿qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguranza
En la fortuna mia, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza.
Ni ya huyo, ni oso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me excuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.
Todo para mi pena se despuso,
Y lo debo, pues di ocasion en ello,
Su flecha quando amor al pecho puso.

Mi osado orgullo y mi lozano cuello,
La razon, y el gallardo pensamiento
Quedaron enredados de un cabello.
No siente en el yusano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazado,
Egeon con sus nudos mas tormento.
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que, qual cometa ardiente, resplandecen,
Esparcidas con arte ó sin cuidado:
De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,
Y en color y belleza se engrandecen:
Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi impio Rey alegre se corona:
En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon llevaron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.
De allí quedé sujeto y sin sentido,
Sino para dolor; y de alegría,
En quanto amando viva, despedido.
Conmigo este mi afan y suerte mia
Temprano acabará con pena indina,
Que no dura en dolor luenga porfia.
Pues consiente mi excelsa Luz divina,
Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina.
Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.

Ensalce al verde lauro en voz canora
El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien, que humilde honora:
Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el ódio incita,
El valor de mi Lumbre soberano.
Y si en mi pena y lástima infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.
En tanto, á do alza Betis deleytoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso:
Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra, donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa y ciñe de Ocidente:
En la rica, dorada y fértil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de Náyades responda.
Y al árbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por sí no espera honrarse en tal memoria.
¡Quántas veces reí del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
Qualquier dolor de amor, qualquier hazaña,
Me pareció, y aquel temor fingido,
Que ahora siento bien su fuerza extraña.
Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.

Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado,
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sojuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
A todas la beldad han despojado.
Y en la purpúrea red y rico velo
De la hermosa frente ví mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo.
Mas tal bien y tal honra ví ofrecida
A los trabajos mios, que contento
Justamente la dí por bien perdida.
De alli el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento:
Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
Y los fieros Gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo:
Y el valor de Españoles, olvidados
Fincaron, que pudieron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas y entre hierro mal resuena
Cansado el noble espíritu amoroso,
Del mal, que su sosiego desordena.
Dichoso quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales,
Y el vigor y el esfuerzo valeroso.
O quien en las regiones celestiales
Termina el vuelo, y de su cumbre mira
La vanidad y cosas de mortales.

Quien de una bella luz arde y suspira,
Quien se ve condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira;
No puede contemplar al sol luciente,
Ni admirar la virtud, y el nombre ageno,
Que amor tanto reposo no consiente.
Basta el dolor en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.
Mas yo temo, que yace en horror frio
(Que el ánimo es preságo de su daño)
Del olvido, en que triste desconfio.
Fue siempre á mi deseo amor extraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.
Mas pues que desconorto el pensamiento,
O siga olvido, ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.
Por do me lleva injusta suerte fiera
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera.
Y siempre volveré los mustios ojos,
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.
Si de ellos levantare algun trofeo
Mi Luz, espero ver que por ventura
Tierna se muestre, y mansa á mi deseo.
No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y causa mi pasion mi desventura.

En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonía,
Y noble trato y gracia deleytosa
No reyna crueldad; ni ser podria
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.
Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del Indo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase:
Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fixo el cuidado y esculpido.
Si puede ser que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Ganges no entre en el golfo resonante;
Esperar se podrá que al pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve,
O mitigue su fuego vehemente.
La lluvia que en mi faz contino llueve
Regalar puede bien el duro hielo,
Aunque apretar su fuerza Aquilon pruebe.
Gracias humilde hago al alto cielo,
Que ya que me perdí en mi daño cierto,
Mostró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.
Amor, quando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dexáre, á mi Luz bella
Presenta mi peligro descubierto;
Que una lágrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida:
¡Dichosa, si tal bien hallase en ella:

En tanto que mi suerte aborrecida
Me aqueja, cantaré desamparado
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

SONETO XII.

A Fernando Melendez de Cangas.

Ya que nublosa sombra cubre, y frio
La blanca frente de este monte alzado,
Y del grave Aquilon aliento helado
Retarda el lento curso al hondo rio:
Siento de ingrata mano al pecho mio
Nieve arrojada, y siento desmayado
Mi fuego; y culpo mi deseo osado,
Y de amor el tirano señorío.
Que por un vano bien, que huye luego,
Y me dexa dolor eterno, pierdo
De libertad amada la nobleza.
¡Mas ó que acierta mal quien anda ciego!
Y el que cuida, Fernando, ser mas cuerdo,
Descubre en tal hazaña mas flaqueza.

XIII.

Canté quejas y afan de injusta pena,
Que padecí cuitoso y ofendido,
A todas las desdichas ofrecido,
En que el amor á un mísero condena.
Fue el premio en tibia voluntad agena
Dolor con esperanza, á do perdido
Deseo me inclinó; y al fin vencido
Trayo á fuerza arrastrando la cadena.
Tú, á quien rinden su gloria insignes rios,
Favorece, Tarteso padre, el canto,
Que tierno y simple en honra tuya espira.
Que si me dan lugar los males mios,
No solo oirás de amor gemido y llanto,
Mas hazañas que Marte airado inspira.

XIV.

La hidra de amoroso pensamiento,
Que rota del acero siempre crece:
Contienda áspera á la alma triste ofrece,
Rendida á la impia fuerza del tormento.
Si del olvido justo y sentimiento
La aguda espada en ella se entorpece,
Y con su daño fértil reverdece,
Por un cuidado muerto alzando ciento:
Forzoso es el socorro al ya cansado
Alcides del trabajo; porque en fuego
Con el desden la acabe el duro hierro.
Mas rezelo, que en Juno Amor trocado
La suba al cielo, y crezca en vano luego
Con nueva confusion mas grande el yerro.

XV.

Pienso en mi pena atento y mal presente,
Y procuro algun medio al daño instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que vuelvo á la ocasion la incierta frente.
Quando me aparto, y cuido estar ausente,
Menos de mi peligro estoy distante:
Voy siempre con mis culpas adelante,
Sin que de tantos yerros escarmiente.
Noble vergüenza mia, que el perdido
Valor sientes, ¿por qué no abrasa el pecho,
Y vence tu virtud mi desvario?
Si del error y sombra del olvido
Me sacas, diré en honra de este hecho,
Que solo debo á tí poder ser mio.

XVI.

De mi blanca Sirena la luz pura
De tierna y bella nieve se vestia,
Y entre aquel frio dulce amor traia
Llamas, en que mi alma ardiendo apura.
Al son suave, lleno de dulzura
Mi preso corazon con gloria mia
Dexa el cuerpo; y las alas de alegría
A perderse en sus ojos apresura.
Quando el hielo se rompe, y encendido
Reluce, y el color de ardiente rosa,
Y el pecho afina en su beldad serena;
Y yo, con tanto bien enriquecido,
Me renuevo con vida gloriosa
En la inmensa virtud de mi Sirena.

XVII.

Voy por esta desierta estéril tierra,
De antiguos pensamientos molestado,
Sin el bello esplendor del sol rosado,
Que de sus puras luces me destierra;
El paso á la esperanza se me cierra,
De una ardua cumbre á un cerro vo enriscado,
Con los ojos volviendo al apartado
Lugar, solo principio de mi guerra.
Tanto bien representa la memoria,
Y tanto mal encuentra la presencia,
A que desmaya el corazon vencido.
¡O crueles despojos de mi gloria,
Desconfianza, olvido, zelo, ausencia!
¿Por qué estrechais á un mísero rendido?

CANCION II.

A Doña Leonor de Milan, Condesa de Gelves.

Esparce en estas flores
Pura nieve y rocío,
Blanca y serena luz de nueva Aurora;
Y con varios colores
Estrene el bosque frio
Los esmaltes de Zéfiro y de Flora;
Pues la excelsa Eliodora
Descubre su belleza,
Do con ledo semblante
Betis corre pujante,

Y del Ponto acrecienta la grandeza;
Y vos, Astros hermosos,
Mirad la última Esperia venturosos.
Roxo Sol, que el luciente
Cerco de tu corona
Sacas del hondo piélago, mirando
Del Ganges la corriente,
El Darien, la Sona,
Y del divino Nilo el fértil bando;
Si tú llegares quando
Esta cándida Estrella
Alza el celeste velo,
Dando alegría al suelo,
De los floridos ojos la luz bella,
De aquellos rayos ciego,
Arderás en tus llamas hecho fuego.
Luna, que resplandeces
Sola, fria, argentada
En el callado cielo tenebroso;
Y tu sombra enriqueces
En la hacha inflamada
De Titan con vigor maravilloso:
Si el Lucero hermoso,
Do el tierno amor se apura,
Miráres, encendida
En su virtud crecida;
Con mas claro esplendor y hermosura
Volarás por la cumbre,
Y la tierra ornarás de eterna lumbre.

El sacro Rey de rios,
Que nuestros campos baña,
Al bello aparecer de este Lucero
Cubrió los vados frios
Al pie de la montaña,
Do vió su Febo fulgurar primero,
Del oro, que el Ibero
En las cavernas hondas
Halla, y con flores puras
Compuso en mil figuras,
Y con perlas el curso de las ondas;
Y rutilando el cielo,
Suave olor en torno esparció el suelo.
Las Gracias amorosas
Con las Ninfas un coro
Texieron en el claro ondoso seno;
Y de purpúreas rosas,
Envueltas en el oro
Con ambar olorosa y flores lleno,
Dulce despojo ameno
Del revestido prado
Las guirnaldas mezclaron,
Y alegres coronaron
Los lazos del cabello ensortijado;
Que qual de las estrellas,
Por el ayre volaron sus centellas.
El alto monte verde,
Que de Palas es gloria,
Sintiendo en sí los pies de su señora,
Su tristeza ya pierde,

Y le da la vitoria
Aquel do Prometeo gime y llora;
Y aquel do la sonora
Lira de Tracia espira;
Y el Olimpo que sube
Y vence á la aeria nube;
Y Atlante que del peso aun no respira,
Pues su cumbre sostiene
La belleza que el cielo en tierra tiene.
Yo entretexer quisiera
Su nombre esclarecido
Entre la blanca Luna y Sol rosado;
Y su gloria pusiera
En el peplo extendido,
Que en otra edad Atenas vió estimado,
Quando el tiempo llegado
Minerva es celebrada.
Dichoso el año y dia,
Y quien ve el año y dia:
Herido yace allí con asta airada
El áspero Tifeo,
Que muerto pierde todo su deseo.
Mas pues que la rudeza
De este mi indigno canto,
Que un deseo produce simple y llano,
No puede á su belleza
Dar nombre y gloria, quanto
Se debe al valor suyo soberano,
Y mi intento es en vano:
Cisnes, que la corriente

De Betis vais cortando,
El cuello levantando,
Do el Indo rompe el mar, llevad presente
Su nombre y canto mio,
Do el Balteo seno hiela el cielo frio.

SONETO XVIII.

Pura, bella, suave Estrella mia,
Que sin temor de oscuridad profana,
Vestís de luz serena la mañana,
Y la tierra encendeis desnuda y fria:
Pues vos, á quien mi alma triste envia
Mil suspiros, moveis la soberana
Vuestra empresa, qual ínclita Diana,
Contra Venus y Amor con osadía:
Yo seré, como aquel, que su belleza
Con hierro amancilló; y el casto hecho
Lo mostró con mas gloria y hermosura.
Pero, si Luna sois, tendré en la alteza
Latmia del cazador el tierno pecho,
Y no del que honró Arcadia la figura.

XIX.

Fértil, riente, ledo y fresco prado,
Tu monte y bosque húmido y hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fue tocado:
Betis, con puras ondas ensalzado,
Y con ricas olivas abundoso,
¡Quanto eres mas felice y glorioso,
Pues quedas de mi Aglaya acompañado!
Tendreis perpetua y dulce primavera,
Y del Elisio campo tiernas flores,
Si vos viere el fulgor de la Luz mia.
Ni estéril soplo, ni rigor vos hiera;
Antes Venus, las Gracias, los Amores
Vos miren, y en vos reyne la alegria.

XX.

A vuestro grave y muerto yelo frio,
Temiendo el Niño ciego su aspereza,
Opuso con inútil rustiqueza
El leve y vivo ardiente fuego mio.
Su nieve muestra, y llama el fuego y frio;
Y reluchando esfuerza su grandeza:
El fuego al frio ablanda la dureza,
Y dispone veloz qual suelto rio.
Quedó Amor del asalto glorioso;
Y vos y yo contentos nos hallamos,
Pero todo mi bien turbóse luego:
Que por un triste caso y lastimoso
Con mi afrenta y dolor ambos quedamos,
Con mayor frio vos, yo con mas fuego.

XXI.

Por la Condesa de Gelves.

¿Quién osa desnudar la bella frente
Del fulgente esplendor y luz del cielo?
¿Quién veda el ornamento y gloria al suelo
De las crespas lazadas de oro ardiente?
Impio Febo esta lástima consiente
Con envidia sacrílega y con zelo;
Despues que ve cubrir de oscuro velo
La llama de sus hebras reluciente.
Con dura mano arranca los despojos,
Y atiende á mejorar quanto perdia,
Y altivo de sus rayos se corona;
Porque ya puedan ver mortales ojos
Con luz serena siempre un claro dia
En sus lúcidas trenzas y corona.

ELEGIA III.

¿Qué señales presentes de tristeza
Me roban la esperanza de alegria,
Y me rinden sujeto á su dureza?
¿Qué noche de dolor me cierra el dia?
¿Y qué niebla del cielo oscurecida
Destiñe el fulgor puro á la Luz mia?
¡O mísero quien sufre en esta vida
Los asaltos de Amor, y ya no siente
Remedio á su fortuna aborrecida!

¿No veré yo mi Luz resplandeciente,
Que esclarezca en mis ojos, y el hermoso
Ardor y crespos lazos de la frente?
Aun no es grave este mal; que si penoso
Esperase despues mudar ventura,
Y ver aquel semblante generoso,
No vendria á tener por desventura
La soledad; que muerta en quien bien ama,
Pierde en él su rigor la muerte oscura;
Y tornaria aquella ardiente llama
Con la vista á abrasarme en la presencia
Del fuego, en que mi alma ausente inflama.
Temo empero que en esta luenga ausencia
Me desampare solo en el camino,
Y desfallezca el mal con la paciencia.
El cielo que entre el cerco cristalino
De sus astros intenta sostenella,
Claro dia podrá tener contino.
Será, si esparce mi luciente Estrella
Su esplendor y su fuerza al frio suelo,
Mas dichosa la tierra y siempre bella:
Mas hermoso el purpúreo abierto cielo;
Pero yo mas mezquino y desdichado,
Y entregado á perpetuo desconsuelo.
¿Qué corazon tendré en mi mal, cuitado?
¿Qué dureza habrá en mí, si yo no muero
De terrible dolor atravesado?
Tu ánimo, preságo lastimero
De mi infelice suerte, el cuerpo al punto
Desnuda del sutil vigor ligero.

Que como en el amor le fuiste junto,
Justo es que en tal estrecho no te alejes
De aquel divino y celestial trasunto.
Y antes que el peso inútil veloz dexes,
Lleva del muerto amante la memoria,
Aunque tardando con razon te quejes.
Sienta el mísero cuerpo alguna gloria,
(Si puede sentir bien helado y frio)
Y tú goza felice tu vitoria.
¡Mas ó dolor¡ ó extraño desvario!
¿Quién me ofreció este mal de triste muerte?
¿De qué nace este vil rezelo mio?
Es de alta y soberana eterna suerte
Esta mi sola Lumbre de belleza,
Y el hado, opuesto á ella, es poco fuerte.
Tan rara perfeccion, tanta grandeza
No sufre, como yo, mortal mudanza;
¿Es luego eterno su valor y alteza?
Pero en el golfo airado sin bonanza,
Donde se halla nunca algun sosiego,
Y falta en el peligro la esperanza;
Se cansa y se fatiga el vital fuego,
Y desea arribar al rico asiento,
Do segura desprecie el furor ciego.
Esto es lo que rezelo descontento;
Y porque el corazon jamas rendido
Se desmaya, y se muere al sufrimiento.
Siempre cuidado tal cayó en olvido,
Que si el temor que tengo me hiriera,
Hallára Amor el paso defendido.

Si la pasion de la alma consintiera,
Venciera esta afliccion que me atormenta,
Y descansado de este afan viviera.
Mas amo y busco, y hallo al fin mi afrenta,
Y sigo el ancho paso de mi daño,
Por donde la ocasion me lo presenta.
Nueva pena y temor, furor extraño;
Y vos, en quien mi rostro se humedece,
Lágrimas, esperanza, error y engaño;
¿Por qué el usado brio en mí fallece,
Pues en esta sospecha no estoy cierto?
¿Por qué el frio mis venas entorpece?
Si es porque muera ausente, ya estoy muerto
Despues que mis dos luces me dexaron
Con soledad penando en el desierto.
Todas las esperanzas me faltaron,
Y contra la fortuna de mi vida
Amor y el cielo airados conspiraron.
Ella será temprano mal perdida,
Que en tan terrible mal muy poco puede
La fuerza que en sí tiene enflaquecida.
Si amor este deseo me concede,
Que faltando primero del aliento
Libre de este pesar y afrenta quede:
Daré por bueno yo mi apartamiento,
Y triste sepultado en este ageno
Campo, descansaré de mi tormento.
Que mi Lucero el esplendor sereno
Difundirá á mi túmulo dichoso,
De eterna y nueva lumbre siempre lleno.

Y entonces con el vuelo glorioso,
Ilustrando la sombra de Ocidente,
Al cielo se alzará vitorioso.
Saturno frio, el impio Marte ardiente
Tendrán de sus clarísimas centellas
Virtud y luz mas pura y excelente,
Y el coro de las cándidas estrellas.

SONETO XXII.

Un tiempo, aunque fue breve, osé atrevido,
Por ventura atendiendo la vitoria,
Quejarme, y de mi afan mostrar la historia
A quien me trae en ciego error perdido.
Ahora, ó con mas lástima ofendido,
O cierto de la falta de mi gloria,
No hago de mis males mas memoria,
Que si yacieran solos en olvido.
Pero el silencio al fin no puede tanto
Que en soledad no rompa, y lo que impide
Su vista escribo del dolor forzado.
Comienza el dia, y doy principio al canto
Y llanto que en la noche amor despide,
Y llanto y canto avivan mi cuidado.

XXIII.

Inmenso ardor de eterna hermosura
En vuestra dulce faz se me aparece;
Y en mis entrañas arde y siempre crece
Con inmortal incendio virtud pura.
Con alteza y valor vuestra figura
Sin igual en mi alma resplandece;
Y pues ufana sufre, bien merece
Algun corto favor de su ventura.
No puede ser mayor vuestra belleza;
Y no es ya justo que cegueis mis ojos,
Su flaca luz gastando en tanto fuego:
Que si al pecho mostrais vuestra grandeza,
Muriendo en llama no daré despojos,
Los que pudiera dar viviendo ciego.

XXIV.

Mi pura Luz si olvida el fertil suelo,
Que Betis enriquece en Ocidente,
Y abre las frias nubes con ardiente
Rayo, esparciendo en torno el rico velo:
El asiento mas dino será el cielo
Al sacro esplendor suyo reluciente;
Y de allí con las llamas de su frente
Romperá el rigor duro al torpe hielo.
O ya que aun no se debe á la belleza
Sin el riesgo de ausencia, será el grado
Propio el pecho do yace obedecida.
Que á tal valor del mundo la grandeza,
O la alma, en sus centellas encendida,
Es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

XXV.

Nunca mi mal terrible sentiria,
Ni descansar querria de mi pena,
Si cuidase tal vez que mi serena
Luz alegre y suave me seria.
Mas no sufre la indina suerte mia
Esta gloria, y de sí la aparta agena;
Y á rendir la esperanza me condena,
Porque osé y di lugar á esta osadia.
Haga el cielo que pierda en menor daño
La memoria de aquel atrevimiento,
Que tuve en ver mi afan no aborrecido;
Quando agradó á mi bien que en dulce engaño
Sufriese ufano y ledo el mal que siento:
¿Mas qué vale á quien muere en tibio olvido?

XXVI.

A Cristóbal Mosquera de Figueroa.

Quando mi pecho ardió en su dulce fuego,
Osé cantar, Mosquera, el mal que siento;
Y dióme al tierno canto ufano aliento
El sol, en cuyo ardor estuve ciego.
Osé mostrar mi llanto en blando ruego
A quien á amor desprecia y su tormento;
Y el humilde quejar de mi lamento
Me dió osadía, y dió esperanza luego.
Ahora que la Luz yo pierdo ausente,
Y crece mi dolor con su belleza,
(Notad el grande error de mi porfia)
Lloro el pasado bien y el mal presente,
Y puesto en soledad de mi tristeza,
La esperanza me falta y la osadía.

CANCION III.

Por la vitoria de Lepanto.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas, y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y decendieron
Qual piedra en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del ímpio furor suyo, alzó la frente
Contra tí, Señor Dios; y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dixo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Quando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la Luna las banderas.
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en su defensa;
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan;
Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan:
Sus vírgenes estan en cautiverio:
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fertil y Istro frio,
Quanto el sol alto mira todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su vitoria;
No dexes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe.
Que hechos ya su oprobrio, dice: ¿dónde
El Dios de estos está? ¿De quién se asconde?

Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este que aborrece ya ser hombre,
Y las honras que zelas tu consiente;
Y tres y quatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dixeron; y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago:
Deshagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los Arabes y leves Africanos;
Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con yerro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos;
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Joven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.

Qual leon á la presa apercibido,
Sin rezelo los ímpios esperaban
A los que, tú Señor, eras escudo;
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste,
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Qual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama;
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu Leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dexó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exâltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los exércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la hasta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza,
Triste, que á ella pareces, no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo.
Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enxutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte:
Que llega á tu cerviz con diestra suerte
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra;
Y si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú que sigues la Luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? que á Dios enciende
Tu ira, y la arrogancia que te ofende.
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura;
Viendo tu muerte oscura
Dirán, de tus estragos espantados,
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor que mostró su fuerte mano:
Por la fe de su Príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta vitoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adorente, Señor, tus escogidos;
Confiese quanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo;
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO XXVII.

Por la vitoria de Lepanto.

Hondo Ponto que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno:
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el Cristiano esfuerzo y Sarraceno;
Y cubierto de humo, y fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado.
Con profundo murmurio la vitoria
Mayor celebra que jamas vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña:
Y di que solo mereció la gloria,
Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
El Joven de Austria y el valor de España.

XXVIII.

Si trasformar pudiese mi figura,
Como el Ideo Júpiter solia,
En blanco cisne vuelto ya seria,
Mirando de mi Leda la luz pura;
Y sin algun temor de muerte oscura
En honra suya el canto ensalzaria:
Su frente y bellos ojos tocaria,
Ensandeciendo ufano en tal ventura.
Mas en luciente lluvia convertido
Perderia el eletro la fineza,
Si el velo esparce suelto en rayos de oro:
Pero siendo en la falda recogido,
Y junto al esplendor de la belleza,
Tendria el precio del mayor tesoro.

XXIX.

Mi bello Sol, si voy de vos ausente
A parte extraña, do el dolor me ofende,
Y el fuego que mi alma presa enciende,
En dulce ardor contino está presente:
Aunque el color purpúreo de Oriente,
Do el Sol menor de vuestra luz deciende,
Vea cerca; y do el manto oscuro tiende
El apartado extremo de Ocidente;
Conmigo irá el Amor igual en parte
Con la mitad de la alma que me alienta,
Que el resto vive en vuestra faz que adora;
Y dividido en una y otra parte,
Presente con el bien que me sustenta,
Siempre veré resplandecer mi Aurora.

XXX.

Aquí, do me persiguen mis cuidados,
Solo, sin mi Luz bella y ofendido,
En noche de dolor siempre ascondido
Lamento mis deseos engañados.
Vuelvo á ver mis contentos ya pasados,
Para mayor afan; que el bien perdido
Mas duele al que se ve en confuso olvido,
Y contra sí sus males conjurados.
Quanto intento alentar mi acerba pena,
Y quanto fundo en esperanza y tengo,
Todo gasta y destruye mi tormento.
Vos, que rota de Amor la impia cadena,
Respirais del trabajo que sostengo,
Dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

ELEGIA IV.

Yo cuidé, dulce Bien del alma mia,
Que primero con muerte al cuerpo ausente
Desamparára en tierra sola y fria;
Y que el rigor pudiera del presente
Dolor humedecer en vuestros ojos
La pura claridad y luz ardiente:
Que apartado y rendido á mil enojos,
Alentar las congojas de mi vida,
Acrecentando al mal nuevos despojos.
Mas vivo ya en ausencia aborrecida,
Y no muero en la sombra del olvido,
Donde fincó mi gloria oscurecida.

Si esto sufro, ¿qué afan no habré sufrido?
¿Qué puede ya imprimir el sentimiento
En este corazon endurecido?
Mayor es que el dolor el sufrimiento;
Y tal es el dolor, que debe el pecho
Justamente acabarse al mal que siento.
De heladas rocas ásperas fui hecho,
Y me crió la fiera tigre Ircana,
Pues no estoy de mis lástimas deshecho.
En esta parte estéril y profana,
Do la noche con tela tenebrosa
Vence á la luz de Febo soberana:
Vuestra inmensa belleza y generosa
Conmigo veo atento, y considero
Las molestias de ausencia lastimosa.
Alguna vez me tiene el dolor fiero
Tan opreso en sus ansias y cansado,
Que á mi despecho temo y desespero.
Betis de mi lamento acrecentado
Vuelve mis tristes lágrimas, sonando
En el veloz Océano mezclado.
Y creo que do la Alba el roxo bando
Con las flores purpúra, y la luz nueva
Abre el Sol los colores matizando;
Es mi mal conocido: que la prueba
Que Amor extrema en mí, señal que sea
Quiere, á do sus desdichas todas lleva.
Si mi alma procura, y ver desea
Vuestra serena faz, arde en su fuego,
Sin que en ella su gloria y su bien vea.

Porque el dulce Tirano, que en mi ciego
Pecho está siempre, ofrece á la memoria
Mi pérdida y dolor presente luego.
La muerte, si viniere, será gloria;
Pero á tan duro corazon no quiere
Dar alguna esperanza de vitoria.
Un contino temor me aflige y hiere,
Que ya, si no me mata el mal de ausencia,
No habrá porque mi muerte Amor espere.
Porque yo, que vivia en la presencia
Venturoso, deseo, estando ageno
Y ausente, poner fin á mi dolencia.
Mi alma, en el fulgor bello y sereno
Presa de vuestra frente, me tendria
Siempre de vuestra luz ufano y lleno.
Y con el precio igual á mi osadia,
Gozára merecer, que por vos muerto,
Consagré á vuestro honor la vida mia.
Y á quien de bien alguno estaba incierto,
¿Qué mayor gloria diera su fortuna,
Si solo y sepultado en el desierto,
Mereciera gozar de sola una
Lágrima de esos bellos tiernos ojos,
Lo que esperar no puede en suerte alguna?
Dichosos mas que flores los abrojos,
Que de esa rica lluvia rociados,
Honráran la ocasion de mis enojos.
No sepulcros de mármoles labrados,
Reliquias de memoria gloriosa
Fueran, qual fuera el mio, celebrados.

Mas ¡oh mi eterno Sol y Luz hermosa,
Que ni bañado de ese llanto puro,
Ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa!
Antes, como rendido ya, y seguro
En las penas de amor, me veo ausente,
Sin temer el dolor acerbo y duro.
A un tibio y lento pecho vuelve ardiente
El uso del amor; y quien bien ama,
Esperando su gloria, el mal no siente.
Mi pecho que arde y en su afan se inflama,
Si en su tormento ingrato desfallece,
Otro aliento no siente que su llama.
Pero en sola esta llama aviva y crece,
Y solo espira en la ligera fuerza
De aquel movible ardor que no perece.
El temor amoroso, que se esfuerza
En mi alma, sujeta al mal instante,
A perder la esperanza y bien me fuerza.
El mesurado trato y el semblante;
La bella luz, en quien Amor espira;
El oro en crespas ondas rutilante:
Si un tierno amante gime ya y suspira,
Que en otro tiempo alegre con ventura
Gozó mirar presente, y ya no mira;
Y desierto en la noche siempre oscura
Lamenta con dolor solo y perdido,
Que no merece ver su hermosura:
Cúlpenle si la vida aborrecido
Desea, y si esperar mas bien pretende,
Por no perder ya mas que lo perdido.

De tal causa mi lastima deciende,
Que aun vitupero en tanto mal mi suerte,
Si algun pequeño espacio no me ofende.
Por el paso que voy á ver mi muerte,
Tanta envidia merezco, que no siento
En alguno dolor de mi mal fuerte.
Despues que ví y gocé de mi tormento,
Y conocí el valor de esa belleza,
Y de mi libertad y pensamiento;
Mis entrañas cercó vuestra grandeza,
Y ocupó vuestro nombre mi memoria,
Y Amor hizo en mí asiento de firmeza.
Sin vos estuve ageno de mi gloria,
Y quedé siempre amando á amar forzado,
Llevando de esta fuerza la vitoria.
Siempre vive en mi alma venerado
Vuestro valor y gracia y cortesia,
De quien se halla rico mi cuidado.
Pero si ahora, lejos de alegria,
Padezco, á vuestros ojos yo lo debo,
Que prometieron bien á mi porfia.
Vuestra beldad merece el mal que llevo;
Que no es bien que asegure la esperanza,
Pues á tan alta empresa al fin me atrevo.
Si el Amor prometiera confianza
Sin temor de peligro y desventura,
Y no trocára el bien con la mudanza,
Ofendiera el agravio esa luz pura;
Porque es deuda de pena y de tormento,
Osar tanto ofrecido á la ventura.

Mas á la ausencia, en que morir me siento,
No hallo causa alguna; y solo espero
Acabar con la vida el sufrimiento.
En esta soledad padezco y muero,
Y en la razon mis penas entretengo,
Para dar nueva fuerza al dolor fiero.
Tal vez, que suspendido acaso tengo
El ímpetu de males, me levanto,
A do sin esperanza me sostengo.
Allí rompo las venas de mi llanto,
Y de la lluvia exhala el fuego ardiente
Que en ceniza convierte el mortal manto.
Etna que el duro hielo y frio siente
En sus coronas altas ensalzado,
Y con el blanco velo reluciente:
Quando del ímpio Encelado abrasado
Es con serpientes ásperas herido,
Y se revuélve de uno y otro lado:
El fuego en nube espesa reducido
De ardientes globos y furor humoso
Arroja con horrísono estampido.
El estruendo de peñas tempestoso
Con alto horror resuena en torno y brama,
Y tiembla todo el monte cavernoso.
Mi pecho, que de fuera es nieve, y llama
Dentro, quando el Amor lo mueve y hiere,
Gime, y sonando el bravo ardor derrama.
Rebosan mil incendios, quando quiere
Feroz que á la alma abrase su crueza,
Sin jamas condolerse de quien muere.

El rayo, que sepulta con fiereza
Al terrible Gigante que del cielo
Pensó regir soberbio la grandeza;
No iguala al que en eterno desconsuelo
Me dexa atravesado sin la culpa
Que él tuvo en el terrestre patrio suelo.
Sola una cosa habrá, con que me culpa
Amor, que es en ausencia tener vida;
Mas el deseo mio me disculpa.
Aunque apartado siempre en mi perdida
Soledad, tan hermosa y estimada
Vos hallo que doy la honra merecida.
Con el mismo respeto venerada
Estais; y con el mismo sentimiento
Y tierno afecto humilde siempre amada:
Ya veo vuestros ojos, y consiento
Por los mios la pena que proviene,
Ya temo el rostro airado y descontento:
Ya el temor con ligeras alas viene,
Y me dexa sin luz de bien incierto,
Y preso la tristeza el pecho tiene.
Ya veo con mi gloria el cielo abierto,
Que vos contemplo alegre y piadosa,
Y honrais con vuestras plantas el desierto.
Consuelo son de ausencia congojosa
Estas muestras de vana fantasia,
Aunque es cierta mi pena lastimosa.
La esquiva soledad y mi porfia,
La tristeza y temor de mi cuidado
Me dividen de vos, ó alma mia.

Muera, pues, quien de vos está apartado;
Acabese en la vida la memoria,
Que á un prolixo dolor desesperado
Mal puede venir bien que le dé gloria.

SONETO XXX.

¡O cara perdicion! ¡ó dulce engaño!
Suave mal, sabroso descontento,
Amado error del tierno pensamiento;
Luz que nunca descubre el desengaño:
Puerta, por la qual entra el bien y el daño:
Descanso y grave pena del tormento:
Vida del mal, vigor del sufrimiento:
De confusion revuelta cerco extraño:
Vario mar de tormenta y de bonanza:
Segura playa y peligroso puerto:
Sereno, instable, oscuro y claro cielo:
¿Por qué, como me diste confianza
De osar perderme, ya que estoy desierto
De bien, no pones á mi afan consuelo?

XXXI.

Solo y medroso ya del daño cierto
Que en la guerra de Amor temido habia,
Tarde con mejor suerte al fin huia
Seguro en tempestad tan grande al puerto.
Mas de un golpe en el medio curso incierto,
Quando con mas descuido proseguia
Amor, que en vuestros ojos me atendia,
Atravesó cruel mi pecho abierto.
Y antes que yo pudiera de mi pena
Alabar la ventura, envidioso
Huyo con vos, y me olvidó perdido:
Qual huye el Parto do el Eufrates suena,
Y revuelve el caballo presuroso,
Dexando al fiero contendor herido.

XXXII.

En esta soledad, que el Sol ardiente
Y rehuyen sus rayos, estoy puesto,
A todo mal de ingrato amor dispuesto,
Triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente:
Finjo y cuido tal vez estar presente
Alegre en el dichoso y fresco puesto,
Y en la gloria me pierdo; que el molesto
Dolor de la alma aparta este accidente.
Nunca silencio y soledad oscura
Pueden dar á quien ama tal contento,
Si no se cambiase la alegría.
Poco en memoria el bien de amor me dura,
Que aun en este ocioso apartamiento
No se afirma en segura fantasía.

XXXIII.

Flaca esperanza en todas mis porfias,
Deseo vano en desigual tormento,
Y inútil fruto del afan que siento,
Lágrimas sin descanso y ansias mias;
Sufrid que una hora alegre en tantos dias
Tristes merezca un triste descontento;
Y que pueda sentir tal vez contento
La gloria de fingidas alegrías.
No es justo, no, que siempre quebrantado
Me oprima el mal, y me deshaga el pecho
Nueva pena de antiguo desvario.
Mas ¡oh! que temo tanto el dulce estado,
Que (como perdi al bien todo el derecho)
Abrazo ufano el grave dolor mio.

XXXIV.

Huyo la blanda voz y el tierno canto,
Que celeste armonia espira y suena
De esta, de España luz, gentil Sirena;
Mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.
Bien sé que este placer acaba en llanto;
Que esto es imágen cierta de mi pena,
Y Amor injusto siempre me condena
Porque sirvo y padezco y sufro tanto.
Ulises, que pudiste venturoso
Sulcar seguro y sin temor del daño,
El golfo de la bella Leucosia:
¿Quánto fueras mas grande y valeroso
Si tentáras perderte en este engaño,
Oyendo á la inmortal Sirena mia?

CANCION III.

Ya bien podrás hartar de tu crueza,
Amor, en mi herido pecho el hierro,
Y tu rabia ensañar en mis entrañas:
Mas no podrás hacer que mi dureza
Dude ya mayor mal; ni en mi destierro
Que la venza el temor de tus hazañas.
Son tales tus extrañas
Leyes y condicion que ya no espero
Remedio ni lo quiero:
Antes ufano abrazo el daño todo
De esta mi perdicion; que el dolor fiero
No da lugar al bien en algun modo.
Véngate en mí, cruel, que estoy desierto,
En pena vivo siempre, en gloria muerto.
No dexa respirar el golpe crudo
Al triste corazon, ni dexa el llanto
que quiebre su furor: antes los ojos
Secos, y el rostro de pasion desnudo,
Fingen ledo semblante; pero quanto
Procuran encerrar de sus enojos
Son míseros despojos
De ostinacion confusa y clara afrenta.
¿Quién habrá que consienta
Tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,
Sin que memoria alguna de él se sienta?
Mas ¡oh quánto es mejor que esté perdido
En silencio; pues cabe tal cuidado
Solo en mi corazon desesperado!

Es, quanto pienso, lástima, es tormento:
El bien me cansa, aflige la alegría,
Que sin envidia en otra gente veo.
Temo el favor, procuro el descontento:
Reposo en la mudanza esquiva mia;
Y tan ageno estoy de buen deseo,
Que olvidarme deseo
De todo lo que fue mi bien y gloria.
¿Qué presta la memoria,
De perdidos contentos en un triste?
¿Qué pequeño triunfo, qué vitoria
Tan corta, Amor, en acabarme hubiste?
Tuviste, Amor, vitoria de tal suerte,
Que estoy, vencido al fin, mas duro y fuerte.

Los ojos abro solo á ver mi daño,
Y holgarme con él sin confianza,
Pues desamparo ya sin ella el miedo;
Y valgo tanto ya en el desengaño,
Que, aunque me siento extraño de esperanza,
Como volver á ella nunca puedo,
Cobro tanto denuedo,
Que si tal vez me acuerdo que la tuve,
Y con ella sostuve
Los males que me dió tu mano fiera,
Quando en mas bien con mas favor estuve,
Aborrezco los dias y primera
Ocasion que me traxo al desvario,
Y alabo esta ventura del mal mio.

El rayo de los tiernos ojos bellos,
El color dulce y pura faz serena
Que mi soberbia frente quebrantaron:
El rico y terso lazo de cabellos
Que prendieron mi alma en su cadena,
Y mil trofeos de ella levantaron,
Y en tú templo colgaron
Mis despojos, Amor; ya poca parte
Serán para estimarte.
Osado pecho tengo y generoso,
Que se atreve á mostrarse, sin dudarte,
Contrario de tu nombre poderoso:
Bien puedes revolver en guerra luego
Contra mí el ayre, el mar, la tierra, el fuego.
Si en quantos, impio, ofendes hay alguno
Que se espante de ver mi atrevimiento,
Y tenga de mi pérdida recelo,
Crea que mi dolor me fue importuno;
Y que un desesperado pensamiento
Se obliga mal á recibir consuelo.
¿Pero yo qué recelo
Que contra tí, ó cruel, ó mi enemigo,
Pocas injurias digo?
Y pues llego en el daño á tanto extremo,
Que estoy solo en estrecho sin amigo;
Esfuérzome en el mal, y no le temo:
Que no rehuye alguna desventura,
Quien tiene tan perdida la ventura

SONETO XXXV.

Qual rociada Aurora en blanco velo
Descubre el candor nuevo al claro dia;
Qual sagrado Lucero, del Sol guia,
Sus rayos abre ufano al puro cielo:
Qual Venus á honrar parte el fertil suelo
De Cipro; y va en hermosa compañía
Con ella Amor, las gracias y alegría,
Que Zéfiro las lleva en blando vuelo:
Tal saliste, mi Luz serena y bella,
Al dia, y cielo y suelo dando gloria,
Y aquistastes de todos los despojos.
Tendió á aquel punto Amor su red, y en ella
Las alas quemó preso; y la vitoria
Rindió de la alma mia á vuestros ojos.

XXXVI.

Sol, que con alas de oro vas luciente,
Y al Euro tu primer ardor colora,
Mostrando al blanco cerco de la Aurora
La fogosa corona y roxa frente.
Quando el ondoso claustro de Ocidente
Entrares, donde reyna alegre Flora;
Si la Luz que este ausente amante adora
Vieres, lleva esta triste voz doliente:
Despues que vos dexé, mis bellos ojos,
Y en puras perlas hebras enlazadas,
La noche oscureció al sereno dia:
El bien me falta, y sobran los enojos;
Y en horas de tristeza mal contadas
Ningun lugar me queda de alegría.

XXXVII.

Tiempo fue de dolor el que yo tuve
Sujeto á dura voluntad agena:
Tiempo fue en que perdí mi grande pena;
Mas en perder mas fiero mal sostuve.
Tiempo fue de mi afrenta aquel do estuve
Atado, y sin valor, en la cadena;
Tiempo fue en que cerré á la luz serena
Los ojos, y en error perdido anduve.
Tiempo es ya que no duerman en su engaño
Mis sentidos; ya es tiempo que deshaga
La razon mi porfia y devaneo.
Que ya no es justo conocer el daño,
Y abrazar la ocasion; aunque en la llaga
Siempre abierta respire mi deseo.

XXXVIII.

Ya que la grande fe del amor mio,
Y el eterno dolor de mi tormento
No pueden descubrir un sentimiento
Liviano en vuestro ingrato pecho frio:
Mostrad con mas desden mayor desvio;
Porque con el afan que triste siento,
O acabe en triste muerte el descontento,
O huya este confuso desvario.
Antes, pues mas no sufre el mal presente,
Volved, fiera enemiga de mi gloria,
La dulce libertad que yo tenia.
Porque de vos ya pierdo osadamente
Sin esperanza alguna la memoria.
¡Mas ay cómo me engaña esta osadia!

XXXIX.

Bien puede el vano error y la porfia
De mi ardiente deseo desfrenado
Llevarme en su furor arrebatado,
Y oscurecerme el cielo en claro dia.
Que al fin la Luz serena que me guia
La vista abre de nuevo á mi cuidado;
Y de improviso horror todo ocupado
Repugno á la perdida suerte mia.
Respiro ya del importuno peso;
Y aunque no arrojo el yugo sacudido,
No me oprime la fuerza del tormento.
Ni libre canto ya, ni lloro preso;
Ni sano de mi llaga, ni herido,
Dudoso estó en confuso sentimiento.

XL.

Ya comienza á mudar su faz el cielo
Sereno de mis dias no turbados;
Ya tornan á estrecharme mis cuidados,
Y Amor en fuego vuelve el tibio hielo,
Incauto en tantos daños alzo el vuelo
De atrevidos deseos no cansados;
Que van en lo que siguen tan cebados,
Que pierden al peligro ya el recelo.
Ufano intento, debil esperanza,
Y pocas fuerzas hacen que fallezca
En medio del camino la osadia.
Quando trocare el caso esta mudanza,
Será, para que siempre en mal padezca,
Quien yerra y persevera en su porfia.

ELEGIA V.

Las quejas y suspiro y llanto luengo
De mi pasado daño, en tanto extremo
Descubran la pasion del mal que tengo.
Presente está el cruel dolor que temo,
Y conmigo no finca la esperanza,
Que de mi triste afan fue el bien supremo.
Miserables efetos de mudanza
Que roban de mi dulce primavera
Las flores con perpetua malandanza.
Perdida bien en otro tiempo fuera
La vida, quando lleno de alegría
Mi muerte mas plañida ser pudiera.
Pero en esta mezquina suerte mia
¿Qué consuelo tendré, si en tal estado
Mi niebla oscureció á la luz del dia?
Si yo me hubiera tanto recelado
De peligros de amor, con mas paciencia
Sufriera este dolor necesitado.
Mas quien favorecido en la presencia
Estuvo siempre; no esperó á su gloria
Que naciera la fuerza de la ausencia.
Antiguas ocasiones y memoria,
Y mis nuevos trabajos representan
La esperada promesa de vitoria.
Los bienes y los males mas me afrentan,
Quando inquiero razon para librarme
De los lazos de Amor que me atormentan.

Pueden mis pensamientos animarme,
Para mostrar, ausente, sufrimiento,
No osando en el peligro conortarme.
No se debe á mi grave sentimiento
Ya compasion alguna; antes conviene
Un extraño linage de tormento.
En tanto mal no sé por que sostiene
Mi espíritu la vida, ni si es justo
Que en mísero temor se canse y pene.
Amor me lleva ausente por su gusto,
Para extremar en mí toda crueza,
Y obedezco por fuerza el mando injusto.
Si mi pecho constante con dureza
Se vió, sin confianza y osadia
Conocerá su ímpetu y braveza.
No doy lugar al bien en que me via;
Despues que, puesto solo en el desierto,
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Quanto al dolor terrible ya estoy muerto;
Pero en la honra de sufrir tan vivo,
Que á su rigor opongo el pecho abierto.
Quien me juzgo otro tiempo muy esquivo
No me culpe, si estoy sin fuerza alguna,
Que con el mal perdí el intento altivo.
Cúlpeme, si abrazare esta importuna
Cuita en el corto espacio de mi vida,
Si otra vez esperare en tal fortuna.
Yo tengo la esperanza aborrecida,
Y tengo amor, y sé que no me engaño;
Pero no sé en qué parte en mí se anida.

No siente quien no sabe que es el daño
De amor desesperado, qual el mio,
Revuelto en el horror del desengaño.
No espero, y amo; y huyo ya, y porfio;
Y si busco pretexto á mi ventura,
Es inútil, pues temo y desconfio.
No se vió, qual la mia, desventura;
Mas mirando á la causa do procede,
Bien debida al furor de tal locura.
El temor de no ver tanto en mí puede,
Que derriba mis vanos fundamentos,
Y ver mi adversa suerte no concede.
Cuidé tener seguros mis intentos
Quando en mar sosegado navegaba
Con próspera bonanza y frescos vientos:
Mas ensañóse tempestad tan brava,
Que las crespadas ondas de alegría
En altos montes de agua levantaba.
Corrió fortuna allí la nave mia;
Y sin que me valiera confianza,
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Ya tarde puedo yo aguardar mudanza,
Si no espero remedio ni lo pido,
Ni me asegura Amor mas esperanza.
Tan mísero me veo y confundido,
Y rendido á la pena, que imposible
Será, qual yo, hallar otro perdido.
El afan que padezco es insufrible;
Mas por aquella Luz do Amor florece,
Quanto es mas grave, me es mas apacible.

Favor de la ventura no merece
Quien por temor del mal del bien rehuye,
Y al peligro su vida nunca ofrece.
El suceso en mil casos varios huye,
Quando se pesa mas y considera,
Y toda la esperanza se destruye.
A la entrada difícil y carrera
Del amoroso y ciego laberinto
No aprovechó temer mi suerte fiera.
Amor halló mi pecho en el procinto
Tan gallardo y soberbio, que no pudo
Ser mas bravo el que rige á Delo y Cinto.
Mas vibrando sañoso el rayo crudo,
Temblóme el corazon; y desmayado
Dexé caer medroso el fuerte escudo.
Allí, quando yo fui desamparado,
Fuera justa la muerte por castigo,
Pues perdí mi temor y mi cuidado.
Confio yo mi vida á mi enemigo,
Muéstrole la ocasion para mi pena,
¿Y laméntome de él como de amigo?
Ya no daré razon tan cierta y buena
Que me excuse de afrenta en mi porfia;
Ni habrá ya á quien admire mi cadena.
En soledad estoy sin alegría,
Y me asombra el dolor, porque en un hora
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Gime conmigo el Sol, conmigo llora
El Espero, y la noche se lamenta,
Y conmigo te quejas, roxa Aurora.

¿Quién es tan olvidado que consienta
Y procure lugar para su muerte,
Tomando la ocasion que se presenta?
No rezelo el dolor del trance fuerte,
Sino que estoy ausente; y que si muero
No puede haber memoria de mi suerte.
Si fuera piedra yo, si duro acero,
Comportara mis ansias; mas (cuitado)
No tengo en tanto mal el pecho fiero.
El ánimo en mis llamas abrasado,
Despues de roto el nudo, alzará el vuelo
Al trono donde está sacrificado;
Yo quedaré desierto en este suelo,
Premio digno á mi lástima penosa,
Y lo espera quien ve mi desconsuelo.
Tú, si bañare tu ribera ondosa,
Tartesio rio, mi sepulcro, suena,
Hiriendo triste en él con voz quejosa.
Pues no se condolece de mi pena
Un pecho ingrato y sin amor; lloroso
Sus iras impias y mi mal resuena.
Podrá ser que en la muerte venturoso
Alcance claro nombre, y escogido
De constante amador, y no dichoso.
Pero ya que me veo al fin partido,
De mis bellas estrellas desterrado,
Do no puedo ni espero ser oido;
Y que á molesta ausencia condenado,
Relucho, contrastando al dolor mio,
Protesto que en mi mal no soy culpado.

No para atender bien, que en pecho frio
No cabe compasion de mal extraño,
Ni admite Amor tan áspero desvío:
Mas para no dar fuerzas al engaño,
Por donde me conduce solo, ausente,
Con que pueda culparme en tanto daño.
Y pues Amor mis lástimas consiente,
No quiero yo vedar á mi memoria
Cosas con que mi pena se acreciente.
Los favores, que fueron rica historia
Y dichosos despojos de alegría,
Los perdidos contentos de mi gloria;
Sean triste desdicha y suerte mia,
Pues en seguro y llano y ledo estado
Mi niebla obscureció á la luz del dia.
Mas porque no se ofenda el bien pasado,
Aunque es agravio injusto al pensamiento,
Quiero el dolor por él sufrir doblado.
Pero tengo tan tierno el sentimiento,
Que me enflaquece, y temo la caida;
Que mal se pierde tanto lasamiento.
El riesgo no me turba de la vida;
Que abandono el temor con el deseo;
Y la esperanza yace confundida.
Bien puedo ya decir que no deseo,
Mas dudo la memoria que persigue
Mi alma, á do mis bienes, triste, veo.
Amor, ¿qué bien, ó qué valor consigue,
Trocando á cada paso mi tristeza?
¿Qué gloria de mal nuevo se le sigue?

Si yo me viera rico y en grandeza;
Si estuviera rebelde y no vencido;
Si pudiera perder en mi pobreza;
Mostrara en mí la fuerza de su olvido;
Vengara su desden, su airado pecho,
Y traxera contino perseguido.
Mas á quien olvidado ya y deshecho
Está de su furor; á quien no siente;
A quien llegar no puede á mas estrecho;
¿Para qué lo maltrata? que ni ausente,
Ni preso y desdeñado, ni sujeto
Tengo mas que sentir que me atormente.
Si algun bien esperara, yo prometo
Que de grado escogiera este importuno
Dolor, que no permite estar secreto.
Mis males cuento todos de uno en uno;
Hallo poca razon, y no me atrevo
A consolar mi ofensa con alguno.
Confórtome con esto, que no debo
Mas á mi bien que no haya merecido;
Y que en estos mis males no soy nuevo.
Y así triste y lloroso me despido
Del alma, que me da el postrer aliento,
Si del cielo no soy favorecido.
La voluntad rendida le presento
Otra vez, y consagro los despojos
De este mal y cuitoso apartamiento.
Que no es mucho que guarde mis enojos
Con las ricas memorias de alegría,
Pues voy solo y ausente de sus ojos.

Pero si la infelice suerte mia
La mueve tiernamente á mi cuidado,
Huirá mi niebla de la luz del dia.
Y siendo de sus rayos inflamado,
Aquí, do estoy ausente, en dolor fiero,
Renovaré la gloria al mal pasado.
Despues de tanta sombra el sol espero,
Que el dia ilustrará á la noche oscura,
Y en aquel dulce bien de amor primero
Los ojos fixaré en mi Lumbre pura.

SONETO XLI.

En la obscura tiniebla del olvido,
Y fria sombra, do tu luz no alcanza,
Amor, me tiene opreso sin mudanza
Este fiero desden aborrecido.
Porque de su aspereza perseguido,
Hecho mísero exemplo de venganza,
Del todo desampare la esperanza
De volver al favor y al bien perdido.
Tú, que sabes mi fe y que ves mi llanto,
Rompe las densas nieblas con tu fuego,
Y tórname á la dulce suerte mia.
Mas ¡ó si oyese yo tal vez el canto
De mi ingrata cruel! saldria luego
A la pura region de la alegría.

XLII.

Ya siento el dulce espíritu del aura,
Que mansamente murmurando aspira;
Ya veo el puesto adonde Amor me tira,
Y á do su muerta llama el fuego instaura.
¿Quál amador de Cintia, ó Delia, ó Laura
Temió mas el desden, la ardiente ira,
Que yo la Luz, que tiernamente mira
Mi mal, y de la pena me restaura?
Como al que espantó el rayo con el trueno
Y lumbre, que aun le queda en la memoria
El alto estruendo del terror pasado;
Tal yo, que estuve triste y siempre lleno
De males, huyo en muestras de mi gloria,
Temiendo el bien, que no esperé, engañado.

XLIII.

Tú, que con la robusta y ancha frente,
Y grandes hombros sustentaste alzado,
Rey Africano, el polo apresurado,
Y cerco de los astros reluciente;
Y tú, que quando Atlante temblar siente
La inmensa carga, sin doblar cansado
El yerto cuello tuyo, levantado
Sufriste tanto peso osadamente;
Aunque en valor no igual, ni en la grandeza,
No vos invidio yo; porque el sereno
Cielo y estrellas, donde Amor se cria,
Y donde reyna eterna la belleza,
Sostuve glorioso y de bien lleno,
Quanto sufrió la corta suerte mia.

XLIV.

Amor en mí se muestra ardiente fuego,
Y en las entrañas de mi Luz es nieve:
Fuego no hay que ella no torne nieve,
Ni nieve que no mude yo en mi fuego.
La fria zona abraso con mi fuego;
La tórrida mi Luz convierte en nieve;
Pero no puedo yo encender su nieve,
Ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.
Contrastan igualmente hielo y llama,
Que fuera de otra suerte el mundo hielo,
O su máquina toda viva llama.
Mas fuera que resuelto ya en el hielo,
O el corazon desvanecido en llama,
Ni temiera mi llama ni su hielo.

XLV.

Hurtadas glorias de esperanza incierta,
Vanos efetos, dias mal gastados
Dieron triste principio á mis cuidados,
Y ocasion á mis lástimas abierta.
De mi favor y mi alegria cierta
Los pasos fueron súbito cortados;
Y fueron mis dolores renovados
Con la memoria de mi gloria muerta.
Ahora queda inútil esperanza,
Frio, calor, temor, suspiro y llanto,
Y solo Amor en mi engañada suerte.
No deseo tornar en confianza,
Que no hay corazon que sufra tanto,
Ni aun bien que me defienda de la muerte.

XLVI.

Solo de unos honestos dulces ojos
Tengo lleno mi alto pensamiento:
Solo de una belleza cuido y siento
Que da justa ocasion á mis enojos.
Solo me prende un lazo, que en manojos
De oro esparce el Amor al manso viento;
Solo de una grandeza mi tormento
Procede, que enriquece mis despojos.
No escucho otra voz, ni amo, y no me acuerdo
De otra gracia jamas, ni espero y veo
Otro valor igual en mortal velo.
Si no fuese saber que ausente pierdo
La gloria que se debe á mi deseo,
Nunca mas bien de Amor me diese el cielo.

XLVII.

Llevarme puede bien la suerte mia
Al destemplado cerco y fuego ardiente
De la abrasada Libia, ó donde siente
Prolixa sombra Tile y noche fria;
Que en la niebla tendré la luz del dia,
Templanza en el calor, aunque esté ausente
De vos, mi Bien, y niegue el inclemente
Amor dulce esperanza á mi porfia.
Y no podrá mi áspero tormento,
Y el inmenso dolor, que temo tanto,
Turbarme un solo punto de mi gloria;
Que en medio de mi grave sentimiento,
De mi hielo y mi llama alegre canto
De mi dichoso afan la rica historia.

XLVIII.

Aquí yo ví el luciente y puro velo
Por los hermosos hombros esparcido,
Que se puso en mi cuello, y sacudido
Al aura el oro retocó en su vuelo.
Qual baxa el bello Amor del alto cielo
Con crispante esplendor esclarecido;
Tal mi Luz pareció con encendido
Vigor, que hace ilustre y rico el suelo.
Mis ojos, que gozaron esta gloria,
Son dichosos, y guardan la alegría
Para el dolor que el alma presa siente.
¡Oh qué dulce holganza á la memoria,
Dulce bien y regalo de aquel dia,
Que siempre alabo en soledad ausente!

XLIX. *A D. Pedro Tello.*

En tanto que en el fiero hórrido seno
De la antigua Cartago el estandarte
De España honrais, y al Sarraceno Marte
El pecho de temor mostrais ageno;
Yo aquí, do el rico Betis, de honor lleno,
El fértil curso ufano en vueltas parte,
Dando de mí al Amor la mejor parte,
De mi incierta esperanza me enageno.
Mi Luz bella, y sus lazos y oro canto;
Y aunque el valor insigne vuestro admiro,
De lauro á vos no invidio la corona.
Que á mayor premio el ánimo levanto,
Si mi divina luz, por quien suspiro,
De sus hermosas hebras me corona.

L.

Pensoso vuelvo al alma del pasado
Tiempo el dolor que tuve y el presente,
Ya que razon alguna no consiente,
Que en dulce error padezca enagenado.
El cuello ya levanto deslazado,
Que la señal del yugo impresa siente:
¿Qual tuyo, ó impio Amor, grave accidente,
Digo, podrá mudar mi ufano estado?
Yo sé bien quanto duele una esperanza
Que huye, y un temor que crece en pena,
Y quan vano es el fin de mi deseo:
Mas deshaces, cruel, mi confianza
Simple, que á tus engaños me condena,
Y voy alegre al mal que temo y veo.

SONETO LI.

De Baltasar de Escovar al Autor.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Betis espacioso, quando
Iba las quejas amorosas dando
A la mansa corriente en su ribera;
Y las Ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcides todas escuchando,
Y en cortezas de olivos entallando
Sus versos, qual si Apolo los dixera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del Castalio coro.
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y del rio las Ninfas esparcieron
Para enxugallos sus arenas de oro.

LII.

Las armas fieras cante, el triste hado
Del soberbio Ilion, ceniza hecho,
El ímpio orgullo, el temerario pecho,
Con saeta celeste atravesado:
El mar, nunca primero navegado,
Y duras peñas del concurso estrecho,
De Centauros el ímpetu deshecho,
O Egeon con cien brazos indinado:
Quien en la Aonia selva ornó su frente,
Habitador de la Cirrea cumbre,
Para vencer la muerte con memoria:
Que yo solo (si Amor tal bien consiente)
Mi pura estrella, canto vuestra Lumbre,
Que me afina en las llamas de su gloria.

LIII.

¿Por qué abrasas en nuevo encendimiento,
Impio, ingrato Señor, mi ciego pecho?
Que ya casi olvidado del mal hecho
En soledad vivia del tormento.
Quando mas descuidado y mas contento,
Revuelves á meterme en tal estrecho;
Oblígasme, cruel, que á mi despecho
Procure contrastar tu fiero intento.
Las armas, en el templo ya colgadas,
Visto, y el acerado escudo embrazo,
Y en mi venganza salgo á la batalla.
Mas ay, que ni á las flechas que templadas
En la luz de mi Estrella estan, ni al brazo
Tuyo resiste bien segura malla.

LIV.

¿Quién rompe mi reposo? ¿quién desata
El dulce sueño al corazon cansado?
¿Quién despierta el temor de mi cuidado?
¿Quien mi sosiego amado desbarata?
La fuerza de mi afan, que me maltrata
Turbando mi descanso; y tan pagado
Estoy del mal, que en él enagenado
De lo mas el sentido se recata.
Fuera yo á mi pasion no agradecido,
Si no buscara extremos en la pena,
Como en la presuncion de mi osadía.
El bien de mi dolor tan bien sufrido
Es pensar que, quan fiero me condena,
Tanto es mayor con él la gloria mia.

LV.

Ojos, en quien mi espíritu respira
Tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;
Ojos no, mas purísimas estrellas;
Rayos, que el Sol menor zeloso mira:
Rico puesto, á do solo Amor espira,
Dichoso, en las eternas luces bellas;
Y sus llamas afina, y templa en ellas
Siempre fiero y cruel la aguda vira;
No alcanza nombre alguno á la belleza
Vuestra; y así no digo quanto siento,
Que tanto bien no cabe en voz humana.
Baste, que para osar á vuestra alteza,
Vos llame, ó dulce causa á mi tormento,
Ojos de mi Sirena soberana.

LVI.

Céfiro renovó en mi tierno pecho
Floridas ramas de esperanza cierta,
A mansa lluvia, á sol templado abierta,
Y todo se mostraba en mi provecho.
Quando de hielo un crudo soplo hecho
De aquella parte de calor desierta,
Abate en tierra mi esperanza muerta,
Y el trabajo en un punto fue deshecho.
Quedó en el mesmo puesto el hielo frio,
Que con el fuego en mi dolor contiende;
Y vence alguna vez, otra es vencido.
De allí siempre temí en el pecho mio
La nieve, que aunque el fuego me defiende,
Medroso estoy del daño recibido.

LVII.

Salen mil pensamientos al encuentro
Quando estoy mas ageno; y pueden tanto,
Que apena de mis males me levanto,
Y doy en el peligro siempre dentro.
Sin rezelo mi afrenta sigo, y entro,
Osando (¡o ciego error!) para mas llanto:
Alcanzo, aunque me esfuerzo, á verle quanto
A las mudanzas debo, en que me encuentro.
El esquivo dolor no es el que hace
La guerra, que padezco, de mi daño,
Que el mal no espanta á quien lo tiene en uso.
El bien que espero y temo me deshace;
Que yo sé bien por el ausente engaño
Juzgar de este presente el fin confuso.

ELEGIA VI.

Bien debes asconder, sereno Cielo,
Tus luces, y texer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo;
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;
Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento.
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo ayrado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con este los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El Sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura,
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúcidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte miseros despojos.

Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
Él blando trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia y la virtud presente
Entrega un desdichado, y cruel dia
En duros brazos de la muerte fiera,
Quando menos al miedo se debia.
Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿qué bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu soñado
Del Cielo, que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantando proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con impia mano
La verde flor, indina de esta afrenta;
Al mas excelso pecho, y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.

Terrible mal, pero comun tsisteza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
Contra esta furia rígida, tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido:
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y quanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della extraño
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño;
Mas nunca podrá haber vitoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino;
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamas cansado;
Si piedad, si corazon honesto;
Si sufrimiento apenas enseñado;
Y si ánimo humillado y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,

Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, o sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tu serás en el Cielo nueva Aurora,
Antes luciente Sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en tí atesora.
Y quando la desnuda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás lucero,
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve,
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe
En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿El impío hado á tanto bien se atreve?
Tú jamas descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dexaste
Alegre al Cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas vitoria;

Y veo, que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya, y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura:
Y desdeñando, el duro ligamento
Deslazaste; y en leve vuelo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegria y bien envuelta;
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado
Para sufrir la acerba y luenga pena,
De esta vida la lástima y cuidado.
Que ya de la esperanza se enagena,
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Ocidente,
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
El Betis, que contigo fue dichoso,
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste, y sin el ancho curso hondoso;
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De Ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu extendido resonante:

Dará ocasion, que el mar de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno.
Hasta que el claro son multiplicando,
Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
En el último Euxîno reparando.
Yo, si el Cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu febeo;
Espero, tu memoria esclarecida
Hacer insigne exemplo de la Fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por quanto el sol cerca, se derrama;
Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú, que al alto Cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afeto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena.
La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,

Abrasada en la eterna luz, que adora,
Es tutela del sacro Esperio Rio.

CANCION IV.

A Don Alonso Perez de Guzman, Duque de Medina.

Príncipe excelso, á quien el hondo seno
Por su luciente curso y extendido
El sacro padre Océano, inclinado
Ofrece, de respeto humilde lleno,
En el corriente estrecho celebrado
El tributo debido;
Si del Dirceo Cisne esclarecido
La voz grande y sonora el alto canto,
Y de Cirra el aliento en mí inspirára;
Yo nunca las hazañas ensalzára
De aquel que causó en Troya último llanto;
Ni el que ofendido tanto
De la sañosa Juno, limpió en guerra
De fieras y tiranos la ancha tierra.
Antes pensára, alzando osado el vuelo
Por la inmensa region de vuestra gloria;
Sin perder el dichoso atrevimiento,
Entre los puros astros que orna el Cielo
Con cercos de lumbroso movimiento.
Vuestra insigne memoria
Entrelazar, negando la vitoria

Del claro nombre al tiempo desdeñoso.
Mas aunque el valor vuestro, y su grandeza
No admiten de mis versos la rudeza;
Y de Icaro el suceso peligroso
Me vuelva temeroso,
Y el riesgo, á que me obligo, atento veo,
No puedo contrastar á mi deseo.
Si el noble, liberal y cortés hecho,
Y piedad del ánimo excelente
No sufrió, que la sangre generosa
(Aunque contraria con discorde pecho)
De la estirpe real, y gloriosa
Casa vuestra en la ardiente
Libia acabase presa indinamente,
Premio teneis ya de esta cortesía;
Que toda quanto es grande, admira España
La honra singular de esta hazaña,
Y vencida la invidia, se desvia
De su antigua porfia;
Y á su pesar conoce en tanta muestra,
Que solo pudo ser tal obra vuestra.
Vos, que qual sol, que luce entre las nieblas,
Resplandeceis en esta edad oscura,
A renovar la bella edad pasada,
Quando venciendo alegre las tinieblas,
Fue la sola virtud mas estimada;
Pues ya por vos procura
Subir á su grandeza y lumbre pura,
Y del olvido ingrato, en quien se asconde
Vuestro favor invoca, y vuestra mano

Pide; y osa elevar el vuelo ufano
A su dificil yerta cumbre, donde
El premio igual responde;
No la desampareis, que en vos espera
Vibrar su llama, y descubrir entera.
No espereis en el mármol esculpido,
O en el sujeto bronce bien labrado,
Que figurado vuestro nombre espire;
Que en breve espacio yace oscurecido,
Aunque el ingenio junto y arte inspire
De Fidia aventajado;
Que este es mortal trabajo limitado.
Porque el divino coro de Elicona,
Intento á vuestra gloria el árbol verde,
Que su esplendor florido nunca pierde,
Texe en hojas de roble, y lo corona
De una inmortal corona,
Para ceñir en torno de oro ardiente,
Con siempre eterno nombre, vuestra frente.
Nunca la luz jamas, y la grandeza,
Que de amable virtud el fuego inflama;
Y el brio generoso, el alto pecho,
Despues de la fatal, comun tristeza,
Quando al valor se niega su derecho
Centellará en la llama,
Do la memoria mas vos busca y llama;
Si la sagrada Musa, agradecida,
No deshace la sombra del olvido:
Es vano intento, es ciego error perdido,
Cuidar que pueda alguno alcanzar vida,

A su nombre debida,
Si este favor pujante no proviene
De aquella ínclita voz de Melpomene.
¿Quántos famosos Príncipes encubre?
¿Quántos heroycos pechos encerrados
Tiene el silencio oscuro en negro velo?
El Tiempo vencedor asconde, y cubre
Todo quanto valor ilustró al suelo.
De aquellos, que admirados,
Y fueron de los hombres venerados,
Aun rastro de su gloria no se alcanza.
Vos, de tanta engañada muchedumbre
Distinto vos vereis en alta cumbre,
Con pocos alcanzando esta alabanza:
No engañeis la esperanza,
Que de vos nos promete y hace cierta
La natural virtud que está encubierta.
Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,
No menos en la paz, que en dura guerra,
De los vuestros clarísimos mayores;
Cuyo valor sublime, cuyos pechos
Quebrantaron los bárbaros furores;
Que nuestra rica tierra,
Por donde el Africano mar la cierra,
Anegaron en sangre; y la abrasada,
Arenosa Numidia, helada y fria,
Roto su orgullo todo y su porfia
Vencida, en tristes lágrimas bañada
Se les rindió humillada;
Y Atlante con horror temió presente,

Gimiendo el postrer hado amargamente.
Del mas preciado nombre y glorioso,
Que España, de las gentes domadora,
Puede alabarse, sois felice lumbre:
Grande honor, gran cuidado trabajoso,
Para pedir las puntas de su cumbre;
Porque la roxa Aurora,
Y la lista, que intenso ardor colora,
Y la que en hielo torpe se condena,
Y las partes del orbe mas extrañas
Conocen el fulgor de sus hazañas;
Que su valor en todas crece y suena
Con luz de gloria llena.
Vos, á igualar sus hechos obligado,
Solo sereis de todos admirado.

SONETO LVIII.

Si puede celebrar mi rudo canto
La luz de vuestro ingenio y la nobleza,
Tendrá perpetua gloria con grandeza
De fama en el dorado y rico manto.
Pero si de mi mal no me levanto,
Y Amor me ocupa todo en la belleza,
Sola y grave ocasion de mi tristeza,
Por quien suspiro y me deshago en llanto;
Será, en quanto sostenga la alma mia
El duro peso, sin temor de olvido
Siempre vuestro valor de mi estimado.
Porque el sosiego, y trato y cortesia
A vos todo me tienen ofrecido,
O ilustre honor del nombre Maldonado.

LIX.

Tal vez abrasa con vapor fogoso,
Tal vez enfria con horror helado,
De la Africana fuente desatado
El cristal en el mesmo trato ondoso.
Quando el Cielo en la sombra está medroso,
Yerbe en ardor su curso destemplado;
Y quando yace el sol mas inflamado,
Corre un ivierno de rigor nevoso.
Son tales los milagros que en mi pecho,
Sujeto y condenado á tu crueza,
Haces, fiero tirano y Señor mio:
Que estoy en el calor un hielo hecho,
Y un fuego de inmortal naturaleza
En la fuerza y vigor del mayor frio.

LX.

Asconde, tardo Bágrada, en tu seno
La fiera armada de tu osada gente;
Y arrancando los cuernos de la frente,
Pierde el orgullo, ya de esfuerzo ageno.
Que á todo el ancho Ponto pone freno,
Vengando con la aguda espada ardiente
Los insultos, que sufre el Ocidente,
El domador del Cita y Sarraceno.
Verás la tierra presa, el mar sangriento,
Y al nombre de Bazan temblar medroso
El corazon mas bravo y arrogante.
Y atado en hierro el cuello descontento,
Rendirse al brazo suyo poderoso
Quanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

LXI.

Ausente pienso en mi dolor conmigo,
Si alguna vez estuve tan contento,
Que no diese al cuitoso sentimiento
El lugar que se debe al mas amigo;
Y hallo al fin en este mal que sigo,
Que nunca un hora libre de tormento
Pude alcanzar, que al cabo el pensamiento
Es mi mayor contrario y enemigo.
Bien que pruebo traer á la memoria
Sombras de un bien, que descubrí tan vano,
Que se despareció luego á mis ojos:
Mas esto no me puede causar gloria;
Antes da siempre á mi dolor la mano,
Para que no se acaben mis enojos.

LXII.

Vos, celebrando al son de noble lira,
Insine Soto, vuestra dulce pena,
Del Dauro la ribera teneis llena,
Y el bosque verde vuestro nombre admira.
Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira,
Solo en esta desierta, ardiente arena
Mis ojos rompo triste en honda vena,
Y el grande Betis con mi mal suspira.
Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego
De vuestra Fenix renovais la gloria,
Que no podrá cubrir niebla de olvido.
Yo mísero, sin bien, herido y ciego
Avivo de mis males la memoria
Desesperado y nunca arrepentido.

LXIII. *De Luis Baraona de Soto.*

Dichosa, ó gran Herrera, es vuestra ira,
O desesperacion, do Amor ordena
De varios eslavones la cadena,
Que á la inmortalidad os lleva y tira.
Pues ya en el tierno vuestro llanto inspira
De Cisne gracia y fuerza de Sirena,
Y espíritu, que lumbre y curso enfrena
Del sol, que tanto cerca, y tanto mira.
Pasion es vehemente (no lo niego)
Mas dina de vivir en larga historia
Por la gloriosa llama que ha encendido.
Por quien, despues que os gocen en sosiego
Apartes cielo y tierra, con vitoria
Saldreis de tiempo y muerte, ó no vencido.

ELEGIA VII.

¿Qué honor vos pudo dar, bella enemiga,
Rendir mi pecho, que con tal cuidado
Buscastes la ocasion de mi fatiga?
Si yo nací sujeto y obligado
A perderme en las ondas del mar fiero,
Qual navegante mísero engañado;
¿Por qué con dulce canto y lisonjero
Suspenso, me llevastes compelido
Al dolor grave en que lloroso muero?
Bien conocia yo, (¡ai me perdido!)
De vuestro corazon el falso engaño,
Y el áspero rigor de vuestro olvido.
Huïa, temeroso de mi daño,
La luz de vuestros ojos y belleza,
Como si del Amor naciera extraño.
No me valió vestirme de dureza
Contra las crudas flechas del tirano,
Que solo se contenta en mi tristeza.
Porque viendo que el golpe de su mano
No abria bien el corazon constante,
Y que su intento sucedia en vano;
Y que el arco de duro diamante
Perdia su vigor, vuelto indignado
Contra mi presuncion tan arrogante,
Se puso en vuestros ojos regalado,
Blando, lleno de tierna cortesia,
Suave y dulcemente lastimado.

Con esto mi firmeza y mi porfia
Rota quedó vencida, y entregada
A vuestra voluntad siempre la mia.
Mostrastesvos alegre, y agradada
Tanto del grave afan que por vos siento,
De rigor y desden tan apartada;
Que os dí mi libertad, y el pensamiento
Ocupé solo en vos; y fue mi gloria
Merecer en virtud de mi tormento.
Ahora, que soberbia en la vitoria
Vos descubris á mi pasion esquiva,
A mi nombre negais vuestra memoria.
En vuestro pecho no sufris que viva
De tanto amor una pequeña parte,
Sin deslazar mi ánima cautiva.
Este es el mal que me deshace y parte
El corazon mezquino, y con crueza
A mil varios peligros lo reparte.
Si ofende al valor vuestro y su grandeza,
Que ose tanto fiar de mi cuidado,
Que adore mi humildad vuestra belleza:
No merezco por ello ser culpado;
Porque conozco bien, quan poco alcanza
Al Cielo alto mi vuelo desmayado.
Pero vos alentastes mi esperanza,
Y vuestra luz me dió merecimiento
Para abrazar tan alta confianza.
La honra de mi noble pensamiento,
Mi fe y amor, á sola vos debido,
Son dignos de mas grato acogimiento.

Memorias tristes de mi bien perdido
Me siguen siempre, y me molestan tanto,
Que deseo acaballas en olvido.
Deshecho todo en miserable llanto,
Hago testigos este prado y fuente
Del mal que sufro ausente en mustio canto.
Solo un cuidado tengo, que contente
El corazon cuitado en tanta pena,
Que descanso ninguno me consiente;
Y es, que al fin quedo en esta suerte agena
Alegre de haber muerto á vuestra mano,
Antes que despedace esta cadena.
Mas yo ¿qué digo? ¿á quién me quejo en vano?
A un bello rostro y corazon de fiera,
Tierno en vista y en obras inhumano.
Mejor será que antes que yo muera
En este error, huya mi suerte dura,
Y lo que la razon me ofrece quiera.
Esta Luz soberana y hermosura,
Que tanto hacer pueden en mi daño,
Se cubran para mí de sombra oscura.
Otra extraña region y Cielo extraño
Me conviene buscar, porque perezca
En la ausencia la causa de mi engaño.
Do nunca á la memoria se me ofrezca
El dulce nombre, iré; y á do conmigo
Siempre ocasion de justo desden crezca.
¿Mas qué valdrá? que nunca mi enemigo
Se aparta de mi pecho, y me presenta
Mi pura Estrella en mi favor consigo.

A vos, mi bien, así jamas consienta
El cielo, que la luz de esa belleza
Del tiempo la comun ofensa sienta;
Pido que no sufrais que mi firmeza
Acabe, sin que sea agradecida,
Conforme al merecer de esa grandeza.
¿Por ventura será cosa debida
A vuestro gran valor ser vos llamada
Ingrata, desleal, desconocida?
La dulce Venus, madre regalada
Del tierno Amor, estaba lastimosa,
Y en fatiga contina congojada;
Porque su hijo, cuya poderosa
Diestra rinde herido y humillado,
Quanto cerca del Sol la luz fogosa;
Aunque bello, y en ella figurado,
Qual parto de su inmensa hermosura,
Divinamente puro y acabado;
No crecia en grandeza y compostura
Igual á la belleza, y que vivia
Mucho tiempo sujeto á tal ventura:
Doliéndose del daño, no sabia
Que remedio tuviese una extrañeza,
Nunca vista jamas hasta aquel dia.
Al fin del triste caso la graveza
La llevó á consultar por mas seguro
De las secretas cosas la certeza.
Temis, que revelaba lo futuro,
Viendo su confusion, le dice, olvida
Venus este temor del hado oscuro.

Este tu Amor en esa edad florida
Si no crece, aunque solo es engendrado,
Es por oculta causa y ascondida.
Puede solo nacer y ser criado,
Y no crecer: si quieres tú que crezca,
Pare otro hijo, Contramor llamado:
Con tal suerte que el uno favorezca
Mirando al otro hermano en crecimiento,
Cobrando cuerpo que al igual florezca.
Pero si el uno falta, á un movimiento
Ambos acabarán forzosamente,
Y este es decreto de infalible asiento.
Volvió Venus alegre, y juntamente
Al regalo del dulce amado Marte,
Y quanto dixo Témis vió presente.
Amor luego creció, mirando á parte
A su hermano, y de si con gran porfia
El uno daba al otro mejor parte.
El uno y otro en igualdad crecia,
Hermoso en la figura y la grandeza,
Que á Citeréa admiracion ponia.
Señora, si al amor, que á vuestra alteza
Tengo, fallece amor, agradecido
En parte alguna á mi mayor firmeza:
No digo que por mí será perdido,
Que mi fe tal error nunca ha pensado;
Mas es Amor tan tierno y tan sentido
Que temo que se acabe mal mi grado.

SONETO LXIV.

Amor, en un incendio no acabado
Ardí del fuego tuyo, en la florida
Sazon y alegre de mi dulce vida,
Todo en tu viva imagen trasformado.
Y ahora (¡o vano error!) en este estado,
No con llama en cenizas ascondida,
Mas descubierta, clara y encendida,
Pierdo en tí lo mejor de mi cuidado.
No mas; baste, cruel, ya en tantos años
Rendido haber al yugo el cuello yerto,
Y haber visto en el fin tu desvario.
Abra la luz la niebla á tus engaños,
Antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto
Sea el fuego del tardo hielo mio.

LXV.

Pongan en tu sepulcro, ó flor de España,
La virtud militar y la vitoria
Grandes ciudades presas en memoria,
Y todo el noble mar que á Grecia baña.
Tú solo, tú con singular hazaña
Ganaste vencedor tan alta gloria;
Que las voces se cansan de la historia,
Que tus ínclitos hechos acompaña.
El furor de Otomano quebrantado
Será justo despojo, que esculpido
En lengua de la fama alce tu nombre
Con tal blason; valor nunca domado,
Ingenio y arte hacen que vencido
No pueda ser del tiempo un mortal hombre.

LXVI.

El triste afan del corazon doliente
Con la memoria de mis males llena
Vo repitiendo solo por tu arena,
Sacro rey de las aguas de Ocidente.
Las ondas acreciento á tu corriente,
Socorriendo á tu curso con la vena
De mis ojos llorosa, y junto suena
El suspiro, que esfuerza á la creciente.
Al fin gasto el humor, y cesa el viento,
Y exhala el fuego con incendio tanto,
Que de húmido te hace ardiente rio.
En vano intentas á este encendimiento
Resistir; pues no pudo el grave llanto
Quebrantar su furor del dolor mio.

LXVII.

Como en la cumbre excelsa de Mimante,
Do en eterna prision arde y procura
Alzar la frente airada, y guerra oscura
Moyer de nuevo al cielo el gran gigante;
Se nota de las nubes, que delante
Vuelan y encima, en hórrida figura
La calidad de tempestad futura
Que amenaza con áspero semblante;
Así de mis suspiros y tristeza,
Del grave llanto y grande sentimiento
Se muestra el mal que encierra el duro pecho.
Por eso no vos canse mi flaqueza,
Bella Estrella de Amor, que mi tormento
No cabe bien en vaso tan estrecho.

LXVIII.

Fiero dolor, que el corazon cuitado
Tanto afliges y cansas; dolor fiero,
Que por templar mi mal con honra quiero
Llamar solo dolor desesperado:
Pues al extremo ha tu rigor llegado,
Y del Amor ningun remedio espero;
Acaba ya mi vida, ó, pues no muero,
Acábese contigo mi cuidado.
Porque si del furor de mi tormento
Puedo alentar; ya nunca mas vitoria
Daré de mí al autor de tu crueza:
Y el horror de la pena y mal que siento
Quedará siempre vivo en mi memoria,
Para huir contino tu dureza.

LXIX.

Preso en la red de Amor dorada y pura,
Y ardiendo en vivos rayos de belleza,
Mueve el sutil pincel, y con destreza
Su fuerza en vuestra luz mostrar procura.
La arte á su fin llegó; la hermosura
Al intento excedió en extrema alteza:
En ella infunde él mesmo su grandeza,
Y espíritu se hace en su figura.
Su llama en él enciende á quien la mira,
Y en la virtud que halla soberana,
Lleva la alma abrasada en alto vuelo.
Y con la gloria eterna que le inspira,
Goza, excelsa y bellísima Diana,
El sereno esplendor del alto Cielo.

LXX.

Esta sola desierta ardiente arena,
Fatal sepulcro al último Ocidente,
De armas rotas, de muerta y presa gente,
Y de sangrientos rios está llena.

Infamia y honra en un error condena
Al corazon cobarde, y al valiente
El premio es desigual; que el uno siente
Perpetua gloria, el otro eterna pena.

Con un súbito estrago y espantoso,
Y confuso desórden acabando,
Cedió el valor heroyco al Africano.

Grave crímen del vulgo temeroso;
Que pues murió, muriera peleando,
Do murió todo el Reyno Lusitano.

LXXI.

Fernando, yo sulqué con viento lleno
Del dulce Amor el grande mar abierto;
Y libre de temor, sin buscar puerto,
Atravesé de un seno en otro seno.

En medio el curso se turbó el sereno
Cielo; y revuelto todo el ponto incierto
Rompe mi flaca nave, y ya desierto,
De salud en las ondas voy ageno.

Si en esta tempestad es tal mi suerte,
Que escape de peligro, nunca el fiero
Tirano llevará de mí vitoria.

Mas antes que en olvido cubra muerte
Mi nombre humilde, celebrar espero
Del Español belígero la gloria.

LXXII.

Si no sufria ya la adversa suerte,
Que mas viviera el Reyno Lusitano;
Ardiera en guerra fiera, y Marte insano
Moviera del contrario el brazo fuerte.
Quanta saña y furor la furia vierte,
Hierro, fuego, enemigo, de impia mano
Armara, y no entregara al Africano
Los cobardes despojos en su muerte.
No es vergüenza morir, y la vitoria
Y vida (el honor no) rendir osado
Al ímpetu de Libia violenta.
Fuera sin culpa mísero con gloria;
Honrárase en la queja de su hado,
Y faltara á sus lágrimas la afrenta.

LXXIII.

Soberbio Tajo, que en la gran corriente
Entrabas de Neptuno impetuoso,
¿Por qué con tardo paso y temeroso
Vas humilde abatiendo tu creciente?
Si el fiero Luco osado alza la frente
Domador de tu exército famoso;
No debes tú por eso estar medroso,
Ni el furor Libio rezelar presente.
Que en tu favor el Ebro grande, el Duero,
Y el sacro ondoso Betis á porfia
El valor juntarán la fuerza y arte.
Luego verás al Númida guerrero
Perder roto el orgullo y la osadia,
Y cautivo humillado venerarte.

CANCION V.

Por la pérdida del Rey Don Sebastian.

Voz de dolor y canto de gemido,
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el Africano Atlante y seno ardiente,
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite roxo de Oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos, y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dexó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor que puso
En soledad, y en un profundo llanto
De gente, y de placer el Reyno ageno.
El Cielo no alumbró, quedó confuso:
El nuevo sol, preságo de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los impios y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas esquadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones,
Que conturbaron con furor la tierra?
Que sacudieron reynos poderosos?

Que domaron las horridas naciones
Que pusieron desierto en cruda guerra,
Quanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Do el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroyco valor en solo un dia;
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, qual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves, que sustenta el grande Cielo;
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impios y agenos entregado,
Por la raiz cortado.
Que opreso de los montes arrojados,

Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos quantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.

Tu, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido Reyno Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufania llena;
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el Español corage;
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de Africana sangre el censo.

SONETO LXXIV.

Ya que en vano contrasto al dolor fiero,
Y faltándome el bien, crece el tormento,
Y la esperanza sin ningun aliento
Me olvida, y de remedio desespero;
Este desierto puesto solo quiero,
Pues lo aquejó mil veces mi lamento;
Que al triste cuerpo, siempre descontento,
Sea el sepulcro de su mal postrero.
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano
Tal vez imperio, á lástima movido
Este verso cortad en mi memoria.
Uno aquí yace que amó firme en vano;
Y quando esperó bien aborrecido
La vida lo dexó, y huyó su gloria.

LXXV. *Del M. Francisco de Medina.*

O del Esperio suelo insine Homero,
Alienta el temeroso pensamiento;
Remedio habrá que aplaque el sentimiento
Del dolor que contrastas, lastimero.
Ya quando el cuerpo tarde rinda el fuero
Debido en el mortal apartamiento,
Será, si bien lo mides, monumento
A tu grandeza estrecho el mundo entero.
Si muerto tú, quedare salvo y sano
(En vano lo imagino) mi partido,
Grabaré tal elogio de tu historia;
Aquí dexó el despojo un soberano
Espíritu, de quien nunca tiempo, olvido,
Invidia, muerte alcanzarán vitoria.

LXXVI.

Fria ceniza de mi ardiente fuego,
Y rotas hebras del mal firme nudo,
Que me enlazó; de cuitas ya desnudo
Vos miro alegre y libre en mi sosiego.
No es este el tiempo no en que anduve ciego,
Ni la ocasion que asi perderme pudo;
Que contra el mal embraza el fuerte escudo
Razon, y el feudo antiguo ya vos niego.
La luz pura en mi oscura niebla abierta,
Me descubre el error que proseguia;
Y lleva osando por el paso estrecho.
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,
Y sin fuerza vosotros, ¿qué porfia
Vos mueve á molestar mi duro pecho?

LXXVII.

Quando rendia la arrogante frente
El ya vencido Reyno Lusitano,
Y de Filipo el brazo soberano
Ponia el freno estrecho al Ocidente;
Con fiero influxo, con señal ardiente,
Que dió sospecha y dió temor no en vano,
El Cielo se llevó con dura mano
La luz mas pura de Austria y excelente.
Mas de estrelladas hebras coronada
Esculpió entre los astros su belleza,
Do alegre mira el rico Esperio suelo.
¡Quánto puedes virtud, que arrebatada
De esta humildad á la inmortal grandeza,
Eres amor y eres honor del Cielo!

LXXVIII.

Donde el dolor me inclina vuelvo el paso
Tan cansado y perdido, que no tengo
Para arribar fuerza, y nunca vengo
A conceder holganza al cuerpo laso.
El mal me sigue de uno en otro paso,
Perpetuo y grave, tal que lo sostengo
Por entender que en mí las penas vengo,
Que por Amor cruel ausente paso.
Si en este afan, que ha de acabarse tarde,
Osara esperar bien, fuera descanso
Dulce y regalo mi mortal congoja.
Mas ya remedio no vendrá que guarde
El corazon caido; y mas me canso
Quando el trabajo intenso en algo afloxa.

LXXIX.

Alma bella, que en este oscuro velo
Cubriste un tiempo tu vigor luciente,
Y en hondo y ciego olvido gravemente
Fuiste ascondida sin alzar el vuelo;
Ya despreciando este lugar, do el Cielo
Te encerró y apuró con fuerza ardiente;
Y roto el mortal nudo, vas presente
A eterna paz, dexando en guerra el suelo.
Vuelve tu luz á mí, y del centro tira
Al ancho cerco de inmortal belleza,
Como vapor terrestre levantado.
Este espíritu opreso, que suspira
En vano por huir de esta estrecheza,
Que impide estar contigo descansado.

LXXX.

En noche sola voy con sombra oscuro,
Sin bien perdido, ageno de reposo,
Con débil paso y corazon medroso
Buscando del Amor lugar seguro.
Siento al lado del arco el golpe duro,
Y de mayor peligro receloso,
Vuelvo sujeto á mi dolor penoso,
Y en mal antiguo nuevo mal procuro.
El yerto, hórrido risco, despeñado,
Y la montaña áspera parece
Llana senda al deseo que me lleva.
Culpa no es del que siempre va engañado;
Mas la razon que ve, ¿por qué se ofrece
Al conocido error que nunca aprueba?

LXXXI.

Osé y temí, mas pudo la osadia
Tanto, que desprecié el temor cobarde:
Subí á do el fuego mas me enciende y arde,
Quanto mas la esperanza se desvia.
Gasté en error la edad florida mia;
Ahora veo el daño, pero tarde;
Que ya mal puede ser que el seso guarde
A quien se entrega ciego á su porfia.
Tal vez pruebo (¿mas qué me vale?) alzarme
Del grave peso, que mi cuello oprime,
Aunque falta á la poca fuerza el hecho.
Sigo al fin mi furor, porque mudarme
No es honra ya ni justo que se estime
Tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

LXXXII.

Despues que Mitridates rindió al hado
El fiero pecho, y Asia sacudida
Cayó rota, y la tierra, al fin vencida,
Vió el mar de los Piratas despojado;
Lo que no pudo el Medo, el Parto osado,
Ni virtud de Sertorio esclarecida;
Una vil flaca diestra la temida
Cabeza, ó gran Pompeyo, te ha cortado.
Y el cuerpo, mal cubierto de la arena,
Triste ultraje y cruel de humana gloria,
Desierto yace; ¡ó quanto en tí la dura
Suerte discorde se mostró y agena!
Pues falleciendo tierra á tu vitoria,
La tierra falleció á tu sepultura.

LXXXIII.

Ya que el sujeto Reyno Lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente,
Y todo el grande esfuerzo de Ocidente
Teneis, sacro Señor, en vuestra mano;
Volved contra el suelo hórrido Africano
El firme pecho y vuestra osada gente;
Que su poder, su corazon valiente,
Que tanto fue, será ante el vuestro en vano.
Cristo os da la pujanza de este imperio,
Para que la Fe nuestra se adelante,
Por do su santo nombre es ofendido.
¿Quién contra vos, quién contra el reyno Espe-
Bastará alzar la frente, que al instante rio
No se derribe á vuestros pies rendido?

LXXXIV.

Yo, que el temor al piélago Adriano
Quité, y de Etolia en el famoso estrecho
Quebré el orgullo, y sin valor deshecho
Dexé primero el ímpetu Otomano;
En este peligroso golfo insano,
Do Francia llora rota el crudo hecho;
Osando en tu valor, con fuerte pecho
Pongo fin al imperio Lusitano.
Alargue el mar su derramado seno,
Que en todo él pienso ser vitoriosa,
Siguiendo en qualquier trance tu bandera.
España así con esplendor sereno
Dixo al grande Bazan, en la dudosa
Conquista de la presa ya Tercera.

ELEGIA VIII.

¿Quál fiero ardor, quál encendida llama,
Que duramente me consume el pecho,
Por estas venas mias se derrama?
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,
Cese, Amor, el rigor de mi tormento;
Basten los males que en mi mal has hecho.
Este dolor, que nuevo siempre siento,
Esta llaga mortal contino abierta;
Este grave y perpetuo sentimiento;
Esta corta esperanza y siempre incierta;
Este vano deseo peligroso;
Esta, fin de mis penas, muerte cierta;

Tal me tienen confuso y temeroso,
Y sin valor perdido y quebrantado,
Que ni aun huir de mis pasiones oso.
No es amor, es furor jamas cansado;
Rabia es que despedaza mis entrañas
Este eterno dolor de mi cuidado.
Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,
Atravesar un corazon rendido,
Un corazon que dulcemente engañas.
Ya que me tienes preso y tan herido,
Que en mi pecho no hallas lugar sano,
No me acabes, cruel, en duro olvido.
Mi fe y mi pensamiento soberano,
De mi grande osadia la nobleza,
No sufren que me dexes de la mano.
Nací para inflamarme en la pureza
De aquellas vivas luces, que al sagrado
Cielo ilustran con rayos de belleza.
Y de sus flechas todo traspasado,
Por gloria estimo mi quejosa pena;
Mi dolor por descanso regalado.
Tal es la dulce luz que me condena
Al tormento, y tal es por suerte mia
De mi enemiga la beldad serena.
Mas aunque sin igual fue mi osadia,
Y el mal que sufro; por tu fuego juro,
Que contrastar no puedo á mi porfia.
Y quanto en él mi corazon apuro
Y afino, tanto mas crece el deseo,
Y un temor con que nunca me aseguro.

¿Quién me daria, Amor, que el bien que veo
Gozase solo, y libre de rezelo,
En aquella verdad con que lo creo?
Que nunca mi ofensor, medroso zelo,
Que tan grave me aflige y desbarata,
Podria derribarme por el suelo.
¡Ay quánto tu crueza me maltrata!
¡Ay quánto puede en mí tu diestra airada,
Que contino me aviva y siempre mata!
Bella Señora, si mi voz cansada
Alcanza tanto bien que no os ofende,
Oidla blandamente sosegada.
Luz de eterna belleza en quien me enciende,
Y gasta Amor, y en un lloroso rio
Vuelto contra sus llamas me defiende;
Si os puede enternecer el dolor mio,
Comiencen á ablandaros mis enojos,
No deis ya mas lugar á mas desvio.
No me negueis esos divinos ojos,
Que todo en vos me han ya trasfigurado,
Llevándose consigo mis despojos.
Si ausente estoy de vos muero cuitado,
Y vivo alegre solo quando os miro:
¡Mas ay quán poco duro en este estado!
Que quando á verme en vos presente aspiro,
Mi enemiga fortuna no consiente
Que falte causa al mal por quien suspiro;
Y así estoy ante vos solo y ausente.

CANCION VI.

Con dulce lira el amoroso canto
En alabanza de los bellos ojos,
Causa de mi error luengo y desvario,
Probé, y aunque robaron los despojos
De mi gloria el dolor y el grave llanto,
Que acrecentó las ondas á este rio,
Oyendo el canto mio
Febo y el coro eterno de Elicona,
De mirto delicado y oloroso
En honra de mi intento cuidadoso
Texiendo de sus manos la corona
Dixeron enlazándome la frente,
Que cantase de Amor la fuerza ardiente.
Yo entonces, en mis males ofendido,
Puse en olvido al belicoso Marte,
Y los fieros gigantes fulminados;
Y celebré en la Esperia alguna parte
Del dulce tiempo en mi dolor perdido;
Aunque en los años en amor gastados
Mis penosos cuidados
El espacio mejor todo ocuparon,
Y dende allí huyó de mi memoria
De los Ibéros ínclitos la gloria;
Y quantos hechos grandes acabaron
En tierra y mar, en uno y otro polo,
Igualando en el curso al mesmo Apolo.

Y justo fue que entre el furor del hierro
El flaco son de esta mi humilde lira
Perdiese (si la tuvo) su osadia.
Mi debil canto á debil gloria aspira:
El desden pena acerba y mi destierro
Puede llorar la triste musa mia,
Y la antigua porfia
De mi dolor. ¿Quién á Mavorte crudo,
De adamantina túnica cubierto,
Quando en la áspera Tracia al campo abierto
Mueve teñido en sangre el duro escudo,
¿Podrá escribir si al fin le falta el vuelo,
Y se despeña dende el alto Cielo?
Bien veo, ó gloria generosa, y lumbre
De la invencible y bien dichosa España,
Que en vano el canto levantar intento;
Y que es mas temeraria esta hazaña
Que la de aquel que en la celeste cumbre
Pensó regir del carro el movimiento.
Desfallece mi aliento,
Quando presumo alzar vuestra grandeza,
Y aquellos altos soberanos pechos
De los mayores vuestros, cuyos hechos
Exceden toda humana fortaleza:
No cabe, no, en la inculta musa mia
Tanto valor y heroyca valentía.
Mas un deseo, que á alabaros mueve
Y compele mi ánimo, no dexa
Que tenga en mi lugar el temor vano:
Y aunque Amor forme toda justa queja,

Que en honra agena yo las voces pruebe
De la lira ofrecida de su mano;
Tanto entiendo que gano
En celebrar el nombre glorioso
De vuestro Leon claro y excelente;
Que olvido sin temor su flecha ardiente,
Y con furor divino y venturoso
Subir de un giro en otro presto espero
Al orbe, do reside Marte fiero.
Ya con no usado vuelo me sublimo
Con fuertes alas por el grande campo
Del líquido sereno, y confiado
En el instable globo el paso estampo,
Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,
Y en el sanguino, do feroz armado
Marte nunca aplacado
Vibra la hasta cruel, y arroja fuego,
Sin miedo entro, do veo tan extrañas
De los abuelos vuestros las hazañas;
Que quando á dalles justa estima llego,
Veo que mi osadia en vano emprende,
Lo que su luz clarísima defiende.
Que espíritu tan alto y generoso
No dudará cantar el brazo fuerte,
Y el corazon indómito, que pudo
Con singular valor y diestra suerte
Romper en tierna edad al espantoso
Moro, y despues de vil temor desnudo
Ser de tantos escudo
En el asedio de la presa Alhama;

¿Por quién Genil temblando volvió el paso
Lloroso, ensangrentado, triste y laso,
Oyendo del divino héroe la fama,
Que al bárbaro feroz y su denuedo
Hizo siempre cubrir de frio miedo?
Pirámides sublimes levantadas,
Ostentacion de la soberbia humana,
Grandes colosos de elevada cumbre
El tiempo domador huyendo allana,
Mas las obras insines y extremadas,
Ardiendo con fulgor de eterna lumbre
Entre la muchedumbre
De tantos, que oscurece el torpe olvido,
Sobran la inmensidad de luengos años,
La muerte, invidia, tiempo y sus engaños
Con su esplendor venciendo esclarecido;
Y os obligan, mostrando el vivo exemplo,
Que lo sigais al glorioso templo.
Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,
En una y otra suerte siempre entero,
El amor de virtud firme y constante
No sufre que su ímpetu ligero
El tiempo contra vos muestre inclemente,
Ni que el fatal olvido se adelante.
Antes piden que cante
En honra vuestra aquel suave Orfeo,
Que revocó del reyno inexôrable
Su esposa; y que de vos contino hable
Con grave lira el escritor Dirceo;
Y vuele vuestra luz hasta la Aurora

Dende los fines de Favonio y Flora.
Quisiera yo que fuera tal mi canto
Que mereciera la grandeza vuestra,
Y me inspirara Clio y Melpoméne;
Mas pobre vena y temerosa diestra
No me dexan alzar el vuelo tanto,
Que lo menor que en vos yo siento suene.
Quien lo poco que tiene
Ofrece, no merece alguna culpa;
Y en una empresa tan dudosa y alta
Quien se atreviere, si hiciere falta,
Haber osado vale por disculpa.
Y pues vuestro valor es soberano,
No os merece ensalzar ingenio humano.
Mas qual fuere, acoged mi simple musa,
Que yo (si no me engaña mi esperanza)
Pensó en la eternidad de la memoria
Esculpir vuestro nombre y alabanza;
Y hacer la futura edad confusa
Que invidie á la que goza vuestra gloria.
No estrenará vitoria
Ira del Cielo, fuego, hierro airado,
Ni envejecido curso sin reposo;
Ni el tiempo no cansado y presuroso
Del canto á vuestro nombre consagrado;
Antes por la desierta Libia ardiente
Torcerá el gran Danubio su corriente.

SONETO LXXXV.

De Juan Antonio del Alcazar.

Vió Betis que Fernando al Moro fuerte
Lanzó con brava fuerza, ardid y maña,
De la ciudad que él tiene, y aun España
Mejor, y do mas copia el cuerno vierte.
Holgóse el viejo rio; mas la muerte
De Fernando trocó en tristeza extraña
El gozo y el placer de esta hazaña,
Y en triste llanto tan dichosa suerte.
Despues ha el mesmo Betis procurado
Largos tiempos haber de Híspalis bella
Un hijo con el nombre de Fernando,
Que la enriquezca: y quanto ha deseado
Agora se le cumple; pues en ella,
Fernando os ve que así la vais honrando.

LXXXVI.

Osé subir con poca diestra suerte
Al florido Elicon, y donde baña
El cristal de Ipocrene la campaña,
Y Castalia sus puras ondas vierte;
Para alabar el pecho osado y fuerte,
Los grandes hechos que honran nuestra España,
Mas no se debe á mí tan gran hazaña,
No es vencedor mi canto de la muerte.
Por no entregarme al ocio descuidado,
Antonio, escribo, y mi serena Estrella
Voy con mis rudos versos ofuscando.
Mas si en sus vivos rayos inflamado
Me veo, vos vereis en gloria de ella
Honrando á España ir vuestro Fernando.

LXXXVII.

Dexad ya de seguir el paso incierto
Del militar honor y aquel cuidado
De igualar al abuelo celebrado,
Y en paz tomad, Señor, seguro puerto.
Ya vuestro Sol va al Ocidente cierto,
De dolencia y afan y años cargado,
¿Qué esperais? romped ya el embarazado
Camino, y escoged el mas abierto.
Harta gloria habeis dado á nuestra España
Con el valor y la real largueza;
Que sin igual en vos conoce el suelo.
Creed que no será menor hazaña
Vivir con vos de hoy mas, y dar al Cielo
Parte de vuestras obras y grandeza.

LXXXVIII.

Aunque el dolor que la alma triste oprime
No dexa respirar al buen deseo,
Si tal vez descargado el peso veo,
Y el duro afan que menos me lastime;
Podrá ser por ventura que se estime
Mi canto igual con el del Tracio Orfeo;
Y que el sacro furor del gran Timbreo
En la celeste cumbre me sublime.
Entonces, quando ya vencida incline
La invidia entre los pocos que sostiene,
Mostrará vuestro nombre la memoria.
Y allí el valor y el corazon insine
Vuestro honrarán las Musas de Ipocrene,
Del Esperio Leon ó excelsa gloria.

LXXXIX.

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
Que respirando de su ardor injusto,
Pruebo á sentir este pequeño gusto
De ver mi rostro humedecido en llanto.
Que nunca el alto Etna con espanto
Los grandes miembros y el rebelde busto
Del impio, que cayó con rayo justo,
Puede encender, ni nunca encendió tanto.
No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
Antes avivan su furor creciendo,
Aunque venzan del Nilo la corriente.
Si suelto en agua rompo el nudo luego,
¿Qué mas te agrada desatallo ardiendo?
¿Es menos mal lo que es mas diferente?

XC.

Sigo por un desierto no tratado,
Sin luz, sin guia, en confusion perdido,
El vano error que solo me ha traido
A la miseria del mas triste estado.
Quanto me alargo mas voy mas errado,
Y á mayores peligros ofrecido:
Dexar atras el mal me es defendido,
Que el paso del remedio está cerrado.
En ira enciende el daño manifiesto
Al corazon caido, y cobra aliento,
Contra la instante tempestad osando.
O venceré tanto rigor molesto,
O en los concursos de su movimiento
Moriré, con mis males acabando.

XCI.

Dulces halagos, tierno sentimiento,
Regalos amorosos, blando engaño,
Que á un rudo pecho, y de su error extraño
Ocasion siempre fuistes de tormento;
¿Qué dura fuerza y grande movimiento
Vos deshizo, y abrió el cubierto daño?
¿Por qué no me consuela el desengaño,
Ya que me ofende ver mi perdimiento?
No me distes herida tan liviana,
Que en lo íntimo del alma no tocase;
Yaciendo en ella tiernamente abierta.
Faltastes, porque nunca yo alcanzase
Del bien que tuve en esperanza vana,
De alegría segura un hora cierta.

ELEGIA IX.

No bañes en el mar sagrado y cano
Tu estrellada corona, noche oscura,
Antes de oir este amador ufano.
Y tú, abriendo la húmida hondura,
Alza las verdes hebras de la frente,
De Náyades lozana hermosura.
Aquí do el grande Betis ve presente
La armada vencedora, que el Egeo
Con sangre coloró de Turca gente,
Quiero decir la gloria en que me veo;
Pero no cause envidia este bien mio
A quien aun no merece mi deseo.
Sosiega el curso tuyo insine rio;
Oye mi gloria, pues tambien oiste
Mis quejas en tu ondoso asiento frio.
Tú amaste, y como yo tambien supiste
Del mal dolerte; y celebrar la gloria
De los pequeños bienes que tuviste.
Corta será en mi bien la alegre historia
De mi favor, que corta es la alegría
Que tiene algun lugar en mi memoria.
Quando en el claro cielo se desvia
Del sol luciente el alto carro apena,
Y casi igual espacio muestra el dia;
Con voz que entre las perlas blanda suena,
Teñida en puro ardor de fresca rosa,
De honesto miedo y tierno, y de amor llena.

Me dixo así la bella desdeñosa,
Que me negaba un tiempo la esperanza,
Sorda y dura á mi lástima llorosa;
Si por firmeza y dulce amar se alcanza
Premio de Amor, tener yo espero y debo
De los males que sufro mas holganza.
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
Vencer tu mucho amor; mas nunca puedo,
Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.
Si en sufrir mas me vences, yo te excedo
En pura fe y afetos de terneza;
Vive y confia osado amante y ledo.
No sé si oí, si fui de su belleza
Arrebatado, si perdí el sentido;
Sé que allí se perdió mi fortaleza.
Turbado dixe al fin; por no haber sido
Este sublime bien de mi esperado,
Pienso que debe ser (si es bien) fingido.
Señora, bien sabeis que mi cuidado
Todo se ocupa en vos; que yo no siento
Ni pienso sino en verme mas penado.
Mayor es que el humano mi tormento,
Y al mayor mal igual esfuerzo tengo,
Igual con el trabajo el sufrimiento.
Las que por vos padezco y que sostengo,
Penas, me dan valor; y siempre crece
Mi fe quanto en mis males me entretengo.
No quiero concederos que merece
Mi mal tal bien, que vos probeis el daño,
Mas ama quien mas sufre y mas padece.

No es mi pecho tan rudo ó tan extraño,
Que no sienta en el dulce afan primero,
Si en esto que dixistes cabe engaño.
Armado un corazon de fuerte acero
Tengo para sufrir; y está mas fuerte,
Quanto mas el asalto es bravo y fiero.
Dióme el cielo la causa de esta suerte,
Y yo la procuré, y hallé el camino
Para poder honrarme con mi muerte.
Lo que mas entre nos pasó no es dino,
Noche, de oir el austro presuroso,
Ni el viento, de tus lechos mas vecino.
Mete en el ancho piélago espumoso
Tus luengas trenzas negras y semblante;
Que en tanto que tu yaces en reposo,
Podrá Amor darme gloria semejante.

SONETO XCII.

Al triste humor que mísero destilo,
¿Cómo no falto? ¿cómo crece tanto
En medio de la vena de mi llanto
De ardientes ondas este eterno Nilo?
La llama esfuerza mi lloroso hilo,
Las lágrimas mi fuego; porque quanto
Templallos pruebo, en mi dolor levanto
De su curso un mal mezclado estilo.
No inundó mayor lluvia el duro suelo
De la ancha tierra, ni Etna de su cumbre
Exhaló mayor llama sin sosiego.
Deucalion, y quien pensó del cielo
Regir incauto la perpetua lumbre,
Mas agua aquí halláran y mas fuego.

XCIII.

Yo cuidé quando en duro hielo el justo
Desden refriar pudo el fuego ardiente
Del corazon, y con osada frente
Se opuso contra Amor fiero y robusto;
Que no bastára á derribarme el gusto,
Ni á torcerme el intento otro accidente;
Que ya me conocia diferente,
Y libre de un tirano tan injusto.
Mas al primer sonido del asalto
Desamparo la fuerza, y el escudo
Rindo y armas temblando antes del hecho.
Bien sé que en lo que debo á la honra falto;
Mas el temor, que de ella está desnudo,
Y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

XCIV.

¿Cuitado yo, de qual furor perdido
Olvido el sentimiento mejor mio?
¿Al peligroso error y desvario
Por do voy, á do vuelo aborrecido?
El orgullo del Austro embravecido,
El Cielo oscuro y solo, y horror frio
No me ponen temor, que al fin porfio,
Y venzo la razon con el sentido.
No cierro yo los ojos á mi daño;
Que quien me tiene opreso no consiente
Que merezca en mi mal hallar disculpa.
Delito es voluntario, no es engaño;
Pero sí es, que en voluntad doliente
Siempre Amor da ocasion á nueva culpa.

XCV.

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
Armar de intensa nieve el pecho mio;
Porque el rayo de Amor no al lento frio
Rompiese el rigor duro en vivo aliento.
Procuré no rendirme al mal que siento;
Y fue todo mi esfuerzo desvario:
Mi libertad perdí y mi usado brio,
Cobré un dolor perpetuo en mi tormento.
La llama al hielo destempló en tal suerte,
Que gastando su humor, quedó ardor hecho,
Y es inexhausto fuego quanto espiro.
No puede este mi incendio darme muerte;
Que quanto de su fuerza mas dehecho,
Tanto mas de su eterno afan respiro.

ELEGIA X.

En tanto que el furor del seco estio
Arde, y dexa de sombra ya desierto
Quanto de Betis parte el ondo rio;
Vos en sosiego y en seguro puerto
Vivis, Luz de Cabrera, descansado
De los peligros de este mar incierto.
No os turba el corazon grave cuidado,
Ni la molestia y desigual tristeza,
Ni un trabajo con otro encadenado.
De la ambicion el fasto y la grandeza
No os cansa; que sabeis quan poco dura
En cosas tan caducas la firmeza.
Lo que el vulgo confuso ama y procura
Huis, y en las tinieblas veis la lumbre,
Que la virtud descubre en su faz pura.
Subiendo su alta y su dificil cumbre,
Mirais abaxo tanto error y engaño
De la ignorante y ciega muchedumbre.
Y apartando del cierto bien el daño,
Mostrais no haber gastado vanamente
El tiempo, causador del desengaño.
Y quando el ocio algun lugar consiente,
Con vuestra bella esposa recogido,
Vuestro pasado amor haceis presente.
Y en su dulce memoria entretenido,
Referis con señales de alegria
Quando por ella os vistes mas perdido.

Y satisfecho bendecis el dia
Que posesor os hizo en ledo estado
Del bien que en esperanza os ofendia.
Mas yo mísero amante, enagenado
De mí, siempre rendido y temeroso,
En fragil tabla corto el mar turbado.
Solo, sin esperanza, sospechoso,
Seguido de un perpetuo descontento,
Nunca en mi mal admito algun reposo.
Quando quise perderme en mi tormento,
Fuera acabar la vida mejor suerte,
Que abrazar un eterno sentimiento.
Mas mi hado no quiere que yo acierte
A huir los peligros; y me obliga
A padecer viviendo inmortal muerte.
Yo vi, no sé si será bien que diga,
O si calle mi mal; yo vi mezquino
Mi dulce y hermosísima enemiga.
Yo otras veces la vi, y perdí contino,
Temiendo mi dolor, aquella gloria
Debida solo á espíritu divino.
Mas esta vez que comenzó la historia
Prolixa, y no acabada de mi pena,
Su imagen pintó Amor en mi memoria.
Aunque la mortal suerte no es tan llena
De bien, que alcance el nombre soberano,
De esta mi pura y celestial Sirena;
Mi pecho, que sufrió de Amor tirano
Los mas bravos asaltos y dureza,
Y mereció mas honra que hombre humano;

Quando atento notó la gran belleza,
Las luces, donde amor solo respira,
Y del color suave la pureza.
Qual mariposa que á perderse aspira
En la llama, corriendo con engaño
Al dulce fucilar que en ella mira;
Tal se arrojó, mas cierto de mi daño,
A consumirme en este sacro fuego,
Y aunque veo mi mal, en él me engaño.
¡Mas ó deseo mio vano y ciego!
¿Por qué me haces renovar memorias
Que no me sufren consentir sosiego?
Amor, en tus despojos y vitorias
Cuenta esta mia; y cuenta juntamente
Esta gloria mayor entre tus glorias.
Si yo pensaba descansar ausente,
Y libre de mis males acabados
El breve curso de esta edad presente;
Ya estoy con nuevas penas y cuidados
Sujeto, derribado, y tan rendido,
Que soy solo entre amantes desdichados.
¿Pero quánto es mejor ser yo perdido,
Y lamentar por ella, que contento
Ser de alguna jamas favorecido?
Amor, inspira en mí el divino aliento,
Para dexar perpetuo en letras de oro
Su valor, mi firmeza y mi tormento.
Que en quanto baña y cerca el seno Moro,
Y el Indo riega, y el Danubio frio,
El nombre eterno irá que siempre honoro.

Y el caudaloso y rico Betis mio
De verde sauz la frente coronado,
Humillará á su voz el grande rio.
Y quando por ventura mi cuidado
Pudiere relaxar de tanta pena,
Que me fatiga el corazon cansado,
Diré: dulce y bellísima Sirena,
Cuya suave voz y tierno canto
Con celeste armonia espira y suena;
Si puede mi tormento valer tanto,
Que satisfaga en parte mi osadia,
Yo á padecer me obligo siempre en llanto.
Pero sufrid que piense la alma mia,
Por haberse ofrecido á vuestra alteza,
Que merece perderse en su porfia.
No condeneis ingrata su firmeza
En sombra del olvido, y desdeñosa
Su vuelo no turbeis con aspereza.
Sed, pues tan bella sois, sed piadosa;
Porque bien debe ser favorecido
Quien en tan alta empresa espera y osa.
Y en honra de mis males busco y pido
Solo una corta muestra de esperanza,
De ser perpetuamente mas perdido.
Que en mi fortuna injusta la bonanza
No procuro ni atiendo; y solo quiero
Que mi pasion no alivie la mudanza.
Otras cosas diria; mas el fiero
Dolor me aqueja tanto, que cuitado
De todo mi remedio desespero.

Vos, que sabeis quan mal este cuidado
Puede arrancarse de un vencido pecho
Con inmortales luces enlazado,
Vivid, de vuestro estado satisfecho,
Con la bella Isabela dulcemente
En yugo honesto con blandura estrecho.
Yo, pues mi dura suerte no consiente
Que pueda descansar de mi querella,
Solo, sin esperanza, firme, ausente,
Seguiré siempre mi cruel estrella.

SONETO XCVI.

Hacer no puede ausencia que presente
No vos tenga mi Estrella; que en la hora
Que se viste de púrpura la Aurora,
En su rosada falda estais luciente.
Quando Febo esclarece el Oriente,
En su espléndida imagen vos colora;
Y en sus rayos florecen á deshora
Con puro ardor las hebras y la frente.
Quando, honor de los astros, el Lucero
Ilustra el orbe, entre los brazos veo
De Venus encenderse esa belleza.
Alli vos hablo, alli suspiro y muero;
Mas vos, dulce enemiga á mi deseo,
Despreciais el dolor en mi tristeza.

XCVII.

Huyo apriesa medroso el horror frio,
Y la aspereza y aterido ivierno;
Y espero de Favonio el soplo tierno
Contra su fuerza y contra el seco estio.
Mas, Herrera, en el grave estado mio
Me ofende el prevenir, y al fin dicierno
Zéfiro breve y Aquilon eterno;
Y siempre en un error por mal porfio.
Al cabo habrá de ser, que el destemplado
Estio acabe en fuego, ó en tanta nieve
Rígida bruma el pecho endurecido.
Vos, que en sosiego, si de amor cansado
Estais, ó si pasion presente os mueve,
Tened dolor de verme tan perdido.

XCVIII.

Al fin yaces, ó del valor Latino
Ultima gloria, por tu fuerte mano;
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar, que fuiste capitan Romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡O si agena ambicion no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera tu hazaña la ventura;
Que ninguno tu igual en Roma hubiera!
Mas tráxote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

XCIX.

Tú, que del sacro imperio de Ocidente,
Francia, fuiste cabeza y del Cristiano
Valor; mísera ya, el orgullo insano
Pierde y humilla al fin la yerta frente:
No tientes del Ibéro pecho ardiente,
Siguiendo el odio ciego del tirano,
Mas el poder y esfuerzo soberano,
Que á injusta empresa el Cielo es inclemente.
¿A do huyó el deseo que tenias
De imitar piadosa las hazañas
Del grande Carlo y fuerte Godofredo?
Mas ó mezquina en impio error porfias,
Y enciendes fiera el fuego en tus entrañas,
Y corres á tu muerte ya sin miedo.

C.

Esta rota y cansada pesadumbre,
Osada muestra de soberbios pechos;
Estos quebrados arcos y deshechos,
Y abierto cerco de espantosa cumbre;
Descubren á la ruda muchedumbre
Su error ciego y sus términos estrechos;
Y solo yo en mis grandes males hechos
Nunca sé abrir los ojos á la lumbre.
Pienso que mi esperanza ha fabricado
Edificio mas firme; y aunque veo
Que se derriba, sigo al fin mi engaño.
¿De qué sirve el juicio aun ostinado,
Que la razon oprime en el deseo
De ver su error y padecer mas daño?

CANCION VII.

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, Lira mia,
Y en la desierta arena
De este campo extendido,
Dende la oscura noche al claro dia
Rompiste mi gemido;
Ahora olvida el llanto,
Y vuelve al desusado y alto canto.
No celebro los hechos
Del duro Marte, y sin temor osados
Los valerosos pechos;
La siempre insigne gloria
De aquellos Españoles no domados;
Que para la memoria
Que canto me da aliento
Febo á la voz, y vida al pensamiento.
Escriba otro la guerra,
Y en Turca sangre el ancho mar cuajado;
Y en la abrasada tierra
El conflicto terrible;
Y el Lusitano orgullo quebrantado
Con estrago increible;
Que no menor corona
Texe á mi frente el coro de Elicona.
A la grandeza vuestra
No ofenda el rudo son de osada lira;

Que en lo poco que muestra
Glorioso Fernando,
Aunque desnuda y sin destreza espira,
El curso refrenado
El sacro Esperio rio
Mil veces se detuvo al canto mio.
El linage y grandeza,
Y ser de tantos Reyes decendiente;
La pura gentileza,
Y el ingenio dichoso
Que entre todos vos hacen excelente,
Y el pecho generoso
En esa edad florida,
De vos prometen una heroyca vida.
No basta, no, el imperio;
Ni traer las cervices humilladas
Presas en cautiverio
Con vencedora mano;
Ni que de las banderas ensalzadas
El Cita y Africano
Con medroso semblante,
Y el Indo y Persa sin valor se espante.
Que quien al miedo obliga
Y rinde el corazon y desfallece
De la virtud amiga;
Y va por el camino,
Do la profana multitud perece,
Sujeto al yugo indino
Pierde la gloria y nombre,
Pues siendo mas, se hace menos hombre.

Los héroes famosos
Los nervos al deleyte derribaron;
Que ni en los engañosos
Gustos, ni en lisonjeras
Voces de las Sirenas peligraron;
Antes las ondas fieras
Atravesando fueron,
Por do ningunos escapar pudieron.
Seguid, Señor, la llama
De la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;
Que si bien vos inflama
De su amor en el fuego,
Viendo su bella luz con fuerza nueva,
Sin admitir sosiego,
Buscareis en el suelo
La que consigo os alzará en el Cielo.
No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostreis estrecho;
Que para aventajaros
Entre las sombras de esta edad culpada,
Debeis siempre esforzaros;
Que solo aquello es vuestro
Que á vos debeis y á vuestro brazo diestro.
Aquel que libre tiene
De engaño el corazon, y solo estima
Lo que á virtud conviene;
Y sobre quanto precia
El vulgo incierto, su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,

Y sabe mejorarse;
Solo Señor merece y Rey llamarse.
Que no son diferentes
En la terrena masa los mortales;
Pero en ser excelentes
En valor y hazañas,
Se hacen unos de otros desiguales.
Estas glorias extrañas
En los que resplandecen,
Si ellos no las esfuerzan se entorpecen.
Por el camino cierto
De las divinas Musas vais seguro,
Do el Cielo os muestra abierto
El bien, á otros secreto;
Con guia tal, que en el peligro oscuro
De perturbado afeto
Venciendo el duro asalto,
Subireis de la gloria en lo mas alto.
Y porque las tinieblas,
Fatal estorbo á la grandeza humana,
No ascondan en sus nieblas
El valor admirable,
Haré que en vuestra gloria soberana
Siempre Talia hable;
Y que la bella Flora,
Y los Reynos la canten de la Aurora.

SONETO CI.

Bárbara tierra, que en tu frio seno
Cubres los grandes cuerpos derribados
De aquellos Españoles, que domados
Dexaron de terror el orbe lleno;
Mira en los altos troncos el ageno
Trofeo, y gime viendo alli colgados
Los despojos, jamas nunca esperados,
En tanto honor del impio Sarraceno.
Y tú, mar, que manchaste tu corriente
Con generosa sangre, suena airado,
Y decid ambos tristes de esta suerte:
Heroycas almas, gloria de Ocidente,
Id dichosas, que ya el acerbo hado
Lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

CII.

Rompió la prora en dura roca abierta
Mi fragil nave, que con viento lleno
Veloz cortaba el piélago sereno,
Y apena escapo al fin de muerte cierta.
Afirme el pie yo en tierra, que la incierta
Onda no me tendrá en su instable seno;
Ni la vana esperanza podrá ageno
Traerme de mis glorias ya desierta.
Si la sombra del daño padecido
Puede mover, Filipo, vuestro pecho,
Huid, sulcar del ponto la llanura;
Y creed que ninguno de Cupido
Seguro navegó el profundo estrecho,
Que no perdiese al cabo la ventura.

CIII.

De este tan grave peso que cansado
Sufro, Fernando, y sin valor contrasto,
Procuro alzar el cuello; mas no basto,
Que al fin doy con la carga desmayado.
De mil flaquezas mias afrentado
Me enciendo en ira, y la paciencia gasto;
Pero nunca leon hambriento al pasto
Va, como yo al error de mi cuidado.
Mas aunque imprima en mí mi mejor parte,
(Ved si estoy ya de amor aborrecido)
Oso al fin, y me opongo á mi deseo.
Y en estos trances de dudoso Marte
Será de mí, si soy varon, vencido
Otro, mayor que el Africano Anteo.

CIV.

Despoja la hermosa y verde frente
De los árboles altos el turbado
Otoño, y dando paso al viento helado,
Queda lugar á la aura de Ocidente.
Las plantas que ofendió con el presente
Espíritu de Zéfiro templado
Cobran honra y color; y esparce el prado
Olor de bellas flores dulcemente.
¡Mas ó triste! que nunca mi esperanza,
Despues que la abatió desnuda el hielo,
Torna avivar para su bien perdido.
¡Cruda suerte de amor, dura mudanza,
Firme á mi mal; que el variar del Cielo
Tiene contra su fuerza suspendido!

CV.

Esperé un tiempo, y fue esperanza vana,
Librar de esta congoja el pensamiento,
Subiendo de Castalia al alto asiento,
Do no puede alcanzar Musa profana;
Para cantar la honra soberana
(Ved quan grande es, Giron, mi atrevimiento)
De quien con inmortal merecimiento
Contrasta al hado, y su furor allana.
Que bien sé que es mayor la insigne gloria
De quien Melas bañó, y el Mincio frio,
Que de quien lloró en Tebro sus enojos.
¿Mas qué haré, si toda mi memoria
Ocupa amor, tirano Señor mio?
¿Qué, si me fuerzan de mi luz los ojos?

CVI.

Error fue disponer el tierno pecho,
Usado en el dolor de Amor esquivo,
A nueva libertad; que al fin cautivo
Vuelvo, no sé si diga á mi despecho.
Pudo traerme el crudo á tal estrecho,
Que abrió la fuerza de un semblante altivo
La vena que encendió en un fuego vivo
Al corazon, ya en vano un hielo hecho.
¿Mas qué mucho? ¿no vemos inflamarse
Un pedernal herido, y encontrado
Un hierro en otro despedir centellas?
¿Cómo puede mi pecho no abrasarse
Al golpe del Amor, si está tocado
Siempre en el fuego de mis dos estrellas?

CVII.

Asi perturbe lluvia nunca ó viento
Tus bellas ondas, sacro Esperio rio,
Y á tu nombre se incline el Ebro frio,
Y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;
Si á piedad te mueve mi tormento,
Do siempre muero, y sin temor porfio,
Ausente entre mil males del bien mio,
Sin que pueda aun valerme el pensamiento;
En estos troncos guarda mi cuidado,
Y en estas peñas mi gemido y pena
Tus Naides suenen con lloroso canto:
Que nadie habrá que habiendo aqui aportado,
Lea mi mal, y con la faz serena
Pase y no bañe el rostro en tierno llanto.

CVIII.

Pierdo, tu culpa, Amor, pierdo engañado,
Siguiendo tu esperanza prometida,
El mas florido tiempo de mi vida,
Sin nombre, en ciego olvido sepultado.
Ya no mas; baste haber siempre ocupado
El pensamiento y la razon perdida
En tu gloria, y mi infamia aborrecida,
Que quien muda la edad trueca el cuidado.
Yo he visto á los pies puesto un duro hierro,
Y torcello la mano del cautivo,
Y desatarse de aquel nudo fuerte.
Mas ¡oh! que ni el desden, ni mi destierro
Pueden borrar del corazon esquivo,
Lo que nunca podrá gastar la muerte.

CIX.

La fria falda y cumbre de Pirene,
Que parte al Franco y al osado Ibero,
Quando hiela desierto Aquilon fiero,
Tanta copia de nieve no sostiene,
Quanto hielo en mi pecho el temor tiene,
Quando aparta sus rayos mi Lucero;
Y retraido su esplendor primero,
De avivarme en su bella luz se astiene.
Libia arenosa, aunque el ardor presente
Del Sol te abrasa, si del hielo mio
El rigor sientes, perderás la fama:
Que mayor fuego me encendió este ausente
Corazon; mas en mí ya acaba el frio
El vigor, y deshace de su llama.

ELEGIA XI.

A la pequeña luz del breve dia,
Y al grande cerco de la sombra oscura
Veo llegar la corta vida mia.
La flor de mis primeros años pura
Siento perder su fuerza en todo, y siento
Otro deseo que mi bien procura.
Voluntad diferente y pensamiento
Reyna dentro en mi pecho, que deshace
El no seguro y flaco fundamento.
Lo que mas me agradó no satisface
Al ofendido gusto; y solo admito
Lo que sola razon intenta y hace.

Del ancho mar el término infinito,
La inmensa tierra que su curso enfrena,
Al bien que estimo, son lugar finito.
Lo que la gloria vana alcanza apena,
Por quien se cansa la ambicion profana,
Y en mil graves peligros se condena,
La virtud menosprecia soberana;
Y contenta de sí, no para en cosa
De las que admira la grandeza humana.
Yo lejos por la senda trabajosa
Sigo entre las tinieblas á su lumbre,
Abrasado en su llama gloriosa.
Y si no rompe, antes que á la cumbre
Suba, el hilo mortal, hallarme espero
Libre de esta confusa muchedumbre.
Porque ya veo apresurar ligero,
Y volar como rayo acelerado
Del tiempo el desengaño verdadero.
Huyen como saeta que el armado
Arco arroja, los dias no parando
Invidiosos del no firme estado.
Va el tiempo siempre avaro derribando
Nuestra esperanza, y llévase consigo
Las cosas todas del terreno bando.
Esta caduca vida, por quien sigo
Lo que en su gusto conformar no debe,
Y soy de mí por ella mi enemigo;
Sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,
Que el sol ardiente gasta con el viento
En un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prision do el pensamiento
Repara, y ve en la niebla una luz clara
De la razon que oprime al sentimiento.
Y como quien mi libertad prepara,
Siento que de mi sueño entorpecido
Me llama, y de esta suerte se declara:
¡O mísero, ó anegado en el olvido,
O en cimeria tiniebla sepultado,
Recuerda de ese sueño adormecido!
Estás en ciego error enagenado,
Que contigo se cria y envejece,
¿Y no das fin á tu mortal cuidado?
¿Por ventura, mezquino, te parece
Que el Sol no toca el medio de su alteza,
Y la cercana noche te oscurece?
En tanto que está verde esta corteza
Fragil, y no la cubre torpe hielo,
Y blanca nieve llena de graveza;
Vuelve por tí, refrena el presto vuelo,
Y coge al tiempo la mal suelta rienda,
No te condene de ignorancia el velo.
Porque si vas por esta abierta senda,
Serás uno en la errada y ciega gente,
Do nunca el fuego de virtud te encienda.
Quanto Febo de Aurora al Ocidente,
Y ciñe dende el Austro hasta Arturo
Perece sin virtud indinamente.
Aquel dichoso espíritu, seguro
De estos asaltos vivirá contino,
Que fuere en obras y en palabras puro.

Fuerza es de la virtud y no destino
Romper el hielo y desatar el frio
Con vivo fuego de favor divino.
Desampara tu osado desvarío,
No des mas ocasion á tanto engaño,
Que la edad huye qual corriente rio.
Serán de tu fatiga premio extraño
Dolor confuso, vergonzosa afrenta,
Tristes despojos de tu eterno daño.
Si esto no te congoja y descontenta,
¿Qué puede dar congoja y descontento,
A quien del suelo levantarse intenta?
Tú te acabas en mísero tormento,
Pensando vanamente ser dichoso,
Y contigo tu incierto fundamento.
Arranca de tu pecho desdeñoso
La impia raiz, que cria tu esperanza
Falsa en loco deseo y engañoso.
Y no es otra tu gloria y confianza,
Sino perder y aborrecer (cuitado)
A tí por quien descansa en la mudanza.
Este sano consejo y acertado
La venda de los ojos me descubre,
Y me hace mirar con mas cuidado.
Viéndome en el error, y que se encubre
La luz que me guiaba en el desierto,
Un frio miedo el corazon me cubre.
Mas yo no puedo de mi engaño cierto
Librarme; porque el fuego espira ardiente,
Que al mal me tiene vivo, y al bien muerto.

Y quando espero con la luz presente
Sacalla del incendio, con dulzura
Extraña la alma presa se resiente.
Al resplandor de la belleza pura
Corre encendida con tan alta gloria,
Que ni otro bien ni otro placer procura.
Porque Amor me refiere á la memoria
De mi dulce pasion el triste dia,
Que le dió nueva causa á su vitoria.
Yo ya de mil peligros recogia
El corazon cansado con reposo,
Y conmigo indignado así decia:
Despues deste trabajo congojoso
Razon será que en agradable estado
Viva algun tiempo alegre y no medroso.
¿Qué fuerza del Amor, qué brazo airado
Penetrará mi pecho endurecido
Con un hielo perpetuo y ostinado?
No sufra el Cielo ya que mas perdido
Ser pueda yo en tan luengo desvarío;
Baste el tiempo en engaños expendido.
El grave yugo y duro peso frio
Que oprime á la alma, y entorpece el vuelo
Al generoso pensamiento mio,
Decienda roto y sacudido al suelo;
Que la cerviz ya siento deslazada,
Ya niego el feudo á Amor, ya me rebelo.
Será el prado y la selva de mí amada,
Y cantaré, como canté, la guerra
De la gente de Flegra conjurada.

Y levantando la alma de la tierra
Subiré á las regiones celestiales,
Do todo el bien y quietud se cierra.
La vanidad de míseros mortales
Miraré, despreciando su grandeza,
Causa de siempre miserables males.
En estos pensamientos y nobleza
Pasar contento y ledo yo pensaba
De esta édad corta y breve la estrecheza;
Que aun ya de la cruel tormenta y brava
No estaba enxuto mi húmido vestido,
Ni apena el pie en la tierra yo afirmaba,
Quando Amor que me trae perseguido,
En tempestad mas áspera pretende
Que yo peligre en confusion perdido.
Con tal belleza el corazon me ofende,
Que no puede huir su nueva pena,
Ni del mal que padece se defiende.
Un furor bello, que con luz serena
Me representa una inmortal figura,
En perpetuo tormento me condena.
De la suave faz la nieve pura;
La limpia, alegre y mesurada frente,
Do mostrarse la púrpura procura,
Y apena osa, y al fin osadamente
Quiere mostrarse; fueron en mi daño
Causa de este pestífero acidente.
Qual yo quedase, hecho de mí extraño,
Sabelo Amor, que en la miseria mia
Me da ocasion para mayor engaño.

Suspiro y lloro quanto es luengo el dia;
Y nunca cesan el suspiro y llanto,
Quanto es luenga la noche oscura y fria.
La dulce voz de aquel su dulce canto
Mi alma tiene toda suspendida;
Mas no es canto la voz, es fuerte encanto,
Que tras su viva fuerza y encendida
Me lleva compelido sin provecho,
Para perder en tal dolor la vida.
Duro jaspe cercó su tierno pecho,
Do Amor despunta con trabajo vano
Las flechas todas del carcax deshecho.
El rostro, do escribió Amor de su mano;
Dichoso quien por mí pena y suspira,
Si cabe tanto bien en pecho humano.
De este miedo y peligro me retira,
Y hace que levante el pensamiento
A la grandeza que en su lumbre mira.
A todos pone espanto mi tormento;
¿Y á quién no espantará el dolor que paso?
Y lo menos descubro en lo que siento.
Yo voy siguiendo de uno en otro paso
A mi bella enemiga presurosa,
Y la pienso alcanzar con tardo paso.
Quando la pura Aurora y luminosa
Muestra la blanca mano al nuevo dia,
Veo la de mi Estrella mas hermosa.
Mas quanto mi fortuna me desvia
De su grandeza, tanto mas osado
Por ella sigo la esperanza mia.

Tus viras en mi pecho traspasado
Ya no caben, Amor; porque está lleno
De tantas como en él has arrojado.
En la luz bella y resplandor sereno
Estabas de sus ojos ascondido,
Y me penetró dellos el veneno.
De allí arrojaste en ímpetu encendido
Flechas de mi enemiga; y tu vitoria
Dellos nació, y fui dellos yo herido.
Amor, tú bien les debes esta gloria,
Que si no fuera por la fuerza dellos,
En mí ya se perdia tu memoria.
Tal es la nieve de los ojos bellos;
Tal es el fuego de la luz serena,
Que hielo y ardo á un mesmo punto en ellos.
Del frio Euxîno á la encendida arena,
Que el Sol requema en Africa abrasada,
No se ve, qual la mia, otra igual pena.
Pero podrá dichosa ser llamada
Por quien me causa esta pasíon interna,
Con invidia de todos admirada.
Así fuese yo el Cielo, que gobierna
En cerco las figuras enclavadas,
Para siempre mirar su luz eterna.
Así sus puras luces y sagradas
Volviese siempre á mis vencidos ojos,
Y me abrasase en llamas regaladas;
Como todas mis ansias, mis enojos
Serian bien y gloria; y mi tormento
Descanso en el ardor de mis despojos.

Mal podré yo decir mi sentimiento,
Si el dolor no me dexa de la mano,
Si vence su rigor al sufrimiento.
Grande esperanza en un deseo vano
Es la molesta causa de mi pena,
Y un ciego error de dulce Amor tirano.
No me espanto que esté mi Estrella agena
De amor, pues he el amor todo ocupado,
Y del solo mi ánima está llena,
Que en él todo se ha toda trasformado;
Y así amo solo, y ella sola amada
Es, no amando un amor tan extremado.
Tal vez suele poner la faz rosada
De aquel color, que suele al tierno dia
Mostrar la fresca Aurora rociada;
Y le digo, Señora dulce mia,
Si pura fe, debida á vuestra alteza,
Merece algun perdon de su osadia;
Vuestro excelso valor y gran belleza
No se ofendan en ver que oso y espero
Premio, que se compare á su grandeza.
Tanto peno por vos, tanto vos quiero,
Y tanto dí, que puedo ya atrevido
Decir, que por vos vivo y por vos muero.
Así digo; y en esto embebecido
Con dulce engaño desamparo el puerto,
Y me abandono por el mar tendido.
Sopla el fiero Aquilon, de bien desierto,
Las ondas alza, y vuelve un torbellino,
Y el Cielo en negra sombra está cubierto.

No puedo, ¡ay ó dolor! ¡ay ó mezquino!
Remediar el peligro, que rezela
El corazon en su dolor indigno.
Bien fuera tiempo de coger la vela
Con presta mano, y revolver á tierra
La prora, que cortando el ponto vuela.
Mas yo para morir en esta guerra
Nací inclinado, y sigo el furor mio,
Por donde del sosiego me destierra.
El que deste amoroso desvarío
Vive libre, si puedo ser culpado,
Por volver á este mal con tanto brio,
Sepa que debo mas á mi cuidado.

SONETO CX.

Este dolor que nace en mí, y se cria,
Si tal vez, desdeñoso del, me atrevo
A dalle muerte; con furor de nuevo
Torna á crecer sin miedo en su porfia.
Poca defensa hace la alma mia,
Que en el último extremo ya no pruebo
Poner el pecho al trance como debo,
Mas cansado que ageno de osadía.
Vos que me veis, Ribera, quebrantado,
No me culpeis; que el mal que así rezelo,
Combate con gran ímpetu conmigo;
Qual fiero Anteo siendo derribado,
Que tocando la dura faz del suelo,
Mas feroz revolvia al enemigo.

CXI. *De Felipe de Ribera.*

La lucha, que razon y entendimiento
Tienen con el deleyte y su memoria,
Nos representa al vivo aquella historia
Del invencible Alcides segun siento;
Que quando derribaba el pensamiento
Procurando en el suelo alguna gloria,
Mas dudosa hallaba la vitoria
Cobrando el enemigo nuevo aliento.
Vos, Fernando, esforzado en tal estrecho
Con la divina parte, haced guerra
A este dolor rebelde; y en lo alto
De vuestro varonil y heroyco pecho
Quede deshecho, sin que mas la tierra
Os dé con cosa suya sobresalto.

CXII.

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Ocidente,
Teñiste del Ionio la corriente
Con la vertida sangre de Otomano;
Y volviendo en el piélago Africano
Venciste el Reyno antiguo y Tiria gente;
Y del Frances y Escoto el pecho ardiente
Rompiste y la pujanza del Germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto Cielo,
Que la tierra era poca á tanta gloria;
Ahora que amenaza cruda guerra
El impio Cita, y tiembla todo el suelo,
Ven, ó envia á los tuyos la vitoria.

CXIII.

Aquí do estoy ausente y ascondido
Lloro mi mal; pero es el dolor tanto,
Que en mis ojos desmaya el triste llanto,
Y fallece en silencio mi gemido.
Por esta oscura soledad perdido
Huyo, y vo alejándome; mas quanto
Me aparto, el mal me sigue y pone espanto,
Y no me vence en tanto afan sufrido.
Duro pecho, porfia no cansada,
Rebelde condicion, que osa y contrasta
A tan grande mudanza y desventura;
Llevadme por la senda acostumbrada
De mi error al peligro, que ya basta
Ver el fin sin tentar nueva ventura.

CXIV.

Rayo de guerra, grande honor de Marte,
Fatal ruina al Bárbaro Africano,
Que en la temida España del Romano
Imperio levantaste el estandarte;
Si la voz de la fama, en esa parte
Do estás, puede llegar al reyno vano,
Teme con el vencido Italiano
Del osado Español la fuerza y arte.
Otro mayor que tú en el yugo indino
Lo puso, y un gran Leyva la vitoria
De Italia conquirió en sangrienta guerra.
Y al fin un nuevo César, que al Latino
En clemencia y valor ganó la gloria,
Y añadió mar al mar, tierra á la tierra.

CANCION VIII.

Al Santo Rey Don Fernando.

Inclinen á tu nombre, ó luz de España,
Ardiente rayo del divino Marte,
Camilo y el belígero Africano,
Y el vencedor de Francia y de Alemaña
La frente armada de valor y de arte;
Pues tú con grave seso y fuerte mano
Por el pueblo Cristiano
Contra el ímpetu bárbaro sañudo
Pusiste osado el generoso pecho.
Cayó el furor ante tus pies desnudo,
Y el impio orgullo Vándalo deshecho,
Con la fulmínea espada traspasado,
Rindió la acerba vida al fiero hado.
De tí temblaron todas las riberas,
Todas las ondas, quantas juntamente
Las colunas del grande Briaréo
Miran; y al tremolar de tus banderas
Torció el Nilo medroso la corriente;
Y el monte Libio, á quien mostró Perseo
El rostro Meduseo,
Las cimas altas humilló rendido
Con mas pavor que quando los Gigantes,
Y el áspero Tifeo fue vencido.
Postráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza

El vigor de tu excelsa fortaleza.
Pero en tantos triunfos y vitorias,
La que mas te sublima y esclarece,
De Cristo, ¡ó excelso Capitan, Fernando!
Y remata la cumbre de tus glorias,
Con que á la eternidad tu nombre ofrece;
Es que peligros mil sobrepujando,
Volviste al sacro bando,
Y á la Cristiana religion traxiste
Esta insigne Ciudad y generosa;
Que en quanto Febo Apolo de luz viste,
Y ciñe la grande orla espaciosa
Del mar cerúleo, no se ve otra alguna
De mas nobleza y de mayor fortuna.
Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al Cielo alzó la barba revestida
De verde musgo; y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo;
Que al cerco de la tierra en vario lustre
De soberbia corona hace ilustre.
Tú, despues que tu espíritu divino,
De los mortales nudos desatado,
Subió ligero á la celeste alteza

Con justo culto, aunque en lugar, no dino
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;
Hasta que ahora la real grandeza
Con heroyca largueza
En este sacro templo y alta cumbre
Trasfiere tus despojos venerados:
Do toda esta devota muchedumbre,
Y sublimes varones humillados
Honran tu santo nombre glorioso,
Tu religion, tu esfuerzo belicoso.
Salve, ó defensa nuestra, tú, que tanto
Domaste las cervices Agarenas,
Y la fe verdadera acrecentaste.
Tú cubriste á Ismael de miedo y llanto,
Y en su sangre ahogaste las arenas,
Que en las campañas Béticas hollaste.
Tú solo nos mostraste
Entre el rigor de Marte violento,
Entre el peso y molestias del gobierno
Juntas en bien trabado ligamento
Justicia, piedad, valor eterno;
Y como puede, despreciando el suelo,
Un Príncipe guerrero alzarse al Cielo.

CXV.

Subo con tan gran peso quebrantado
Por esta alta, empinada, aguda sierra,
Que aun no llego á la cumbre, quando hierra
El pie, y trabuco al fondo despeñado.
Del golpe y de la carga maltratado
Me alzo apena, y á mi antigua guerra
Vuelvo; ¿mas qué me vale? que la tierra
Mesma me falta al curso acostumbrado.
Pero aunque en el peligro desfallezco,
No desamparo el peso, que antes torno
Mil veces á cansarme en este engaño.
Crece el temor, y en la porfia crezco;
Y sin cesar, qual rueda vuelve en torno,
Asi revuelvo á despeñarme al daño.

CXVI.

¿Adónde está el placer que yo sentia
En pensar que de vos era querido?
¿Adónde el bien que tuve, me ha huido,
Quando mas mi esperanza prometia?
Quán presto gustais ver, Señora mia,
Deshecho el lazo en vos, de amor texido;
Aunque á vuestro desgrado mas torcido
Lo siente mi cerviz en su porfia.
Excusé siempre, y rezelé dudando
Vuestra altiva exêncion, mas en mi daño
No me pude valer de mi cordura;
Que Amor vos tuvo, y dístesme burlando
Dulces promesas, arras del engaño,
Que da fin no debido á mi ventura.

CXVII.

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,
Gerónimo, moriste, y apartado
De los tuyos, el piélago sagrado
Honraste con tu cuerpo eternamente;
Recibe, no de marmol excelente
Digno sepulcro, del mortal cuidado
Breve gloria, do al fin yace olvidado,
Mas lágrimas de triste amor ardiente.
Recibe esta memoria de mi pena,
Que te será perpetua por ventura,
Pequeña prenda del amor estrecho.
Tú gozas de la pura luz serena,
Tú tienes todo el mar por sepultura,
Y siempre eterno vives en mi pecho.

ELEGIA XI.

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo
Fuerza con que levante mi esperanza,
Quejarme de las penas que sostengo.
No temo ya ni siento la mudanza,
Que en la sombra de un bien me dió mil daños,
Nacidos de una vana confianza.
Luenga experiencia en estos cortos años
De tantos males trueca á mi deseo
El curso, enderezado á sus engaños.
Pienso mil veces, y ninguna creo
Que he de llegar á tiempo en que descanse
Del grave afan en que morir me veo.

Mas porque tu furor tal vez se amanse,
No tienes condicion que se conduela
De ver que yo de padecer no canse.
Tendí al próspero zéfiro la vela
De mi ligera nave en mar abierto,
Donde el peligro en vano se rezela.
El Cielo, el viento, el golfo siempre incierto
Cambiaron tantas veces mi ventura,
Que nunca tuve un breve estado cierto.
Anduve ciego, viendo la luz pura,
Y para no esperar algun sosiego,
Abrí los ojos en la sombra oscura.
La fria nieve me abrasó en tu fuego;
La llama, que busqué, me hizo hielo;
El desden me valió, no el tierno ruego.
Subí, sin procurallo, hasta el Cielo;
Que se perdió en tal hecho mi osadia,
Quando me aventuré me vi en el suelo.
No estoy ya en tiempo donde á la alegría
Dé algun lugar, ni puedo á mi cuidado
Sacar del vano error de su porfia.
¿Do está la gloria de mi bien pasado,
Que, como en sueño, vi tal vez delante?
¿A do el favor á un punto arrebatado?
Misera vida de un mezquino amante,
Siempre en qualquier sazon necesitada
Del bien que huye y pierde en un instante.
Mal puedo hallar fin á la intrincada
Senda, por donde solo voy medroso,
Si no la tuerzo ó rompo en la jornada.

Tan alcanzado estó y menesteroso
Que desespero de salud, y pienso
Que vale osar en hecho tan dudoso.
Mas ¡ó quán mal en este error dispenso
Las cosas que contienen mi remedio!
¡Con quánto engaño voy al mal suspenso!
Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;
Yo no sé si me rindo ó me defiendo,
Ni sé hallar á tanto daño un medio.
Nuevo fuego no es este en que me enciendo;
Pero es nuevo el dolor que me deshace,
Tan ciega la ocasion que no la entiendo.
La soledad abrazo, y no me aplace
El trato de la gente, en el olvido
El cuidado mil cosas muda y hace.
En árboles y peñas esculpido
El nombre de la causa de mi pena
Honro con mis suspiros y gemido.
Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena
Primero el llanto, con la voz quejosa
Decir mi mal; mas el temor me enfrena.
Pienso, y siempre me engaño en qualquier cosa,
Que encuentra con el vago pensamiento
La atrevida esperanza y temerosa.
Dísteme fuerza, Amor, dísteme aliento
Para emprender una tan gran hazaña,
Y me olvidaste en el seguido intento.
No tiene el alto mar, quando se ensaña,
Igual furor, ni el ímpetu fragoso
Del rayo tanto estraga y tanto daña;

Quanto en un tierno pecho y amoroso
Se embravece tu furia, quando siente
Firme valor y corazon brioso.
¿Qué me valió hallarme diferente
En tu gloria que huye, y conocerme
Mayor en tu vencida y presa gente?
Ni tu podias mas ya sostenerme,
Ni yo en tan grande bien pude, mezquino,
Aunque mas me esforzaba contenerme.
Siempre fui de tan alta gloria indino,
Y tambien de este fiero mal que paso,
Ni tu ni yo acertamos el camino.
Una ocasion y otra á un mesmo paso
Se me presentan, que perdí, y conmigo
Me culpo y avergüenzo en este paso.
Tú solo puedes ser, Amor, testigo
De aquellos dias dulces de mi gloria,
Y quán ufano me hallé contigo.
No te refiero yo mi alegre historia
Con presuncion; antes lo traygo á cuenta
Para mas confusion de mi memoria.
No es tanto el grave mal que me atormenta,
Que no merezca mas; pues viendo abierto
El Cielo al bien, me hallo en esta afrenta.
Austro cruel, que en breve espacio has muerto
La bella flor, en cuyo olor vivia,
Y me dexaste de salud desierto;
Siempre te hiera nieve, y sombra fria
Te cerque, y á tu soplo falte el vuelo,
Impio ofensor de la ventura mia.

Yo me vi en tiempo, libre de rezelo,
Que aun el bien me dañaba; ahora veo,
Que el mas mísero soy que tiene el suelo.
Desespero, y no mengua mi deseo;
Y en igual peso estan villano miedo,
Osadia, cordura y devaneo.
Estos cuidados, que olvidar no puedo,
Me desafian á sangrienta guerra,
Porque esperan vencerme, ó tarde, ó cedo.
El hijo de Agenor la dura tierra
Labra, y le ofende el fruto belicoso,
Que en armadas esquadras desentierra;
A mí de mi trabajo sin reposo
Nace de cuitas una hueste entera,
Que me trae afligido y temeroso.
Del lago Argivo la serpiente fiera
No se multiplicó con tal espanto,
Como en crecer mi daño persevera.
Para mayor caida me levanto
Del mal tal vez, y luego desfallezco,
Y me acuso de haber osado tanto.
El tormento que sufro no encarezco;
Que pasar mal no es hecho de alabanza,
Mas descanso en decir como padezco.
Horas, que tuve un tiempo de holganza,
Quando pensaba que era agradecida
Mi pena, tomad ya de mi venganza.
Yo soy, yo, el que pensé en tan dulce vida
No mudar algun punto de mi suerte,
Yo soy, yo, el que la tengo ya perdida.

El corazon en fuego se convierte,
En lágrimas los ojos, y ninguno
Puede tanto que venza por mas fuerte.
A tí me vuelvo, amigo no oportuno,
Antes cruel contrario, antes tirano,
Robador de mis glorias importuno.
Tú me traes á una y otra mano
Sujeto al freno, y voy á mi despecho
Por fragoso camino y por lo llano.
Condicion tuya es rendir el pecho
Feroz; oso decir, que ya te olvidas
De ella, con quien me pone en tanto estrecho.
¿Tu arco y flechas dónde estan temidas?
¿Do está el ardiente hacha abrasadora
De tantas almas á tu ley rendidas?
¿Eres tú aquel que al padre de la Aurora,
Vencedor de la fiera temerosa,
Quebró el orgullo, y sojuzgó á deshora?
¿Aquella diestra y fuerza poderosa,
Que derriba los pechos arrogantes,
Do está ocupada, ó dónde está ociosa?
Puedes vencer los ásperos Gigantes,
Los grandes Reyes abatir, trocando
A un punto sus intentos inconstantes;
¿Y no te ofendes ver ahora, quando
Mas tu valor mostrabas, que perdiste
Las honras que ganaste triunfando?
¿Misero Amor, tampoco, di, pudiste,
Que un tierno pecho, á tanta furia opuesto,
Sin temor te desprecia y te resiste?

Ya conozco el engaño manifiesto
En que viví; ninguna fuerza tienes,
Jamas á quien te huye eres molesto.
Solo en mi triste corazon te vienes
A mostrar tu poder; no mas, ó crudo,
Que ni quiero tus males ni tus bienes.
Ves este pecho de valor desnudo,
Abierto, traspasado, á tantas flechas
Hará de tu desden un fuerte escudo.
Aunque pesadas vengan y derechas,
Puede tanto el agravio de mi ofensa,
Que sin efecto volverán deshechas.
No sé, cuitado, si hacer defensa
Será mas daño, que tu dura fuerza
Ya siento cada hora mas intensa.
¿Quién puede haber tan bravo, quién que tuerza
Un ímpetu tan grande, y que deshaga
Tu furor, quando mas furor lo esfuerza?
Tan dulce es el dolor de esta mi llaga,
Que en sentirme quejoso soy ingrato,
Porque en mi pena el mal es mucha paga.
Atrevido deseo sin recato,
Memoria que del bien ya tuve ufana,
Mueven mi lengua al triste mal que trato.
Engaño es este de esperanza vana,
Que piensa en sus mudanzas mejorarse,
Instable siempre, y sin valor liviana.
No pueden las raices arrancarse,
Que en lo hondo del pecho estan trabadas,
Donde pueden del pecho asegurarse.

No esperen pues tus penas nunca usadas,
Ni espere, Amor, la voluntad de aquella
Que las tiene en mi daño concertadas;
Hacer que de ellas yo me aparte, y de ella
Me olvide un punto, porque el vivo fuego,
Que nace de su luz serena y bella,
Qual siempre, me traerá vencido y ciego.

CXVIII.

Reyna del grande Océano dichosa,
Sin quien á España falta la grandeza,
A quien valor, ingenio y la nobleza
Hacen mas estimada y generosa;
¿Quál diré, que tu seas, Luz hermosa
De Europa? tierra no, que tu riqueza
Y gloria no se cierra en tu estrecheza;
Cielo sí, de virtud maravillosa.
Oye, y se espanta, y no te cree el que mira
Tu poder y abundancia; de tal modo
Con la presencia ve menor la fama.
No Ciudad, eres Orbe; en tí se admira
Junto, quanto en las otras se derrama,
Parte de España, mas mejor que el todo.

CXIX.

No siento ya del modo que sentia
Del dulce Amor los hechos, ni el contento,
Que en el tierno dolor de mi tormento,
Y en mi sola tristeza descubria.
Porque esto (que perpetuo yo fingia)
No alcanza mi doliente sentimiento;
Y no se puede (¡ay hado violento!)
Guardar bien tanto en la memoria mia.
Pierdo triste el sentido con la pena,
Que tengo en verme en tal estado puesto,
Lleno de confusion, de bien desierto.
Del cuello floxo arrastra la cadena
A mi despecho, y voy al fin dispuesto
Para sufrir de grado el daño cierto.

SONETO

De Don Fernando Henriquez de Ribera, Marques de Tarifa.

Pasóse el tiempo en que viví engañado,
Mi voluntad á la de Amor rendida,
Habiendo sido mártir en mi vida
Con sangre de mis venas confirmado.
Ya puedo estar, Fernando, descuidado
De tener la esperanza desvalida
En parte, do no fuese agradecida
Con agradable rostro y regalado.
Pues ya estoy libre del temor del zelo,
Y ageno de su eterna pesadumbre,
Con que sufrí penando tantos años;
Podré mil gracias ofrecer al cielo,
Que abriendo á mi camino nueva lumbre,
Me traxo á la region de desengaños.

CXX.

Vos, que ageno del mal, en que rendido
Fuiste al duro Amor, alzais la frente,
Y libre ya de su dolor presente,
Señor, vivis alegre y no ofendido;
No penseis que del todo sacudido
Habeis el yugo á la cerviz doliente,
Ni esteis ufano; porque el fuego ardiente
En la muerta ceniza está ascondido.
Que no tal vez la lumbre de esperanza
Descubrirá camino, quando luego
Volvereis, como yo, al error pasado.
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,
Que no deis mas lugar al furor ciego,
Sereis de mí mas que varon llamado.

CXXI.

Si de nuestra amistad el nudo estrecho
Por desden, ó liviano movimiento,
(Que culpa no conozco en mí, ni siento)
Quereis que sea sin razon deshecho;
Aunque no me saldrá del firme pecho
Del justo amor el gran merecimiento,
Y he de llevar contino descontento
La injusta pena de este injusto hecho;
Romped los lazos ya de esta cadena,
Que suelto á mi pesar, si al cabo os place
Poner fin triste á nuestro dulce trato.
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena;
Pues tarde sé que en esto satisface
A tanta voluntad un pecho ingrato,

CXXII.

Temor me impide, esfuerza la esperanza,
Y quanto me entorpece, Alfonso, el hielo,
Tanto el ardor me alienta, y alza el vuelo,
Y llega do el deseo apena alcanza.
Fixo la vista, sin temer mudanza,
En la luz bella de mi eterno Cielo,
Y oso traer una centella al suelo,
Que abrasará con él mi confianza.
Si fue con pena inmensa la osadia,
Que robó el fuego á la celeste rueda,
Terror y exemplo á humano atrevimiento;
Podré alabarme en la fortuna mia,
Que aunque mi grande afan al suyo exceda,
Deseo que no acabe mi tormento.

CXXIII.

Soto, no es justo que tu canto suene,
Y honre solo al humilde Dauro frio;
Mas digno es dél el sacro Betis mio,
Que el nombre tuyo en tanta estima tiene.
Las venas de Castalia y de Pirene
Rebosarán por tí en su ondoso rio;
Y vendrá á conocelle señorio,
Quien fue sepulcro al hijo de Climene.
Aquí es la rica Arabia, y el dichoso
Nido en que tu inmortal Fenix enciende
El fuego que en tí afina su belleza.
Ven al florido asiento y oloroso,
Huye el desierto, do su luz se ofende,
Y de tu excelso ingenio la grandeza.

CXXIV.

El Frigio nudo deslazar procura
El grande vencedor del Oriente;
Y en vano cansa, aunque mil modos tiente
Contra aquella dificil ligadura.
Con arte no, con fuerza se aventura
Al fin, y rompe con la espada ardiente
Toda su confusion, y juntamente
Cumple ó burla del hado la ventura.
Yo, que mal puedo con industria alguna
Desatar este lazo que mi cuello
Oprime, y de valor muestra desnudo;
Hacer debo lo mesmo en mi fortuna:
Mas puedo mal, que no es cortar un nudo,
Fernando, quebrantar este cabello.

ELEGIA XII.

De aquel error, en que viví engañado,
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso, que sufrí cansado.
Pudo mi desconcierto crecer tanto,
Que anduve de mí mesmo aborrecido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.
Ya vuelvo en mí, y contemplo quán perdido
Rendí el lozano corazon sin miedo
A los dañados gustos del sentido.
Mas sé, que aunque me esfuerzo, apena puedo
Abrazar la razon, porque el engaño
No se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunque en mi bien me engaño,
Pensar quien soy, ni deducir del cielo
La clara orígen contra un dulce daño.
¡Quán mal se limpian del corpóreo velo
Las manchas, y quán tarde se desata
De su pasion quien anda en este suelo!
Mil buenos pensamientos desbarata
La ocasion, á deleytes ofrecida,
Quando menos el hombre se recata.
Mas estos son peñascos de la vida,
Do se rompe la nave en mar hondoso,
Si no va con destreza bien regida.
¿Quién es tan temerario y desdeñoso,
Que se entregue á la muerte en esperanza
Del caso siempre incierto y peligroso?
Quien quisiera hartarse en la venganza
De mis males, hallára á su deseo
Colmada la medida sin mudanza;
Si conociendo yo mi devaneo,
No diera al vano gusto de la mano,
Y alzára de la tierra al fiero Anteo.
Grande trabajo es, aunque no es vano,
Querer mudar una costumbre larga;
Grande es, pero es el premio soberano.
Traxe en los hombros esta grave carga
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,
En quien de todo el cielo el peso carga.
No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufria,
Y de mi ostinacion que no me espante.

Ahora voy por una llana via
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mia.
Considero apartado yo conmigo
Del roxo sol la inmensa ligereza,
Y en quanto infunde su calor amigo;
La tibia, instable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vario movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.
Juzgo quánto es el gusto y el contento
De gozar la belleza diferente,
Que en sí contiene este terrestre asiento.
Y quán dulce es vivir alegremente
Espacios luengos de una edad dichosa,
Y contemplar tan alto bien presente.
Do en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalce el vuelo
A la profunda claridad hermosa;
Y allí se afine de aquel torpe velo,
Que en sí lo traxo opreso; y no le impida
La gruesa niebla, ni el error del suelo.
¡Quánta miseria es perder la vida
En la purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozar de la luz del sol crecida!
¡Quán vana eres, humana hermosura!
¡Quán presto se consume y se deshace
La gracia y el donayre y apostura!
La bella virgen, cuya vista aplace,
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mesmo que agradó no satisface.

No así tan presto aparta el viento leve,
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor de helada nieve;
Como á la tierna edad la flor luciente
Huye, y los años vuelan, y perece
El valor y belleza juntamente.
¡Quán breve y quán caduca resplandece
Nuestra gloria! ¡quán súbito, en el punto
Que deleyta á los ojos, desparece!
Mas ¡ó si se pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos sin miedo y dolor junto!
Qual, de ambicion y de avaricia ciego,
Sulca el piélago inmenso, peregrino,
Y ve del sol mas tarde el claro fuego.
Qual, ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho deudo y el vecino.
Qual, de sí mesmo puesto en un destierro,
Niega su voluntad por otra agena,
Y sigue inferior el mayor yerro.
Lisonjeros halagos, dulce pena,
Buscando mal del desvarío humano,
Traen de gusto la esperanza llena.
Ningun monte ó desierto, ningun llano,
A do pueda llegar gente atrevida,
Nos librará del ciego error profano.
Ira, miedo, codicia aborrecida
Nos cercan, y huir no es de provecho,
Que las llevamos siempre en la huida.

Incierto y congojoso tiene el pecho,
Quien espera, no goza, ni sosiega,
Si sus vanos contentos no ha deshecho.
Quien sabe que se goza, y nunca entrega
Su fortuna dichosa al brazo ageno,
De la virtud á la alta cumbre llega.
Estos deleytes, que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me traxeron
Siempre de confusion y temor lleno.
Ni fueron firmes, ni fieles fueron,
Dañáronme huyendo; y si hubo alguno,
Que no, huyó con quantos me huyeron.
Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpetuo, en quanto
La tierra cria, y cerca el gran Neptuno.
Sola virtud, tú sola puedes tanto,
Que el gozo dar perpetuo y bien seguro
Puedes, si en amor tuyo me levanto.
Lugar puede hallarse tan oscuro,
Do se asconda algun tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al ayre puro.
La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vengador de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierto.
El delito y las culpas son agenas
De nuestra condicion; pero nacimos
Con flaquezas de mil miserias llenas.
Y tan mal nuestros bienes conocimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.

¿Do está el deseo ya del honor justo?
¿Do el amor verdadero de la gloria?
¿Do contra el vicio el corazon robusto?
Gran hazaña es gozar de la vitoria
Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria;
Pero es mucho mayor ante los ojos,
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrojos,
Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,
Do no alcance el nublado ni le ofenda.
¿Mas quién podrá subir sin viva lumbre?
¿Quién sin favor, que aliente su flaqueza,
Y le alce de esta grave pesadumbre?
Si yo pudiese bien en tu belleza
Fixar mis ojos, Musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza;
Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpece en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana.
Antes con libertad libre y segura,
Abrasado en tu amor, ocuparia
La vida en admirar tu hermosura.
Y aquí, do el Betis desigual varía
El curso, y vuelve y trueca la corriente,
Un apartado puesto escogeria.
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente;

En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarme del sosiego,
Que en la discreta soledad se alcanza.
Rompa los senos otro del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró Romano ó Griego;
Llegue, do el sacro Océano se trabe
Con el piélago austral, y no cansado
Cerque el golfo, que el hielo torna grave;
Que bien puede alabarse confiado
De haber visto, tratado y conocido,
Y mil varios peligros allanado;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto
Da á un corazon modesto y bien regido,
Fuera de todo humano desconcierto.

CXXV.

Mira, del sacro Amor ó bella esposa,
Este luciente espejo, que Uranía
Te ofrece; el qual de la inmortal Sofía
Es don, que muestra su virtud hermosa.
Afixa en él la vista generosa,
Su concierto percibe y armonía;
Y conociendo tu valor, desvia
Los ojos de esta niebla tenebrosa.
Porque si bien estimas tu grandeza,
No te podrá teñir el claro velo
Humo ó sombra de error y de mancilla.
Antes ardiendo en fuego de pureza,
Alzarás con tal fuerza el noble vuelo,
Que merezcas la eterna y alta silla.

CXXVI.

No bastó el daño al fin y estrago fiero
Del fuerte muro y del Sidonio techo;
Y el cuello haber traido al yugo estrecho
De quien domó al Tesin y al grande Ibéro;
Sino á un infame Dárdano extrangero,
A quien, ó Roma, padre tuyo has hecho,
Decir, que dí rendida el limpio pecho,
Y pagué al ímpio Amor injusto fuero.
¿Tanto pudo la envidia? ¿pudo tanto
La Musa de Virgilio mentirosa,
Que osó manchar mi nombre esclarecido?
Mas la verdad, mayor que su alto canto,
Dirá, que menos casta y generosa
Lucrecia fue que la Fenisa Dido.

CXXVII.

Podrá imitar la singular destreza
Del pintor el semblante generoso,
Y el rayo de esas luces amoroso,
Si tanto cabe en la mortal baxeza.

Mas como imitará tanta grandeza,
Tantos bienes, que el alto y poderoso
Olimpo os dió, si al que es en ver dichoso,
Ciega la luz de esa inmortal belleza.

No puede merecer la suerte humana
Bien de tanto valor, porque encogiera
En este corto espacio todo el Cielo.

Baxe Amor, ó Francisca soberana,
Y descubra esa imagen verdadera,
Para que nunca envidie al Cielo el suelo.

CANCION IX.

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,
Pues el silencio ocupa este desierto,
Romper la voz y quejas de mi llanto.
Sufrí la fuerza del dolor molesto,
Quando en el mal cabia algun concierto;
Ya ni esfuerzo ni seso valen tanto,
Que le resistan, quanto
Pensé y osé esperar; mas ó perdido,
Quán bien merezco verme en tal estado.
¿De qué sirve injuriar al afligido,
Que la pena que siento
Es harta confusion de mi cuidado?
Asconda al fin el triste apartamiento
De este cerrado bosque mi lamento.

Vos, que por luenga edad teneis en uso,
Arboles altos, de escuchar atentos
Quejas de otros amantes desdichados;
Oid tristes mi llanto y mal confuso,
Que nunca pena igual á mis tormentos,
Ni cuidado se vió, qual mis cuidados.
En pasos bien contados
Perdí el camino, no en la sombra oscura;
Que fuera á mi dolor algun consuelo
Hallar disculpa; mas la lumbre pura
Siguiendo atentamente,
Erré, por donde me guiaba el Cielo.
Pensando á la ocasion tener la frente,
Perdí todo mi bien, halléme ausente.

Procuré quebrantar mi esquiva suerte,
Poniendo el pecho osado á todo trance,
Que el dolor dió licencia á mi osadía.
Creció el furor de males, y en alcance
No vino de ellos, no, la dura muerte,
Que pusiera remedio á mi porfia.
Triste y acerbo dia,
Que siempre estará vivo en mi memoria;
¿Mas do me lleva mi pasion ageno?
Desesperado bien, y muerta gloria,
Vos ¡oh! vos me traxistes,
Adonde sin remedio en vano peno,
Y, como si debieran ser, me distes,
Sin un alegre dia, tantos tristes.

Ahora veo tarde el desengaño;
Mas llega á tiempo que aprovecha poco,
Que pierde en mi fortuna el bien su efeto.
Aunque pensar contar parte del daño,
O descubrir de este dolor que toco,
Será imposible; pero en este aprieto
Alguna vez prometo
Romper por el camino mas espeso
Para salir del mal, y es error mio;
Porque me lleva con el mesmo exceso
Por la revuelta senda,
Donde me cansa el ciego desvarío;
Y desespero el bien, y á suelta rienda
Voy, adonde no habrá quien me defienda.

Segura es la fortuna al miserable,
Porque de mayor daño falta el miedo.

Yo en última miseria estoy, y temo,
Si ya no mayor mal, mal variable:
No es mucho que lo tema, pues no puedo
Asegurarme; ¡ó mi dolor supremo!
Sácame de este extremo;
Entrégame á los brazos de la muerte,
Pues no sé quien mi afrenta satisfaga.
Y es de linage tal, y de tal suerte,
Que es mejor no tocalla,
No pudiendo sanar esta mi llaga.
Triste quien solo y sin vigor se halla
Herido y sin escudo en la batalla.

Bien sé que mi pasion secreta entiende
Solo quien conoció mi pensamiento,
Y que esta queja otro ninguno alcanza.
Mas, como quien ventura ya no atiende,
No oso mostrar mi grande sufrimiento,
Y confuso en mis ansias y mudanza,
Tomo de mí venganza.
¿Qué no pudiera al fin mover mi llanto,
Si otro con menor causa mover pudo
El negro lago y sombras del espanto?
Oyóse su requesta;
Náufrago, temo el piélago sañudo;
Pero no era razon de quejas esta
En ocasion tan grave y tan molesta.

Quiero hablar mas claro, y la vergüenza
Que tengo de mí solo no concede
Que pueda respirar el dolor fiero.
Crece el mal siempre, y siempre en él comienza

La esperanza del bien; ninguno puede
No engañarse en su daño lisonjero,
Si sigue al mal primero
El bien, que se conforma á su deseo.
Descubrióme la usanza de mis males
Por el pasado engaño este que veo;
Que me tuvo dudoso,
En quanto descubria sus señales;
Y quedé tan cobarde y sospechoso,
Que ni aun mirar de lejos el bien oso.

CXXVIII.

Si para que yo sienta quanto fuego
Abrasa vuestro pecho á la luz pura,
Y á los rayos de eterna hermosura,
Quereis que llegue deslumbrado luego;
No me digais que mire con sosiego
Su resplandor y su gentil figura;
Mas que huya su ardor, si la ventura
Puede librarme ya encendido y ciego.
¿Qué maravilla es que en viva llama
Os consumais teniendo el sol presente,
Y siendo vos á su calor de cera?
Conoce el mal ageno quien bien ama,
Y mi pasion en su presencia siente
La fuerza de la vuestra mas entera.

CXXIX.

Fue gloria de mi alto pensamiento
Osar y ver vuestra beldad serena,
Y de firmeza arder mi alma llena,
Desesperando el fin de su tormento.
Si como mereció mi atrevimiento
La honra y el valor de tanta pena,
Consintiera el cruel que me enagena,
No ofenderos el bien del mal que siento;
Pensára merecer con la fe mia
Nombre de vuestro; mas á tanta alteza
La humilde mortal suerte no conviene.
Mas ya que no vos canse mi osadía,
No pretendo consuelo á mi tristeza,
Sino que consintais que por vos pene.

CXXX.

Pues cubre el orbe en asombrado velo
La negra oscuridad, y las estrellas
Miran, errando en torno en formas bellas
Dudosas el desierto y hondo suelo;
Tú noche, á quien mis lástimas revelo,
Y al gemido respondes triste de ellas,
Oye mi mal, atiende á mis querellas,
Así á tí sola sirva el vago Cielo.
Que no quiero que el dia vea el llanto
De estos ojos mezquinos, que en tal pena
No conviene la luz al dolor mio.
Escucha tú, que del color el manto
De mi ventura tienes, ó serena
Noche, mi queja en tu silencio y frio.

CXXXI.

Estos, que al ímpio Turco en cruda guerra
Al Moro, al Anglo y al Escoto airado,
Y vencen al Tudesco y al dudado
Frances, y al Belga en su cercada tierra;
Y los estrechos, que el mar hondo encierra,
Sobran, pasando por lugar vedado
Con valor, qual vió nunca el estrellado
Cielo, que tantas cosas mira y cierra;
Bien muestran en la gloria de sus hechos,
Que son tus hijos, ó felice España,
Honra del alto Imperio de Ocidente.
Alabe Roma los famosos pechos
De los suyos, que nunca (y no me engaña
El amor) fue á esta igual su osada gente.

ELEGIA XII.

Si el presente dolor de vuestra pena
Sufre escuchar de la pasion que siento,
Esta mi Musa de dulzura agena;
Estad, Señor, un breve espacio atento
A las llorosas lástimas que canto
Solo, puesto en olvido y descontento.
Que, si yo puedo declarar bien, quanto
Estrago hace Amor en mis entrañas,
En vano no será el quejoso llanto.
¿Mas cómo las cruezas y hazañas
Del fiero usurpador de la alma mia
Decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?
Seguro, alegre, en quietud vivia
Con libertad y corazon ufano,
Mostrando contra Amor grande osadía.
Pensaba, mas al fin pensaba en vano,
Que contra la dureza de mi pecho
No pudiera el rigor de este tirano.
No me valió, que al cabo á mi despecho
Rendí á su yugo el quebrantado cuello,
Y fue mi orgullo sin valor deshecho.
Un sutil hilo pudo de un cabello,
Mas bello que la luz del sol dorado,
Traerme preso sin jamas rompello;
Y unos ojuelos de color mezclado,
Que prometen mil bienes, sin dar uno,
Tomaron el imperio en mi cuidado.

Vilos, y me perdí; mas ó importuno
Remedio, que no viéndolos me pierdo
Del mayor mal que tuvo amante alguno.
El seso pierdo quando estoy mas cuerdo;
Pero amor es furor, quien no está loco
Dirá que hablo sin algun acuerdo.
Las cosas que de amor apunto y toco,
No alcanza esa profana y ruda gente;
Vos sí que de su mal no sabeis poco.
Yo voy por un camino diferente
En los males que tengo, y nunca espero
Sanar de este dolor que la alma siente.
Al bien medroso, al mal osado y fiero;
Y estoy de gloria y ufania lleno,
Quando en la fuerza del tormento muero.
Si puedo alguna vez hallarme ageno
De mi pasion, ocupo la memoria
En quan poco merezco lo que peno.
No cabe en mí pensar que tanta gloria
Se debe á mi dolor, ni que se entienda
De mi afan la dichosa y rica historia.
No hallo ya razon que me defienda
De perdicion; pues corro tras mi engaño,
Y me despeño sin cobrar la rienda.
De un dia en otro voy al fin del año
Desvanecido y lleno de esperanza,
Sin abrazar el claro desengaño.
Pienso y entiendo que hacer mudanza
Podrá valerme; mas la cruda vira
De Amor, ó cerca ó lejos todo alcanza.

Mil veces contra mí me pongo en ira,
Y culpo mi temor y mi flaqueza
Que del honrado intento me retira.
¿Mas quién tiene tan grande fortaleza?
¿Quién ve libre del mal aquel semblante,
Y pura flor de angélica belleza?
No soy peña ni duro diamante,
Tal furor tierno vive en estos ojos,
Que de su luz se enciende en un instante.
Son pequeños, no alcanzan mis enojos
A merecer la gloria del mal mio,
Ni verse juntos entre sus despojos.
Nevoso ivierno y abrasado estío
Destruyen mi esperanza de tal suerte,
Que me acaba el calor y mata el frio.
Mas que otro pudo ser, mi pecho es fuerte;
Pues no fallece en tal dolor, sufriendo
Los extremos efetos de la muerte.
Qual suele Febo aparecer, trayendo
La luz y los colores á las cosas,
Quando del sacro mar sale luciendo;
Tales sus dos estrellas gloriosas
Dan á mi alma claridad divina,
Que me enciende en mil llamas amorosas.
Y qual se muestra el Cielo, si declina
La luz, y con la sombra tenebrosa
El horror de la noche se avecina;
Tal yo, sin su beldad maravillosa,
Estoy confuso y lleno de rezelo,
Desierto y triste en soledad penosa.

Las ricas hebras del dorado velo
Vencen á las que cercan á Ariana
En el eterno resplandor del Cielo.
¡Quánto me engaña esta esperanza vana
En contar de mi afan la triste historia,
Y el desden de mi Estrella soberana!
No sufre mi fortuna tanta gloria,
Que espere merecer alguna parte
De mi dolor lugar en su memoria.
El fiero estruendo del sangriento Marte,
De que tiembla medroso el Lusitano,
Atónito de tanto esfuerzo y arte;
Incita este mi canto humilde y llano
En su alabanza; pero apena puedo
Juntar las Musas al furor insano.
Otro que tenga espíritu y denuedo
Podrá cantar igual á tan gran hecho,
Que yo en decir mis males estoy ledo.
El dolor que padece vuestro pecho
Permita, y la serena luz ardiente,
Y el oro que os enlaza en nudo estrecho;
Que yo, ó sublime gloria de Ocidente,
Ose mostrar en este rudo canto
Lo que el deseo publicar consiente.
Que si, como pretendo, yo levanto
La voz, el Indo extremo, el Lapon frio,
Y aquel que el alto Febo abrasa tanto;
Y quien habita el Amazonio rio
Honrarán vuestro nombre generoso,
Admirados de oir el canto mio.

¿Quando será aquel dia, en que el hermoso
Rayo de Amor y celestial Lucero
Hiera este campo y rio venturoso?
Betis, que al grande Océano ligero
Con curso ufano contrastar porfias
Sin espantarte su semblante fiero;
Con creciente mayor, que la que envias,
Rebosa, y salgan del ondoso seno
Tus Ninfas á ayudar las voces mias.
Descubra el Cielo el resplandor sereno,
Y virtud nueva infunda á tu ribera,
Y al campo de mil flores siempre lleno.
La luz de hermosura verdadera,
Por quien suspira el venturoso amante,
Por quien en esperanza desespera;
De rosas con faz pura, semejante
A la bella y divina cazadora,
Se te muestra, y ya casi está delante.
Pinta pues variando, orna y colora
De perlas y esmeraldas tus cristales,
Y tus arenas enriquece y dora;
Y ciñe con mil ramos de corales
La venerable frente, á cuya alteza
Son los mas grandes rios desiguales:
Y ofrece humildemente á su belleza
Los nobles dones que abundante cria
De tu fértil corriente la riqueza.
Venid diciendo: ya Señora mia
Merezca ya por vos aquesta tierra
El bien que mereció esa tierra fria.

En esta parte el largo Cielo encierra
(Tanto puede alcanzar la suerte humana)
Quanto aparta de otras y destierra.
Sola vuestra grandeza soberana
Le falta para ser siempre dichosa;
Venid pues, ó clarísima Diana.
Este prado y ribera venturosa,
Este bosque, esta selva, y esta fuente
Vos llama y vos suspira deseosa.
Ceñid vuestra serena y limpia frente
De este florido cerco entrelazado
De los ricos esmaltes de oriente.
Humilde don, mas debe ser preciado,
Que yo doy solo á vos estos despojos,
A pagar mayor censo condenado.
Ya son eternas flores los abrojos,
Y el frio ivierno vuelto ya en verano
Con la cercana luz de vuestros ojos.
En medio de este abierto y fértil llano
Alzará de mis Ninfas todo el coro
Un templo á vuestro nombre soberano.
Y con guirnaldas en las hebras de oro
Texerán vueltas, y traerán consigo
Las que en sus ondas cria el seno Moro.
Y todas juntas cantarán conmigo
Del sagrado himeneo en alabanza,
De que el Cielo ha querido ser testigo.
Venid, ó gloria nuestra y esperanza;
Deshaga vuestra vista el sentimiento,
De quien tanto se ofende en la tardanza.

Mas ¿dónde me arrebata el pensamiento?
¿Dó en tan alta grandeza me levanto
Con vano y temerario atrevimiento?
Vos teneis, gran Marques, de esto que canto
La culpa, y me hicistes atrevido,
Que yo de mí no pienso ni oso tanto.
Mi ruda musa solo en mi gemido
Se ocupa y en memoria de los daños,
Que á tan mísero estado me han traido.
Sabrosa perdicion, dulces engaños,
Siempre temido mal, eterna pena,
Que sufrí triste de mis tiernos años.
Gloria de mil desdichas dieron llena
Al simple canto, á cuya rustiqueza
Abrió el Amor una profunda vena.
Mas para celebrar la gran belleza
De la inmortal Diana y su luz pura,
Y del mucho amor vuestro la grandeza,
Ni puedo ni merezco tal ventura.

SONETO (*).

Musa, esparce purpúreas frescas flores
Al túmulo de sacro Laso muerto;
Los lazos de oro suelte sin concierto
Venus; lloren su muerte los amores.
Arda la rota aljaba y pasadores,
La mirra y casia, y quanto el encubierto
Fenix quema; y con verso grave y cierto
Cante su gloria Febo y tus dolores.
Laso, por quien el Tajo al rio Tebro,
Y excede al Arno puro, sepultado
Yace entre verdes hojas de amaranto,
Incline al nombre claro, que celebro,
Sus coronas Parnaso, y admirado
Venere el alto y noble y tierno canto.

(*) Estas poesías de Herrera, que se hallan esparcidas en sus Comentarios á Garcilaso, ha parecido conveniente añadirlas aquí, porque de un Poeta tan excelente aun los fragmentos son muy de estimar. Y ya que la envidia y la injuria del tiempo nos han usurpado las demas poesías suyas, con tanto daño de nuestras bellas letras, esto poco que se conserva no es justo quedase casi sepultado en la mencionada obra que ya se ha hecho muy rara.

SALICIO.

EGLOGA (*).

Entre los verdes árboles, do suena
Betis con altas ondas extendido,
Llevando al mar la frente de ovas llena;
Alcon y Tirsis tristes con gemido
Lloraban de Salicio tiernamente
El miserable caso sucedido.
Qual simple tortolilla gime y siente
El caro esposo, que perdió muriendo,
Y su dolor descubre en son doliente.
Viólos llorar el rubio sol, naciendo
Del bosque al uno y otro descuidado,
Viólos llorar la luna apareciendo.
Alcon sobre el un brazo recostado,
Salicio, dixo, del ganado fuerte
Un tiempo gloria y su mayor cuidado;
Dolor cruel ahora, y dura suerte
Entre nosotros siempre aborrecida,
¿Quién te llevó con rigurosa muerte?

(*) Esta égloga y el soneto anterior los compuso Herrera en honor de Garcilaso en su edad floreciente: *Quando*, dice, *son menos culpables los descuidos, y el error de la noticia de estas cosas*. Pero esto se debe considerar como efecto de su mucha modestia; pues ambas piezas son muy bellas y excelentes.

Contigo el dulce amor perdió la vida;
No resuena tu canto en la aspereza
Al tierno son del aura desparcida.
Qual Febo, quando oia su tristeza,
Y suspiros de amor y afan penoso
De Anfriso la corriente ligereza.
Cubra el Cielo el color claro y hermoso;
Llorad vos, Ninfas del sonante rio,
Multiplicando el curso doloroso.
Llorad lauros y plátano sombrio;
Y tú, Fauno, en el suelo reclinado,
Y contad en su muerte el dolor mio.
Valles, crezca el suspiro apresurado
Por una y otra parte; y no cesando
Suene en llanto confuso todo el prado.
Decid hijas de Betis suspirando,
Y el cisne entre sus ondas espumosas
Alce el lloroso cuello lamentando,
Ay, ay pinta, Jacinto, en tus hermosas
Y tristes letras con el mal presente,
Y derrama mil quejas lastimosas.
O Febo, Febo, ahora en el corriente
Xanto ó en Delo estés, ven ya ceñido
De funesto ciprés la triste frente;
Quebranta el arco de oro guarnecido,
Despedaza los duros pasadores;
Pues tu gloria y cuidado es ya perdido.
Ven, no esparciendo al ayre tus olores,
Citeréa, ni en mirto coronada,
Ni mezclando las rosas á las flores:

Mas con cerúlea veste congojada,
Y en triste hábito venga la alegría
Con negras hachas y con luz turbada.
Y tú, lloroso Amor, en compañía,
Rotas flechas, y aljaba y arco, alzando
Con las Gracias del llanto la armonía.
Traed, valles, suspiros vos llorando;
Y el lamentable acento vaya luego
Por campo, y selva y bosque resonando.
O crudas parcas, duro hado ciego,
¿Correrá el rio con perpetua fuente?
¿Vivirán estas peñas en sosiego?
¿Salicio, honor de la silvestre gente,
No se verá en la selva, en este Cielo
Nunca se verá mas estar presente?
Como la flor purpúrea, á quien el hielo
Del penetrable ivierno y rigor frio,
O dañó el roxo Sirio el tierno velo.
Corred ya, largas ondas del gran rio,
Durad vos, peñas, alargad la vida,
Que á vos el hado es amoroso y pio.
Mas ya no otro Salicio en la escondida
Selva, ni en alto monte y valle abierto
Sonará su zampoña conocida.
Gimen los montes mudos y el desierto,
Y las matosas peñas inclinadas,
Do el ayre hiere; ya Salicio es muerto.
Sus ondas Tajo en lágrimas trocadas,
Bañó la gruta oscura en tristes sones,
Y las montosas vueltas y apartadas.

La vana imágen busca tus razones
Por las selvas callada, que no siente
El blando y tierno son de tus canciones;
Que ya no te responde dulcemente,
Y no imita tus labios, y se asconde
Filomela con mustia voz doliente.
Y al canto de palomas ya responde
El llanto con murmurio suspirando,
Que al dolor de tu muerte corresponde.
¡Y nosotros los versos resonando
Con simple avena alzamos tus loores!
Decid Nayades tristes lamentando.
¿Quién sonará entre rústicos pastores
La zampoña, que al mesmo Febo espanta,
Y aun espira tu canto y tus amores?
Llora, y los versos Galatéa canta,
Que te oía, aunque dura, helada y fiera,
Y con su voz al Cielo los levanta;
Y no los del Cíclope en la ribera.
Cuyo nombre en el canto celebrado
De mi memoria está del todo fuera.
A tí de verde yedra coronado
Todos nuestros pastores rodearon,
Y te dieron la gloria en todo el prado.
Oyendo tus canciones se admiraron
Las Driades; los Faunos su aposento
Por oirte cantar desampararon.
Lloróte, Pastor sacro, el frio asiento
Del claro Tormes y ribera umbrosa
Con mas dolor y con mayor lamento;

Que á sus pastores dos con voz quejosa
Sicilia; y á Sincero y Meliseo
Sebeto con corriente no abundosa.
Nunca sintió mezclada con Alfeo
Aretusa en sus ondas tal gemido,
Ni el Ebro por la muerte de su Orfeo.
Yo te lloro, Salicio, enternecido;
Tú el canto que engendró el dolor consiente;
Pues mas de amor que de arte va vestido:
Que si algun tiempo el rudo son doliente
De Betis pasa la ribera llena,
Que mete en el gran mar la altiva frente;
Tú verás en el verso que resuena
Tu memoria y tu nombre glorioso,
Do el puro Tebro y donde el Arno suena.
Aquí el pastor con llanto lastimoso
Paró, y al triste canto dió un gemido
Del hondo rio el curso presuroso.
Tirsis luego siguió el son esparcido,
Y atentas á su voz fueron cesando
Las ondas en el vaso recogido.
No resoneis ya, Ninfas, lamentando;
Dexad vos, montes y peñascos frios,
Las quejas que extendisteis suspirando.
Ahora derramad, Pastores mios,
En la pintada tierra frescas flores;
Traed sombra á las fuentes y á los rios.
Venid vosotros, Faunos amadores,
A las Dríades bellas descubriendo
Vuestro amor, vuestros zelos y dolores;

Porque Salicio, al Cielo alto subiendo,
Así lo quiere; y llenos de alegría
Alzad el canto, versos componiendo.
Y junto aquella pura fuente fria
Este verso cantad en el sagrado
Lauro, que de sus hojas lo ceñia;
Porque si algun pastor allí cansado
Llegare, pueda bello, y dar memoria
Del túmulo que cerca está labrado.
Salicio, al campo y á pastores gloria,
En brazos de las Musas muere puesto,
Y en el Cielo está vivo con vitoria.
Yo te pondré, Salicio, despues de esto
Dos consagradas aras, levantando
Una á tí y otra á Febo en este puesto,
Pues le igualas en canto dulce y blando;
Y aquí pondré dos vasos espumosos
Ambos con leche nueva rebosando.
Vendrán aquí pastores venturosos,
Menalca, Olimpio y Epolo, que en danza
Imitará los Sátiros bellosos.
Y quando honráre con antigua usanza
Tu sepulcro, esparciendo el dulce vino,
Serás de los pastores esperanza;
Y pedirémos tu favor divino,
Para guardar el pasto y campo lleno
Contra el rigor del duro Cielo indino.
Tu túmulo adornando el verde seno
De Flora cubrirá, que al fresco prado
Las rosas quitará y color ameno.

Aquí vendrán en coro concertado
Faunos, Sátiros, Pan, Cintio hermoso,
Las Náyades de Betis venerado;
Las Ninfas del monte alto y confragoso,
Las de árboles y selvas, consagrando
En honra tuya el canto numeroso.
Aquí soplará manso el viento blando
Del templado Favonio; habrá contino
Verano nuevo, y Cloris con su bando.
Palma, plátano, povo, álamo y pino,
El grande ciclamor, el lauro verde,
Que á tu divina frente bien convino;
Extenderán con son, que nos acuerde
De tí, las hojas; y con rico manto
Mostrará el prado que el color no pierde.
Nacerá siempre eterno el amaranto,
Narciso, elyocriso deleytoso,
Y suave jacinto y tierno acanto.
Torcerá el curso el rio no espumoso
Con blandas ondas largo y extendido,
Para regar el campo espacioso.
Cantarte han con dulcísimo sonido
Las selvas y los bosques altamente
En verso noble y canto esclarecido.
Arbol no habrá, que á Febo mas contente,
Que el que tu nombre escrito en sí tuviere,
Tu nombre entre pastores excelente.
Y quando el viento de traves hiriere,
Resonará en el ayre con tu gloria
El árbol, que sus hojas conmoviere.

Por tí al Tajo dará el nombre y vitoria
El puro Eurotas y el nevoso Ebro,
Que refiere de Orfeo la memoria:
Y el mismo grande y caudaloso Tebro
Inclinará sus ondas, admirado
Del canto y del avena que celebro.
En tanto que en el monte levantado
El jabalí espumoso tenga asiento,
Y cayere el rocío al verde prado;
En todo el pastoral ayuntamiento
Será tu nombre eterno, y la dulzura
Y tierna voz del amoroso acento.
Calló Tirsi, y del bosque la espesura
Hirió el viento en señal de su grandeza,
Y resonó Salicio con voz pura
El rio, y de los montes la espesura.

ELEGIA (*).

Qualquier que fue quien al amor tirano
Pinto en edad tan tierna, ¿no os parece
Que tuvo buen consejo y diestra mano?
Advirtió bien que el amador carece
De seso, y como niño sin cordura
Por bien ligero un grave mal padece.
No sin causa le puso en la pintura
Dos alas extendidas, con que vuela
Encerrado del alma en la estrechura.
Porque en incierto mar, rota la vela
El amante navega al viento airado,
Y de varios peligros se rezela.
Con flecha aguda el brazo tiene armado,
Y suena, amenazando cruel castigo,
La fiera aljaba al uno y otro lado.
Antes que se descubra el enemigo
Sentimos la herida, y nadie sana
De la rabia y dolor que trae consigo.
En mí queda esta imágen inhumana,
Todas, si no las alas, en mi quedan
Sus armas, y el furor de tigre Hircana.

(*) Esta traduccion de la elegia XII del lib. 2 de Propercio es del Maestro Francisco de Medina, amigo y panegirista de Herrera, la qual se halla en dicha obra.

En mí perdió el volar, porque no puedan
Huirse de mi pecho sus dolores,
Ni de su cruda guerra un punto cedan.
¿Qué deleyte es morar en los ardores
De estos enxutos huesos, Niño ciego?
Pasa á mejor lugar tus pasadores.
Mejor será que viertas toda luego
Esa mortal ponzoña sobre quanto
Jamas tocó la llama de tu fuego.
Sombra soy de los reynos del espanto,
Ya no siento tus golpes, ni es vitoria
Afligir al que está deshecho en llanto.
Perderás, si me pierdes, tu memoria:
¿Quién la celebrará en perpetua fama?
¿Qué versos te serán de tanta gloria?
Por los mios reluce en viva llama
El cabello, las manos y los ojos,
Y el paso delicado de la dama
Que aumenta y enriquece tus despojos.

OCTAVAS.

Quando en vos pienso, en alta fantasia
Me arrebato, y ausente me presento,
Y crece, contemplándoos, mi alegria,
Donde vuestra belleza represento.
Las partes con que siente la alma mia
Enlazada en mortal ayuntamiento,
Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas.

Aunque en honda tiniebla sepultado,
Y estó en grave tiniebla y ascondido,
Casi en perpetua vela del cuidado
Se me adormecen, y en el bien crecido
De esta memoria con amor formado
Se vencen, y allí todo suspendido
El espíritu os halla; y tanto veo,
Quanto pide el amor y mi deseo.

REDONDILLAS.

Faeton con ardor ciego
Del sol llevó los caballos,
Con que el mundo abrasó en fuego,
Porque no supo guiallos.
Y de un rayo derribado
Puso fin á su ventura
En el rio sepultado,
Cuyo nombre siempre dura.
Yo, que de mi sol hermoso
Presumí la pura lumbre,
Y atrevido y animoso
No desmayo en la alta cumbre;
Si quiere Amor que del cielo
Encendido baxe y muerto,
Lugar pequeño es el suelo
Para tanto desconcierto.

ELEGIA (*).

Desterrado el ivierno frio y cano,
La tierra se vestia en mil colores
Con vivo lustre y fuerza del verano;
Y esparcidas las rosas y las flores
Con aura fresca espiran dulcemente
En el ayre tendido sus olores;
Quando la alba salia de oriente,
Cubierta de oro y púrpura hermosa
El variado manto refulgente;
Y alegrando á la tierra deleytosa,
Con rociadas gotas regalaba
A la yerba florida y abundosa.
Yo entónces en el campo me hallaba
Cogiendo el fresco del templado aliento,
Que blandamente entre árboles sonaba.
Traía la marea un movimiento
Suave y tierno, en torno desparcido,
Que heria con dulce sentimiento.
Ví el campo en flores varias revestido
Que del rocío estaban esmaltadas,
Con que mas su belleza ha florecido.
Ví las húmidas rosas levantadas
Abrir las hojas bellas, que primero
Tenian todas juntas y cerradas;

(*) Es traduccion libre de Ausonio, que empieza: *Ver erat, & blando mordentia frigora sensu &c.*

Y alegres con la vuelta del lucero
Mostraban su color entremezclado
Mas hermoso que nunca, y mas entero.
No sé si la Alba habia á rosas dado
O tornado el color, y si á las flores
Habia el dia nuevo retocado.
Uno el rocío y unos los colores,
Uno el dia, y de Venus amorosa
Ambos, y por ventura unos olores.
Mas aquel con mas fuerza poderosa
Por el ayre se tiende en grande alteza,
Acá mas cerca espira el de la rosa.
La reyna de las gracias y belleza
En su flor mesma y astro reluciente
Pinta del puro roxo la fineza.
Las flores ya extendian juntamente,
Con hermosas figuras reluciendo,
Su color y postura diferente.
Unas en punta suben, esparciendo
Sus tiernas hojas al abierto Cielo,
Otras una corona van texiendo.
Otras se tuercen al herboso suelo,
De verde, azul y jalde señaladas,
Con violado ó con purpúreo velo.
Y casi unas con otras enlazadas,
Heridos los colores van mudando,
Y á los ojos engañan ayuntadas.
Esto miraba atónito yo quando
Ví toda su belleza ir de caida,
El resplandor y olores olvidando.

Maravilléme, viendo así perdida
La beldad y la edad de tantas flores,
Y muerta ya la rosa aun no nacida.
Tanta belleza, y varios resplandores
Un dia mesmo adorna y descompone,
Ofreciendo y robando sus colores.
Nosotros nos quejamos porque pone
Naturaleza con avara mano
Tan breve gracia en flores que compone.
Aun no salen los dones del verano
Quando ella los derriba con la muerte,
Dexando al tiempo del despojo ufano.
Quan largo el dia, es tan larga suerte
De las rosas, que junto en un momento
Su juventud en senectud convierte.
La que ya vió nacer el blando aliento
Del nuevo sol, morir aquesta vido,
Quando del mar baxaba al hondo asiento.
Mas bien les ha la suerte concedido,
Si asi mueren tan presto, que naciendo
Sucedan á su término cumplido.
Coged las rosas vos que vais perdiendo,
Mientras la flor y edad, Señora, es nueva;
Y acordaos que va desfalleciendo
Vuestro tiempo, y que nunca se renueva.

SONETO (*).

¡O soberbia y cruel en tu belleza!
Quando la no esperada edad forzosa
Del oro, que aura mueve deleytosa,
Mude en la blanca plata la fineza;
Y tiña al roxo lustre con flaqueza
En la amarilla viola la rosa,
Y el dulce resplandor de luz hermosa
Pierda la viva llama y su pureza;
Dirás (mirando en el cristal luciente
Otra la imagen tuya) este deseo,
¿Por qué no fue en la flor primera mia?
¿Por qué ya que conozco el mal presente
Con esta voluntad con que me veo,
No vuelve la belleza que solia?

(*) Traducido de otro de Tomas Mocenigo, que empieza:

O sempre á me piu disdegnosa e fiera &c.

REDONDILLAS (*).

No asi en el nuevo verano
Despoja al prado hermoso
El vapor mas inhumano
Del estío caluroso;
Quando abrasa el mediodia
Con el sol que está inflamado
En su carrera tardia,
Y arroja en el mar sagrado
A la breve noche fria;
Y el lilio el color perdido,
Se desmaya y desfallece,
Y del verde astil florido
La dulce rosa perece;
Como el lustre reluciente
Que arde en la tierna belleza,
Robar y perder se siente,
Y deshace su viveza
Qualquier pequeño accidente.
Ningun dia no llevó
Despojos de hermosura,
Y huyendo nos mostró
La beldad no estar segura.

(*) Traduccion de unos versos de Séneca en el Hipólito, que empiezan:
Non sic prata novo vere decentia &c.

¿Qué sabio fia en bien vano?
Goza, si el tiempo lo dexa;
Mas ya te apremia liviano,
Y á la hora que se aleja
Otra peor va á la mano.

EPIGRAMA (*).

Quando el osado Leandro,
Olvidado de temor,
Iba por el mar estrecho
A gozar su dulce amor;
Cansado y puesto en peligro
Del mar lleno de furor,
Ya que las hinchadas aguas
Causaban su perdicion;
A las ondas que lo siguen
Dixo asi el triste amador:
(Como si jamas las ondas
Se muevan á compasion)
Perdonadme mientras llego
A do dexé el corazon,
Y mostrad en mí á la vuelta
Vuestro ímpetu y furor.

(*) Traducido del de Marcial.
Cum peteret dulces audax Leander amores &c.

TRADUCCION DE VIRGILIO.

Georg. 3, v. 258 et seq.

¿Qué el joven á quien vuelve grande fuego
El duro Amor en medio de sus huesos?
Tardo en la ciega noche, el mar turbado
Con rotas tempestades abre y corta;
Y encima del la grande puerta truena
Del alto Cielo, y los heridos mares
Bravos sonidos dan en los peñascos;
Ni lo pueden tornar los padres míseros,
Ni la vírgen que sobre el cuerpo muerto
Ha de morir de cruda y fiera muerte.

TRADUCCION DE ESTACIO.

LIB. VI.

Mas á tí, Admeto, te fue dado en premio
Con orla y friso Lidio un rico manto,
Y con púrpura ardiente recamado;
Nada en él el mancebo que desprecia
El mar de Frixo, y en pintadas ondas
Trasluce el jóven de color cerúleo.
Parece que torciendo va las manos,
Y que trueca las manos, y el cabello
En el estambre se rocia todo.
En la otra parte en la alta torre puesta
A la siniestra en vano congojosa
Está de Sesto la hermosa vírgen,
Y la luz sabidora casi muere.

OCTAVA.

Tú, que en el crespo piélago llevada
Con la concha de perlas de oriente,
Y de roxos cabellos esmaltada,
Guiaste en sombra oscura el pecho ardiente
Por la canal tendida, que alterada
Con furor resonaba; á do presente
La vírgen temió el ponto; y él cortando,
Dexó el náufrago claustro atras volando.

REDONDILLAS (*).

Aqueste lugar desierto,
Y con silencio al quejoso
Gobierna, y el bosque abierto
El zéfiro deleytoso.
Aquí mi dolor callado
Publicaré sin castigo,
Si tener fe del cuidado
Las peñas pueden conmigo.
Vosotros sereis testigo
Si algun árbol tiene amor,
Haya y verde pino, amigo
Del Dios de Arcadia y pastor.

OCTAVA (**).

Del sutil hilo habia ya Vulcano
Hecho la red de acero con tal arte,
Que hubiera sido la fatiga en vano,
Por desmallarle la mas debil parte;
Y era aquella que ya pies y mano
Ligado habia á Citeréa y Marte,
No á otro efecto la ha el zeloso hecho,
Que por prendellos juntos en el lecho.

(*) Traduccion de dos pasages de Propercio, *Eleg. 18, lib. 1.*

(**) Traduccion de la octava 56 del canto 15 de Ariosto.

TRADUCCION (*).

Corra mi edad callada,
Y sin ser de los nobles conocida;
Y quando asi mis años
Sientan los duros daños
De la muerte indinada,
Viejo sin nombre acabaré mi vida
Entre la humilde plebe desvalida.

TRADUCCION (**).

Dime, te ruego, Lidia,
Di por todos los Dioses, ¿por qué á Sibaris
Quieres perder amándote?
Dí, ¿por qué ha aborrecido el campo Marcio,
Pues tiene fuerza y ánimo
Para sufrir el polvo y el sol cálido?
¿Por qué entre iguales jóvenes
A caballo no prueba la milicia,
Ni rige con freno áspero
La dura boca del bridon de Francia?
¿Por qué se muestra tímido,
Y no toca del Tebro el vaso líquido?

(*) De Séneca en el Thiestes.
Nullis nota Quiritibus &c.
(**) De la oda de Horacio.
Lydia, dic per omnes &c.

¿Por qué la lucha rígida
Huye mas que la sangre de la víbora?
¿Y no descubre cárdenos
Los fuertes brazos con las armas hórridas;
Llevando la vitoria
Con disco y dardo que traspase el término?
¿Por qué en grave silencio
Se asconde como el animoso Tésalo,
Poco antes que en Asia
Se destruyese el Ilion de Dárdano,
Porque en varonil hábito
No fuese á muerte del Troyano exército?

TRADUCCION (*).

Levantó en alto la sublime frente
De su corriente blanda y agradable,
Y relucieron los dorados cuernos
Con rociado rostro, desparciendo
Viva lumbre por todas las riberas.
No cubre, y ciñe con humilde caña
El vulgar ornamento de otros rios
A su mojada crin, porque dan sombra
A su cabeza los floridos ramos
De las hijas del sol, y el ambar puro
Corriendo va por todos los cabellos.

(*) De Claudiano en el IX Consulado de Honorio.

OCTAVA (*).

Subióte en alto, y quiso la fortuna,
Que conservases el lugar honrado;
Sufre, Livia, esta carga, aunque importuna,
Que los ojos, orejas, y el cuidado
De todos á tí llevas, y ninguna
De tus obras á olvido habemos dado;
Y no puede la voz ser ascondida
De la boca del Príncipe traida.

(*) Traduccion de un fragmento de Albinovano á Livia, que dice asi:

Imposuit te alto fortuna, locumque tueri
Iussit honoratum; Livia, perfer onus.
Ad te oculos, auresque trahis, tua facta notamus;
Nec vox missa potest Principis ore tegi.

OCTAVAS (*).

A quien cayendo el rayo atravesado
No lo sacudirá, ni Euro ligero,
Que arrebate consigo el mar turbado,
O en el cruel estrecho el tumor fiero
De Adria siempre de vientos alterado;
Ni lo domó el belígero guerrero
En dura lanza, ó con desnuda espada
Con acero finísimo templada.

Mas en lugar seguro y libre puesto,
Fuera de todo humano movimiento
Quanto á los otros alto está y repuesto,
Inferior lo ve á su pensamiento;
Y de su hado al gran rigor molesto
Al paso sale de su propio intento,
Y en el extremo curso de su suerte
Ni se queja, ni duele de la muerte.

(*) Traduccion de un pasage del Thestes de Séneca, que empieza:
Quem non concutiet cadens &c.

TRADUCCION (*).

Aunque en el caso yo de tal amigo
Herido gravemente, y lastimado
Codiciase á mis lágrimas consuelo,
Porque mis lumbres en perpetuo llanto
No manasen, ni este dolor tan grande
A quemarme los pechos comenzase;
Pero luego que aquesto concederme
De mi ánimo pudo la amargura,
Acabé para tí estos mustios versos,
Con que te consolasen mis Camenas.
Si algo puede aliviar la musa un mísero,
Porque tú todo poco á poco en lágrimas
No te fueses qual hielo se desata
Tocado con el Noto pluvioso.
Pues es rumor que en última tristeza
Vives con el acerbo y duro hado
Del caro hermano, y que gozar no puedes
Del reposo los gustos y del sueño;
Mas que quando se aparta y vuelve el dia
Te quejas, y que buscas al perdido
Triste y vago, y con llanto torpe al rostro
Por todas las riberas: de la suerte

(*) De algunos pedazos de la elegia de Fracastorio en la muerte de Marco Antonio de la Torre: no se pone el latin por excusar prolixidad.

Que anduvo errando por las bandas todas
De Erídano Lampecie congojada
Con la fraterna muerte; la qual dicen
Que siete noches sin el don del sueño,
Y ayuna continuó otros siete dias,
Y quando con el largo error cansada
Del viage cayó en la gran ribera
Del Erídano umbroso, dando voces
A las ondas decia: vos volvedme
Mi Faeton ¡ay! ó qualquiera sea
La Ninfa que se asconde en este rio.
Tú, pero si doler á alguno debe
Agena muerte, tienes justa causa
De tan grave dolor, porque tu hermano
Hizo perder en su temprana muerte
Tus bienes y á tí mesmo y á los tuyos.
Perdió tu caro hermano de tí mísero
Quitado, á quien amabas mas que á otro.
Aquel amor, aquel consuelo dulce
De tu juventud era y esperanza,
Y reparo y coluna de tu casa;
Con quien siempre tratar, con quien solícito
Estar, y los consejos ascondidos
De tu ánimo decir, mirando á él solo,
Y á todos prefiriendo, en cuya boca
La gracia de la ambrosia parecia.
O grandemente míseros nosotros,
Y linage afanado y fatigoso,
De cuya suerte no hay peor alguna.
En nos se embraveció la fiera guerra,

Que nunca edad alguna vió mas dura,
Ni la tendrán jamas algunos dias.

Sufrimos tristes el cruel servicio,
Y los bárbaros mandos, y perdimos
Parte las caras casas y la patria.
Consumió las reliquias, y los míseros
Ciudadanos la peste corrompida,
Y aun hoy arde la furia en todas partes.

No habian aun fin puesto los gemidos,
Y no habian cesado ya los ojos
Del triste llanto con mexillas secas,
Quando tú, Mario, caes, quando en tantas
Tristezas quebrantados desamparas
A nosotros frustrados en tu crédito.
Esto no permitia que esperásemos
Tu edad verde, y virtud, y buenos hechos;
Que nosotros á tí, jóven sin ánimo,
Y sin alguna habla miserables
En la extrangera tierra sepultásemos
Mas que habias de ser, á quien con fama
La virtud igualase al alto Olimpo,
Uno que á muchos pueblos enseñase.
Vos, ó entre tanto del Benaco padre
Cien Ninfas, y tu Sarca, que desciendes
De las Alpinas cumbres, vos ó peñas
De Naco, y vos ó piedras de Briano,
Y espesos bosques con umbrosas cimas,
Traed, ó traed algun consuelo

A mi Bato, y quitadle de su ánimo
Tanta tristeza, á quien la santa ciencia
Abrazando no puede dar alivio,
Ni puede dar la musa diligente
Con los acostumbrados dulces versos.
Mas despues, Bato, que el Poeta Tracio
Grande tiempo buscó, y lloró gran tiempo
A su perdida Eurídice robada,
Con nada consolar mas sus cuidados
Pudo, que con el blando canto y ciencia.
Siempre, ó errase de Rodope en las selvas
Altas, ó en ondas de Estrimon desierto,
Le acompañó la Musa, siempre al hombro
Pendió la ebúrnea lira, diestra en números,
El siempre contemplaba el orbe inmenso,
Y el ornato del orbe y las estrellas
Con puras lumbres, y los grandes mares,
Vastos montes, y rios sin sosiego,
Y todo quanto al fin pare la tierra.
Cuyo tenor con ley cierta advirtiendo,
Poco á poco sintió á su cara Eurídice
Borrársele en olvido, y en un gozo
Mudar la mente triste, tanto puede
La forma de las cosas presentada,
Ablandar y mover todos los ánimos.

. . . . . .

Entre los quales el tu mesmo hermano
Reciente de su muerte mira el Cielo
Admirado, y las casas celestiales,
Y el dia eterno, y la felice gente

Por órden, entre quien recibe gozo,
Contándose con ellos. Con él cerca
Las ánimas ilustres, sus abuelos,
Y su padre en el rostro de su nieto
Fixan los ojos, y la bella efigie
Conocen: él su estirpe generosa,
Y ve el claro linage y los conoce,
Y aprende sus hazañas y sus nombres,
Y tambien quanto has de habitar en tierra.
¡O muy dichoso, á quien fue concedido
Antes que la vejez triste llegase,
Tender el paso al celestial camino!

La tierra, en tanto que los astros fueren,
Y que los mares corran, no olvidada
Al Cielo llevará tu nombre y hechos.

(*) No dudes, ven conmigo, Ninfa mia,
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante.
Mas tengo amor y fuerza, y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

(*) Fragmento de una égloga venatoria.

OCTAVA (*).

Como quando en la umbrosa encina el nido
De la ave destruyó torpe serpiente;
Vuelve ella, y del silencio sin ruido
Se admira, y está encima dél pendiente,
Y arroja el mustio pasto con gemido
Hórrida y miserable, y la caliente
Sangre sola en el árbol halla amado,
Y el lecho de las plumas mal sembrado.

(**) Mas tú, ó estés con Vénus en el Cielo,
O en los Elisios campos venturosos
Escojas varias flores del verano,
Jacintos y narcisos amorosos,
Verde amaranto en el herboso suelo,
Que baña el rio deleytoso y llano;
Y juntes con tu mano
Las rosas coloradas
Con violas mezcladas,
Y con las flores blancas, y en tu fuente
Hermosa las adornes; tiernamente
Me mira; que serás nuevo cuidado
A la silvestre gente,
Y qual Pales honrada en todo el prado.

(*) Traduccion de un pasage del libro V de la Tebayda de Estacio, que empieza:
Ac velut aligerae sedem, foetusque parentis &c.

(**) Fragmento de una égloga intitulada Amarilis; el qual pasage es imitacion de Sañázaro.

TRADUCCION (*).

Sueño, con quien se aplaca
Del trabajo el dolor,
Descanso, que á nuestra alma así recrea;
Tú de la vida flaca
La parte eres mejor,
Ligero hijo de la madre Astrea,
De dura muerte y fea
Eres débil hermano.
Tú mezclas las verdades
Con grandes falsedades,
Autor cierto unas veces, y otras vano
Del venidero estado,
Y de todas las cosas padre amado.
De la vida eres puerto,
Reposo del trabajo,
Del importuno dia y noche oscura
Compañero muy cierto;
Que al alto Rey y al baxo
Siervo igualmente tratas; con dulzura
Vienes al que procura
Descansar, y al medroso
De morir favoreces,
Amparas y guarneces:

(*) De un pasage del *Hércules furioso* de Séneca, que empieza:

..... *Tuque, ó domitor,*
Somne, laborum, requies animi.

Tú, sueño, al hombre corto y temeroso
Fuerzas á que en tí aprenda,
Qué cosa sea una larga muerte horrenda.

OCTAVAS (*).

Los sueños que con sombras voladoras
Engañan al humano entendimiento,
Ni sacros templos, ni en calladas horas
Envian Dioses del celeste asiento;
Mas con falsas visiones formadoras
De las cosas que ofrece al sentimiento,
Cada uno los hace y los figura
En el reposo de la sombra oscura.

Porque quando los miembros derribados
Con hondo sueño estan profundamente
Perdido su vigor y desmayados,
En vano juega la quieta mente.
Todo lo que en negocios y cuidados
Hubo en la claridad del sol luciente,
Con el horror y obscurecidas nieblas
Lo trata de la noche en las tinieblas.

El que el fuerte lugar bate con guerra,
Y con ardientes llamas espantoso
Se encruelece en la enemiga tierra,
Y el miserable pueblo impetuoso
Con duro hierro y bravo fuego atierra,

(*) Traduccion de un pasage de Petronio Arbitro, que empieza:

Somnia, quae mentes ludunt volitantibus umbris &c.

Las armas ve y exército dudoso,
Y las muertes de Reyes, y cubiertos
Los campos con la sangre de los muertos.
Los que las causas oran, el juzgado
Ven y las leyes, y con el rendido
Pecho y medroso el tribunal cerrado.
Sus riquezas asconde el afligido
Avaro, y halla el oro sepultado,
Del cazador el bosque es perseguido.
Libra su nave, ó hace el marinero
Que zozobre con él en el mar fiero.
La deshonesta hembra, enagenada
De sí, escribe regalos á su amante.
La adúltera da toda enamorada
Dones, que el pecho vencen mas constante.
La traza de la liebre imaginada
Ladra el can, que en los sueños ve delante.
En el espacio de la noche oscura
De la mísera gente el dolor dura.

OCTAVA.

En tanto como si esto á mis amores
Fuese consuelo, ó ser pudiese cura
A la rabia y dolor de mis furores,
No tocaron mis vacas la pastura
Tres dias, ni bebieron los licores;
Y los becerros, sin la leche pura
A las preñadas madres que hallaron,
El ayre con mugidos ocuparon.

TRADUCCION

De un fragmento de Safo.

Ya la luna hermosa,
Las Pléyades habian ya caido,
La noche ya ha seguido
El medio curso, y huye presurosa
La hora que declina;
¿Y duermo sola yo? ¡ay me mezquina!

ESTANCIA.

Qual quien camina con sereno cielo
Por verde campo y llana senda el dia,
Si de allí un poco encuentra un monte yerto,
Por donde va de noche el negro velo;
Subir no puede, ni quedar querria,
Mas temeroso, y de salud incierto
Mira el peligro cierto
De aquellos duros pasos y alta peña,
Piensa que se trabuca ya y despeña.

OCTAVA (*).

Qual de mano de vírgen flor cortada,
O de viola blanca y amorosa,
O de jacinto que con desmayada
Vista siente su lástima llorosa;
De quien aun su luz bella no apartada,
Ni aun su forma le huye deleytosa;
Mas ya la madre tierra su alimento
Le niega, y no administra algun aliento.

(*) Traduccion de un pasage de Virgilio en el libro XI de la Eneyda, que empieza:
Qualem virgineo demessum pollice florem &c.

OCTAVAS.

Juntos todos, la tierra atropellada
Con los pies no se ve, ni tanta gente
En multitud confusa amontonada
Se podria contar, antes la ardiente
Arena seria en Libia numerada.
Todos crueles, de ánimo valiente,
Mas ruda turba de soberbia llena,
De razon falta, y de consejo agena.
Ni desnudar el hierro arremetiendo,
Ni en ordenanza saben conservarse;
Aprétanse, y apremian confundiendo,
Y unos con otros vienen á implicarse.
Mas quien atentamente fuese viendo
Con órden el exército mostrarse
Del gran César, diria sin rezelo,
Que lo juntó y dispuso solo el Cielo.
Allí estaba de Italia poderosa
La juventud belígera mostrando
El gran valor, la industria belicosa,
Sus antiguas hazañas renovando;
Y de España en las armas generosa
Los Capitanes en ilustre bando,
Que al Cielo alzó sus hechos la vitoria,
Y dió la tolerancia eterna gloria.
Tambien, Rin, los que habitan tu ribera,
A morir ó vencer acostumbrados,
Que menos temen á la muerte fiera,

Que ser vencidos; todos enseñados
A seguir de Mavorte la bandera,
De relucientes armas adornados
En órden puestos todos, y sujetos
De quien los rige y manda á los precetos.

OCTAVA (*).

Quando turbado con la triste guerra
Se tendió el Padre Eneas en el suelo
De aquella dura y enemiga tierra
Debaxo el exe del helado Cielo;
Y el sueño tarde en quietud lo encierra;
El Dios Tebro cubierto en azul velo,
Y de cañas umbrosas coronado,
Se le muestra entre povos levantado.

(*) Traduccion de un pasage de Virgilio del libro VIII, que empieza:
Cum pater in ripa, gelidique sub aetheris axe &c.

(*) Ante los pies la ponzoñosa sierpe,
Que en la ribera estaba, en la alta yerba
No vió la Ninfa que morir debia.
Mas el coro igual suyo de las Driadas
Hincheron con clamor los altos montes,
Y las cumbres de Rodope lloraron,
El Pangeo alto y tierra belicosa
De Reso y Getas, y Ebro y Oritia.
El á su amor enfermo en dulce lira
Consolando, cantaba en la ribera
Sola consigo; á tí su dulce esposa,
A tí viniendo el dia, á tí partiendo.
Entró tambien de Tenaro en las cuevas,
Altas bocas y pasos del infierno,
Y el bosque oscuro con el negro miedo.
Y á los Manes llegó, y al Rey tremendo,
Y aquellos corazones no enseñados
Por los humanos ruegos á amansarse.
Vuelta venia á la region superna
Eurídice siguiendo el paso suyo
(Que dado les habia esta ley Proserpina)
Quando engañó al amante no bien cauto,
Súbito error de perdonarse dino,
Si algo supiesen perdonar los Manes;
Paró, y casi en la lumbre ya á su Eurídice

(*) Traduccion de otro pasage del libro IV de la Geórgica, que empieza:
Immanem ante pedes hydrum moritura puella &c.

Miró, do fue todo el trabajo vano,
Y del cruel tirano los conciertos
Rotos. . . . . .
Ni lo dexó el portero del infierno
Mas pasar la laguna allí presente.

Dicen que sin cesar en siete meses
Todos debaxo de una excelsa peña
Lloró á las ondas de Estrimon desierto.

ÍNDICE.

SONETOS.

XX.	A vuestro grave y muerto hielo frio.	29
XXX.	Aquí, do me persiguen mis cuidados.	47
XLIV.	Amor en mí se muestra ardiente fuego.	72
XLVIII.	Aquí yo ví el luciente y puro velo.	74
LX.	Asconde, tardo Brágada, en tu seno.	92
LXI.	Ausente pienso en mi dolor conmigo.	92
LXIV.	Amor en un incendio no acabado.	99
LXXIX.	Alma bella, que en este oscuro velo.	110
LXXXVIII.	Aunque el dolor que la alma triste oprime.	123
XCII.	Al triste humor, que mísero destilo.	128
XCVIII.	Al fin yaces, ó del valor latino.	135
CVII.	Así perturbe lluvia nunca ó viento.	144
CXIII.	Aquí, do estoy ausente y ascondido.	156

CXVI. ¿Adónde está el placer que yo sentia? 161

ELEGIA.

XI. A la pequeña luz del breve dia. 145

CANCION.

I. Amor, tú que en los tiernos bellos ojos. 6

SONETOS.

XXXIX. Bien puede el vano error y la porfia. 62

CI. Bárbara tierra, que en tu frio seno. 141

ELEGIAS.

IV. Bien debes asconder, sereno Cielo. 80

XI. Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo. 162

CANCION.

IX. Bien puedo en este oscuro y solo puesto. 183

SONETOS.

XIII. Canté quejas y afan de injusta pena. 22

LXVII. Como en la cumbre excelsa de Mimante. 100
LXXXIX. Cese tu fuego, Amor, cese ya en tanto. 123
XCIV. Cuitado yo, de qual furor perdido. 129

CANCIONES.

III. Cantemos al Señor que en la llanura. 38
VI. Con dulce lira el amoroso canto. 116

SONETOS.

I. De la luz en que espira Amor herido. 4
XVI. De mi blanca Sirena la luz pura. 23
LIII. Dichosa, ó gran Herrera, es vuestra ira. 93
LXXVIII. Donde el dolor me inclina vuelvo el paso. 110
LXXXII. Despues que Mitridates rindió al hado. 112
LXXXVII. Dexad ya de seguir el paso incierto. 122
XCI. Dulces halagos, tierno sentimiento. 124
CIII. De este tan grave peso, que cansado. 142

CIV. Despoja la hermosa y verde frente. 142

ELEGIA.

XII. De aquel error en que viví engañado. 174

SONETOS.

IV. El suave esplendor de la belleza. 5
VII. En sortijas y flores de oro ardiente. 12
X. En esta helada parte, do no envia. 14
XI. En vano error de dulce engaño espero. 14
XXXII. En esta soledad que el sol ardiente. 55
XLI. En la oscura tiniebla del olvido. 70
XLIX. En tanto que en el fiero hórrido seno. 74
LXVI. El triste afan del corazon doliente. 100
LXX. Esta sola desierta ardiente arena. 102
LXXX. En noche sola voy con sombra oscuro. 111
C. Esta rota y cansada pesadumbre. 136

CV.	Esperé un tiempo, y fue esperanza vana.	143
CVI.	Error fue disponerse el tierno pecho.	143
CX.	Este dolor, que nace en mí y se cria.	155
CXXIV.	El Frigio nudo deslazar procura.	174
CXXXI.	Estos, que al ímpio Turco en cruda guerra.	188

ELEGIAS.

II.	Esta amorosa luz serena y bella.	15
X.	En tanto que el furor del seco estío.	130

CANCION.

II.	Esparce en estas flores.	24

SONETOS.

XIX.	Fértil, riente, ledo y fresco prado.	29
XXXIII.	Flaca esperanza en todas mis porfias.	56
LXVIII.	Fiero dolor, que el corazon cuitado.	101
LXXI.	Fernando, yo sulqué con viento lleno.	102

LXXVI. Fria ceniza de mi ardiente fuego. 109
CXXIX. Fue gloria de mi alto pensamiento. 187

SONETOS.

XXVII. Hondo ponto que bramas atronado. 45
XXXIV. Huyo la blanda voz y el tierno canto. 56
XLV. Hurtadas glorias de esperanza incierta. 72
XCVI. Hacer no puede ausencia que presente. 134
XCVII. Huyo apriesa medroso el horror frio. 135

SONETO.

XXIII. Inmenso ardor de eterna hermosura. 35

CANCION.

VIII. Inclinen á tu nombre, ó luz de España. 158

SONETOS.

XIV. La hidra de amoroso pensamiento. 22
XLVII. Llevarme puede bien la suerte mia. 73

LII. Las armas fieras cante el triste hado. 77
LIX. La fria falda y cumbre de Pirene. 145
CXI. La lucha, que razon y entendimiento. 155

ELEGIA.

V. Las quejas y suspiro, y llanto luengo. 63

SONETOS.

XXIV. Mi pura luz, si olvida el fértil suelo. 35
XXIX. Mi bello sol, si voy de vos ausente. 46
CXXV. Mira del sacro amor, ó bella esposa. 181

ELEGIA.

I. Mi luz, el esplendor de esa belleza. 1

SONETOS.

XXV. Nunca mi mal terrible sentiria. 36
CXIX. No siento ya del modo que sentia. 170
CXXVI. No bastó el daño al fin, ni estrago fiero. 181

ELEGIA.

IX. No bañes en el mar sagrado y cano. 125

SONETOS.

XXX. O cara perdicion, ó dulce engaño. 54
LV. Ojos en quien mi espíritu respira. 78
LXXV. O del Esperio suelo insine Homero. 108
LXXXI. Osé y temí; mas pudo la osadía. 111
LXXXVI. Osé subir con poco diestra suerte. 122

SONETOS.

XV. Pienso en mi pena atento y mal presente. 23
XVIII. Pura, bella, suave Estrella mia. 28
L. Pensoso vuelvo al alma del pasado. 75
LIII. Porque abrasas en nuevo entendimiento. 77
LXV. Pongan en tu sepulcro, ó flor de España. 99
LXIX. Preso en la red Amor dorada y pura. 101

XCV.	Pensé, mas fue engañoso pensamiento.	129
CVIII.	Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado.	144
	Pasóse el tiempo en que viví engañado.	171
CXXVII.	Podrá imitar la singular destreza.	182
CXXX.	Pues cubre al orbe en asombrado velo.	188

CANCION.

IV.	Príncipe excelso, á quien el hondo seno.	86

SONETOS.

XXI.	Quién osa desnudar la bella frente.	30
LIV.	Quién rompe mi reposo, quién desata.	78

ELEGIAS.

III.	Qué señales presentes de tristeza.	30
VII.	Qué honor vos pudo dar, bella enemiga.	94
V.	Quan bien, oscura noche, al dolor mio.	6
IX.	Qual de oro era el cabello ensortijado.	13

XXVI. Quando mi pecho ardió en su dulce fuego. 37
XXXV. Qual rociada aurora en blanco velo. 60
LXXVII. Quando rendia la arrogante frente. 109

ELEGIA.

VIII. Qual fiero ardor, qual encendida llama. 113

SONETOS.

CII. Rompió la prora en dura roca abierta. 141
CXIV. Rayo de guerra, grande honor de Marte. 157
CXVIII. Reyna del grande Océano dichosa. 169

SONETOS.

II. Si fuera esta la mesma de belleza. 4
VI. Serena luz, presente en quien espira. 12
VIII. Si intentas imitar mi luz hermosa. 13
XXVIII. Si transformar pudiese mi figura. 46
XXXI. Solo y medroso ya del daño cierto. 55

XXXVI. Sol que con alas de oro vas luciente. 60
XLVI. Solo de unos honestos dulces ojos. 73
LVII. Salen mil pensamientos al encuentro. 79
LVIII. Si puede celebrar mi rudo canto. 91
LXXII. Si no sufria ya la adversa suerte. 103
LXXIII. Soberbio Tajo, que en la gran corriente. 103
XC. Sigo por un desierto no tratado. 124
CXV. Subo con tan gran peso quebrantado. 161
CXXI. Si de nuestra amistad el nudo estrecho. 172
CXXIII. Soto, no es justo que tu canto suene. 137
CXXVIII. Si para què yo sienta quánto fuego. 183

CANCION.

VII. Si alguna vez mi pena. 137

ELEGIA.

XII. Si el presente dolor de vuestra pena. 189

SONETOS.

III. Tú gozas la luz bella en claro dia. 5
XXXVII. Tiempo fue de dolor el que yo tuve. 61
XLIII. Tú, que con la robusta y ancha frente. 71
LIX. Tal vez abrasa con vapor fogoso. 91
XCIX. Tú, que del sacro Imperio de Ocidente. 136
CXI. Tú, que vengando con la armada mano. 156
CXVII. Tú, que en la tierna flor de edad luciente. 162
CXXII. Temor me impide, esfuerza la esperanza. 173

SONETOS.

XVII. Voy por esta desierta estéril tierra. 24
XXII. Un tiempo, aunque breve osé atrevido. 34
LII. Vos celebrando al son de noble lira. 93
LXXXV. Vió Betis que Fernando al Moro fuerte. 121
CXX. Vos, que ageno del mal, en que rendido. 172

CANCION.

V. Voz de dolor y canto de gemido. 104

SONETOS.

XII. Ya que nublosa sombra cubre y frio. 21
XXXVIII. Ya que la grande fe del amor mio. 61
XL. Ya comienza á mudar su faz el Cielo. 62
XLII. Ya siento el dulce espíritu de la aura. 71
LXXIV. Ya que en vano contrasto al dolor fiero. 108
LXXXIII. Ya que el sujeto Reyno Lusitano. 112
LXXXIV. Yo, que el temor al piélago Adriano. 113
XCIII. Yo cuidé quando en duro hielo el justo. 128

ELEGIA.

IV. Yo cuidé, dulce bien, de la alma mia. 47

CANCION.

III. Ya bien podrás hartar de tu crueza. 57

SONETO.

LVI. Zéfiro renovó en mi tierno pecho. 79

INDICE

DE LO INEDITO.

Redondillas.	Aqueste lugar desierto.	217
Octava.	A quien cayendo el rayo atravesado.	221
Traduccion.	Aunque en el caso yo de tal amigo.	222
Traduccion.	Corra mi edad callada.	218
Octava.	Como quando en la umbrosa encina el nido.	227
Elegia.	Desterrado el ivierno frio y cano.	209
Octava.	Del sutil hilo habia ya Vulcano.	217
Traduccion.	Díme, te ruego Lidia.	218
Soneto.	Musa, esparce purpúreas frescas flores.	196
Egloga.	Entre los verdes árboles do suena.	197
Traduccion.	En tanto, como si esto á mis amores.	231
Octava.	Juntos todos, la tierra atropellada.	233
Traduccion.	Levantó en alto la sublime frente.	219
Octavas.	Los sueños, que con sombras voladoras.	229

Traduccion de Estacio.	Mas á tí, Admeto, te fue dado en premio.	216
Redondillas.	No así el nuevo verano.	213
Soneto.	O soberbia y cruel en tu belleza.	212
Elegia.	Qualquier que fue quien al amor tirano.	205
Octavas.	Quando en vos pienso en alta fantasía.	207
Epígrama.	Quando el osado Leandro.	214
Traduccion de Virgilio.	Que el jóven á quien vuelve grande fuego.	215
Estancia.	Qual quien camina con sereno Cielo.	223
Octava.	Qual de mano de vírgen flor cortada.	223
Octavas.	Quando turbado con la triste guerra.	233
Octava.	Subióte en alto, y quiso la fortuna.	220
Traduccion.	Sueño con quien se aplaca.	228
Octava.	Tú que en el crespo piélago llevada.	216
Traduccion.	Ya la luna hermosa.	231